

Sophie Saint Rose

Serie época

*Un placer,
milord*

Un placer, milord

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Lady Vivianne riendo, se volvió agarrándose sus voluminosas faldas y su perrito la siguió colina arriba. —Vamos, Hércules. —Él jugueteando intentó morder sus faldas para detenerla. —No, eso no se hace. —El perrito la miró extrañado porque era la primera vez que le reprendía. Rio por su cara, era tan tierno que no pudo evitarlo. Le acarició la cabecita. —Buen, chico.

Escuchó los cascos de un caballo y le dio un vuelco al corazón volviéndose ilusionada. Dalbert subía la colina y le guiñó un ojo deteniendo el caballo a su lado, provocándole esa ansiedad que solo su primo segundo le hacía sentir cada vez que le veía. —¿Cómo estás tú sola por aquí?

—Estoy en mis tierras, milord. Y desde aquí veo la casa, que es el límite que me ha impuesto mi padre.

Él rio por lo bajo y miró al perro levantando una de sus cejas negras. —¿Quién es ese?

—Se llama Hércules, ¿te gusta? Padre me lo regaló por sorpresa antes de ayer y es muy cariñoso.

—¿Eso es un perro?

—Ja, ja, muy gracioso. Es un Shih Tzu. Nieto de un nieto de un nieto de un servidor de un emperador chino que mi padre dice que se llamaba Qin Shi Huang.

—Así que será un caprichoso como tú.

—Hoy estás muy gracioso. —Mirando sus ojos azules se acercó y cogió las riendas. —¿Has venido a ver a padre?

—Tengo negocios que tratar con él, me está esperando.

—¿Te quedarás a comer? —Esperando su respuesta rezó para que dijera que sí.

—Eso creo, no quiero hacer un feo a la tía Elizabeth, seguro que me invitará.

Sonrió encantada. —¿Sabes? En tres meses y medio será mi presentación en Londres y va a haber una celebración por todo lo alto.

—Es imposible que nadie de la comarca no lo sepa. Te encargas de decírselo a todo el mundo.

—Vendrás a Londres, ¿verdad? Quiero que estés allí. —Soltó una risita. —Va a ser increíble. Padre ya ha contratado a la orquesta y dice que es la mejor de Inglaterra.

—Estoy deseando escucharla.

—Seré magnánima y te concederé el tercer baile. Primero van padre y mi hermano, compréndelo, no puedo hacerles el feo, pero luego bailaré contigo.

—Estoy impaciente, sé que has practicado mucho.

Soltó una risita. —Tengo a Elva aburrida con tanto baile.

—¿Te llevo hasta tu casa?

—Es muy amable, milord —dijo coqueta.

Él sonrió mostrando su perfecta dentadura. —Lo haces muy bien, preciosa. En unos meses tendrás a todos los solteros de Inglaterra comiendo de tu mano y volverán loco al tío Roger con solicitudes para ir a verte a la hora del té.

Vivianne apartó la mirada porque solo había un soltero que le interesara y se moría porque él diera el paso, pero nunca le había mostrado aprecio más allá de ser un familiar cercano. Si le diera un beso... Dios, si le diera un beso sería la mujer más feliz del mundo, pero como mucho le había dado un beso en la mejilla al desearle feliz cumpleaños. Disimulando que le molestaba que a él le importaba poco con quien se casara, se agachó para coger el perrito en brazos mientras él se bajaba del caballo. —Pienso tener más propuestas de matrimonio que nadie —dijo con orgullo.

Dalbert se mantuvo en silencio unos segundos que se le hicieron eternos. —Con lo hermosa que eres no me extrañará que lo consigas.

Se le cortó el aliento y le miró con sus hermosos ojos verdes. —¿De veras crees que soy hermosa?

Dalbert sonrió como si estuviera incómodo y le acarició la mejilla. —Claro que sí, pequeña.

Que la llamara así, desinfló la burbuja de ilusión que había tenido durante medio segundo. Pequeña, ¿es que para él nunca sería una mujer? Gruñó por dentro acercándose al caballo y Dalbert la cogió por la cintura para subirla como si no pesara nada. Cuando se subió tras ella cogiendo las riendas, Vivianne sintió que todo su cuerpo se moría de gusto por su proximidad. Él rodeó su cintura con los brazos y agitó las riendas. —¿Te has echado perfume? —preguntó con esa voz grave que lograba estremecerla por dentro.

Miró hacia atrás ilusionada, se había dado cuenta. —Sí, me lo regaló padre en las últimas Navidades. ¿A que huele bien?

Él gruñó mirando sus hermosos rizos caoba. —No huele nada mal.

Sonrió radiante. —Tiene un toque de lavanda y rosa. Me encanta.

—Parece hecho para ti.

—Gracias, milord. —Encantada miró al frente. —¿Y te gusta mi vestido? Es nuevo.

Vamos, Vivianne, haz algo. Se inclinó un poco hacia atrás para que viera el escote. —Es lila.

—¿Lila?

—Es un color.

—¿No me digas? —preguntó con sus rizos en la cara—. Viv, enderézate que no veo nada con tanto pelo —le espetó de malos modos.

Se sonrojó ligeramente porque había sido muy descarada, qué difícil era seducir a un hombre. Pues su doncella decía que era

muy fácil, una miradita y caían como moscas, pero con Dalbert no funcionaba.

—¿Cameron está en casa?

Que preguntara por su hermano la desinfló del todo. —Sí, está con padre en su despacho, al parecer tienen algo muy importante que hablar. —Se volvió hacia él. —Están muy raros últimamente.

—¿Por qué dices eso?

—No sé, no es que hayan discutido que yo haya oído, pero desde que mi hermano volvió de Londres hace tres semanas, padre está como gruñón con él.

—No será nada.

Frunció el ceño. —Me preocupa, tienen una actitud poco propia de ellos. Sobre todo padre. Está como distante con él.

—Son imaginaciones tuyas. Lo que pasa es que Cameron ya es un hombre y tiene más responsabilidades.

—¿Responsabilidades? Si no hace nada en todo el día salvo montar a caballo. —Se le cortó el aliento. —¿No estarás hablando de otro tipo de responsabilidades como el matrimonio? ¿No se irá a casar con esa remilgada de sonrisa estúpida que vino de visita hace dos semanas? Hablaron mucho.

—Lady Prudence es educada, hermosa e hija de un conde, cualquier caballero estaría orgulloso de llevarla del brazo.

Lo dijo de una manera que la alertó y los celos salieron a relucir. Le miró con desconfianza. —¿Pero qué dices? Si era idiota. No dejaba de reírse por cualquier tontería y para colmo tenía esa risa chillona que pone de los nervios a todo el que la escucha. Además, era algo rara, la vi paseando por el jardín tarareando mientras tocaba las rosas de mamá. Y era el amanecer, una hora muy extraña para pasear, ¿no crees? Te digo yo que algo raro tiene. ¿Y su padre? Un estirado que los tres días que estuvieron en la casa, no quitó de su rostro esa cara de funeral. Si padre quiere casar a

Cameron con esa dama, apoyaré en todo a mi hermano para que no claudique.

Le escuchó gruñir. Su corazón se detuvo por la expresión de su rostro, parecía molesto con su crítica a esa dama. —Se te ha borrado la sonrisa, primo.

—No deberías hablar mal de alguien que apenas has visto durante un par de días que estuvo de visita.

No entendía su defensa y entendía aún menos que la reprendiera. Siempre se habían divertido criticando a los amigos de sus padres. —¿Estás enfadado? —Tuvo un mal presentimiento y se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Te agrada esa mujer? —Rio sin ganas. —Qué tonta soy, ¿cómo te va a agradar esa...?

—Viv...

El pánico la invadió. —¡Detén el caballo!

Lo hizo y ella ni necesitó su ayuda para bajarse de un salto. Dejó a Hércules en el suelo y asustada le miró. —Dios mío, tengo un mal presentimiento que me... —Nerviosa se llevó la mano al vientre. —Dime que no has pensado en casarte con ella, dímelo, por favor.

—Le pedí la mano cuando estuvo de visita, quería hacerlo con el consentimiento de tu padre y ante su presencia. Por eso voy a hablar con el conde, que es mi mentor, para consultarle ciertos detalles sobre la dote de mi prometida.

—¡No puedes casarte con ella! —exclamó espantada sintiendo que se le escapaba entre los dedos.

—Viv...

Estaba enfadándose, pero a ella le daba igual, se le estaba escapando y no podía consentirlo. Su corazón se encogió de miedo. Jamás se hubiera imaginado esa situación y era estúpida por no haberlo hecho. Era duque, por el amor de Dios, era lógico que tuviera que casarse, pero con ella, que le había amado media vida. Muerta de miedo susurró mientras él se bajaba del caballo. —No puedes casarte con ella. —Le rogó con la mirada. —¿A quién se le ha ocurrido tremendo disparate?

—¡Vivianne deja de decir tonterías!

—¡Tontería es que te comprometas con otra mujer! ¿Y yo?

—Jamás te prometí nada —dijo entre dientes—. ¡Somos primos!

—Como si eso importara, somos primos segundos y entre los de nuestra posición muchos primos hermanos se casan entre sí. Eso solo es una excusa absurda, creí... Siempre nos hemos llevado bien y creí...

—¡No es mi problema que te imaginases cosas!

Su corazón se retorció de dolor y dio un paso hacia él. —¿Acaso no te agrado? ¿No acabas de decir que soy hermosa? Podríamos tener un buen matrimonio, podríamos...

—La decisión ya está tomada —dijo con frialdad retorciéndole el corazón—. ¡Ahora sube al caballo!

Intentó cogerla por el brazo y Vivianne sollozó sin poder evitarlo dando un paso atrás. —Por favor...

Dalbert apretó los labios. —No quiero hablar más de esto —dijo tajante—. Además, ya he dado mi palabra, así que no hay vuelta atrás.

Desesperada le agarró de las solapas de la chaqueta. —¿La quieres? Dime si la quieres.

—¡Te estás poniendo en ridículo! —le gritó a la cara rompiéndole el corazón.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas. —Me da igual, no puedo permitirme perderte, te amo, Dalbert.

La agarró por los brazos y furioso la empujó. —¡Deja de ponerte en evidencia!

—¿En evidencia? —Sollozó. —¿Por qué me haces esto? ¿Por qué nos haces esto? ¡Nuestro matrimonio hubiera sido dichoso!

Se subió al caballo. —¡No pienso entrar en un debate contigo sobre con quién debo casarme, joder! —Agarró las riendas. —Creo

que podrás llegar sola a casa, solo estás a unos metros y yo ya no tengo paciencia para esto.

—Por favor, te lo suplico, espérame. En unos meses podremos comprometernos. —Sollozó. —No lo hagas.

—Vete a casa —dijo tenso.

—¡No!

—¡Vivianne no pienso hablar de esto contigo! ¡Vete a tu habitación hasta que te calmes!

—¿Acaso no soy adecuada?

Él agitó las riendas y el caballo empezó a alejarse. Desesperada corrió tras él. —¿No soy la adecuada?

La miró sobre su hombro. —Lo eres por muchas razones, pero no para mí.

—¿Por qué?

Estaban a pocos metros del establo y el lacayo salió de allí a toda prisa para atender a Rey. Dalbert al verle la miró furioso. —Estás a punto de provocar un escándalo. Como alguien se entere de esto... —dijo entre dientes—. Vas a quedar en evidencia, porque ya estoy comprometido y no hay vuelta atrás. Vete a tu habitación.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas. —¿No me quieres?

—¡No! ¡No como obviamente tú desees! ¡Tienes que estar loca para pensar que algo así podía ocurrir, si somos como hermanos!

Que nunca hubiera pensado en ella como su futura esposa, que no sintiera el amor que ella sentía por él, le destrozó el alma y sollozó. Él muy incómodo iba a decir algo, pero Vivianne corrió al interior de la casa topándose con su padre, que salía en ese momento a recibir al hijo del primo predilecto de su esposa. —Hija, ¿qué ocurre?

Ella corriendo todo lo que pudo, se sujetó las faldas para subir las escaleras como una exhalación. Dalbert entró en la casa y apretó los labios. —Lo siento, tío, se ha enterado del compromiso y como ves no se lo ha tomado nada bien.

Roger Merfield Tercero miró hacia arriba y suspiró. —Mi esposa hablará con ella y le hará ver que es imposible, no te preocupes. Ven al despacho, tenemos mucho de lo que hablar.

Vivianne lloraba desgarrada tirada en la cama. Le había perdido, había perdido al hombre que amaba. Todavía estaba en shock mientras su corazón se desgarraba de dolor porque ahora sería de otra.

Su madre entró en la habitación mostrando su hermoso vestido de mañana azul y apretó los labios al ver el sufrimiento de su hija, que sin dejar de llorar ni se había dado cuenta de que había invadido su intimidad. La condesa de Wensford se acercó a la cama sin hacer ruido y al sentarse a su lado Vivianne se sobresaltó mirando hacia ella. —No llores. —Acarició su espalda. —Cuando llegues a Londres, conocerás a hombres tan apuestos que te dejarán sin habla. Dalbert...

—Le amo, mamá.

—Cielo, no puedes saber lo que es el amor, aún eres muy joven.

—Tú te casaste a mi edad. —Hundió la cabeza en la almohada y sollozó. —Quiero morirme.

Lady Elizabeth apretó los labios. —No digas eso ni en broma. Dalbert es tu primo y...

—¡Es mi primo segundo! —Se sentó de golpe fuera de sí. —¿Por qué yo no? ¿Por qué no arreglasteis nuestro matrimonio hace años? ¡Hubiera sido un matrimonio ventajoso para ambos!

—Porque él no quiso.

Se quedó sin aliento. —¿Qué?

Elizabeth agachó la mirada. —Cielo, ¿crees que no sabía que te sentías atraída por él? Al principio pensé que era un enamoramiento infantil, pero al ver que no se te pasaba hace dos

años hablé con tu padre. Él estaba de acuerdo, pero Dalbert te rechazó.

—¿Por qué? ¿Qué tiene esa que no tenga yo? —preguntó entre lágrimas.

—Dalbert perdió a su familia siendo muy joven, para él ahora somos los parientes más cercanos y nos adora. De hecho, compró una finca muy cerca de la nuestra para que no perdiéramos el contacto. Te ve como a una hermana y ante nuestra propuesta, debo decir que se espantó.

Sintiendo un dolor terrible por sus palabras susurró —¿Se espantó?

—Dijo que eras muy joven y que sinceramente no se veía compartiendo lecho con alguien que quería como una hermana. Nosotros lo comprendimos y nos olvidamos del asunto.

—Dios mío... —dijo llevándose una mano al vientre sintiendo unas náuseas terribles.

—Y es evidente que durante estos años no ha cambiado de opinión. Te quiere, pero no como tú deseas, hija.

Con rabia se levantó. —¿Por qué no me dijiste esto antes? ¿Por qué habéis dejado que siga haciendo el ridículo?

Elizabeth sufriendo por ella respondió —Porque sabía que pasaría esto y solo intentaba que no sufieras. ¿Por qué crees que he invitado a tanta gente últimamente?

Se le cortó el aliento. —¿Pretendías que me enamorara de otro? ¡Jamás amaré a otro hombre, mamá!

Su madre asustada susurró —Por favor, no digas eso.

Sollozó volviéndose y por la ventana vio que Dalbert se subía a su caballo a toda prisa y se lanzaba a galope para irse de la finca. Elizabeth se puso a su lado viendo como Vivianne alargaba la mano y tocaba el cristal desesperada por su partida. —Hija, si no te repones e ignoras ese compromiso, esto romperá la familia. —Acarició su espalda. —Debes comprender que él también sufre porque no te corresponde. Y si me pongo en su lugar, seguro que en

este momento está pensando que acaba de perder a la única familia que le queda.

Se mordió el labio inferior mientras veía que se alejaba. Iba a perderle, si mostraba su dolor sus padres se sentirían incómodos y Dalbert se iría alejando poco a poco porque dejarían de invitarle a su casa. Mientras las lágrimas caían por sus mejillas escuchó a su madre —Si le amas, si le amas de verdad, déjale seguir con su vida, cielo.

—¿Y mi felicidad, madre? —La miró a los ojos. —Porque sin él nunca seré feliz.

Angustiada la abrazó. —Eres mi hija y te amo más que a mí misma, pero también quiero a Dalbert, se ha ganado un hueco en el corazón de todos. Esa boda va a realizarse, así que intenta olvidar lo que sientes, te lo suplico. O habrá una escisión en esta familia que nos costará superar a todos.

No era justo para sus padres, no era justo para su hermano que era uno de sus mejores amigos y no era justo para Dalbert. No la amaba, debía aceptarlo. Pero dolía, dolía muchísimo y era cierto que no le importaría morirse en ese momento porque sentía que su vida ya no tenía sentido.

Una semana después, en el cuarto de costura bordaba una rosa para su ajuar, aunque no sabía por qué hacía eso cuando estaba segura de que no se casaría nunca. Su madre terriblemente preocupada la miró, sus hermosos ojos verdes estaban apagados y los rodeaban unas horribles ojeras. Además, había adelgazado muchísimo, tanto que hasta el vestido nuevo que llevaba le quedaba grande. Muerta de miedo por su hija se levantó y dijo —Cielo, ¿salimos al jardín a tomar el aire?

—No me apetece, madre, ve tú —dijo con desgana.

No habían vuelto a mencionar el tema y Elizabeth dio un paso hacia ella para hablar, cuando la puerta se abrió dando paso a

Cameron que acababa de llegar de Londres. Al ver el aspecto de su hermana se horrorizó. —Viv, ¿estás enferma?

Le miró sin comprender. —No, ¿por qué? Estoy muy bien. —Forzó una sonrisa. —¿Qué tal por Londres? Vamos, cuéntanos tus alocadas aventuras por la gran ciudad. ¿Has visto a alguien interesante?

Para los dos fue evidente que se moría por saber de Dalbert, que el mismo día en que había estado en la finca, partió hacia Londres para reunirse con su prometida. Cameron apretó los labios mirando a su madre que ya no sabía qué hacer. —He ido a un par de cenas, nada más, tenía mucho que hacer con los encargos de padre.

—¿Y quien asistió a esas cenas? ¿Alguna dama? —preguntó con picardía.

Cameron sonrió. —Varias, pero pocas de mi edad. Fui...

Apartó el bordado pendiente de cada una de sus palabras. —¿Fuiste?

—El conde de Pulford celebró una cena con sus más allegados, para anunciar el compromiso de Dalbert y su hija. Por supuesto me invitaron porque estaba en la ciudad.

Perdió el poco color que tenía en la cara porque ya lo habían anunciado, ya no había vuelta atrás. —¿Y lo pasaste bien?

Cameron apretó los puños al ver su dolor, pero intentó hacer que no se daba cuenta. —Fue agradable.

—Vamos cuéntame, ¿cómo fue?

Su madre horrorizada porque quisiera torturarse así, dio un paso hacia ella. —Hija...

—¡No, quiero que me lo cuente! —gritó con rabia sorprendiéndoles—. ¡Quiero que me cuente como es feliz con ella, para ver si así dejo de sentir esta horrible presión que tengo en el pecho! ¡Vamos, Cameron! —gritó mirando a su hermano a los ojos—. ¿Era feliz?

—Sí.

Gritó de la rabia y el dolor, mientras su madre se llevaba la mano a la boca de la impresión. Pero de repente su hija pareció perder el resuello y cayó desmayada en el suelo golpeándose la cabeza con la mesa de centro. Elizabeth gritó de miedo al verla sin sentido y sangrando cerca de la sien.

—¡Rápido, un médico! —gritó Cameron saliendo de la sala—. ¡Phill, un médico!

El mayordomo llegó corriendo y al ver la situación gritó — ¡Jeff, súbete a un caballo y que venga el médico de inmediato!

El conde llegó corriendo y vio como su hijo con lágrimas en los ojos la cogía en brazos. —¿Padre?

—¿Tiene pulso? —Se acercó de inmediato para sentir su aliento y suspiró del alivio. —Subela a la habitación, rápido.

Cameron hizo lo que le ordenaron a toda prisa y Elva asustada por la sangre que caía de su cabeza, corrió hacia su señora para ayudarla cuando la tumbó en la cama. Le empezó a desabrochar el vestido y tiró de él para sacárselo de las caderas mientras su hermano mojaba una toalla. Miró de reojo a la condesa, que lloraba en brazos de su marido y no dejaba de repetir —Esto es culpa nuestra...

—Esto no es culpa de nadie, cielo. No te aflijas ahora, nuestra hija nos necesita más que nunca.

Cameron le presionó la herida con la toalla acercándose de nuevo a su boca para sentir su aliento. La condesa le miró expectante. —Aún vive, madre, pero pierde mucha sangre. —Angustiado le dijo a la doncella —Trae más toallas.

—Sí, sí...

Corrió hacia el armario pálida de miedo por la posibilidad de perder a su mejor amiga. —Ya sabía yo que todo esto solo traería desgracias —dijo con rabia antes de abrir el armario para sacar las toallas de su señora.

—Elva cállate —dijo el conde.

—¡No, no me callo! ¡Tenían que haberle dicho la verdad!

—¡He dicho que te calles! —gritó perdiendo los nervios.

La doncella apretó los labios y fue hacia la cama. —Ustedes los nobles siempre complicándolo todo.

—¿Qué querías que hiciéramos? —preguntó Elizabeth—. Solo intentábamos protegerla.

—¿De qué? ¿Del dolor? ¡Mírela, condesa! ¡Mire a su hija! Sufre más que nunca y es cierto, la culpa es suya por no ser sincera.

—Juraste que no dirías nada —dijo muerta de miedo porque su hija se enterara de la verdad—. ¡Me lo juraste!

—Y de mí no saldrá una sola palabra al respecto, lo juré por la tumba de mi madre. Y le aseguro que me arrepiento cada día de haber hecho ese juramento, pero yo tengo palabra. —Les miró con desprecio. —Y al parecer mi palabra vale más que la de cualquier noble, así que pueden estar tranquilos.

—No te extralimites —dijo Cameron—. Trae las toallas.

Elva se volvió hacia él rabiosa. —¿Que no me extralimite? Aplíquese el cuento, milord. La culpa de todo la tuvo usted.

Cameron apretó los labios antes de mirar a su hermana y asintió. —Lo sé muy bien.

—Espero que Dios le dé fuerzas para sobrellevar todo el dolor que está pasando su hermana. ¡Por su culpa nunca será feliz mientras viva!

Él pálido miró a sus padres que apartaron la vista como si no soportaran mirarle en ese momento. —Será mejor que espere abajo al doctor.

—Sí, hijo, hay que desvestir a tu hermana y será lo mejor —dijo el conde antes de apartar a su esposa—. Esperaré abajo en el salón.

—Está bien.

Elizabeth observó a su hijo y a su esposo mientras salían de la habitación. Cuando cerraron la puerta sollozó tapándose la boca con la mano. Elva apretó los labios y se volvió a toda prisa para atender a su ama. —Te pondrás bien, Viv, yo me aseguraré de ello.

El joven doctor Gammont salió de la habitación apretando los labios. El conde se acercó a él de inmediato. —Parece que no trae buenas noticias, doctor.

—No las que me gustaría. La herida ha dejado de sangrar, pero no ha recuperado el conocimiento y ya han pasado tres horas desde su caída, eso me preocupa bastante.

—¿No cree que se recupere? —preguntó Cameron—. He oído de gente que tras un golpe en la cabeza murió al poco tiempo.

—Donde lo tiene milady, suele ser instantáneo.

—Oh, Dios... —dijo el conde llevándose las manos a la cabeza.

—Pero afortunadamente sigue viva y debemos esperar acontecimientos. De todas maneras, voy a ponerme en contacto con su médico en Londres. El doctor Clayton tiene reputación de ser un gran cirujano. Le preguntaré si puede venir a verla y espero que me ayude. —El doctor apretó los labios. —Pero no quiero darle esperanzas vanas, conde. Debe prepararse para lo peor. Es muy probable que su hija no salga de esa cama con vida.

Cameron sintiéndose impotente apretó los puños con fuerza. —Así que puede morir.

—Puede morir, volver en sí sin recordar su vida, o no despertarse durante meses y después abrir los ojos como si no hubiera pasado nada. Es impredecible lo que sucederá, milord, solo podemos esperar. Si me disculpan, en este momento la paciente está con la doncella y su madre, así que aprovecharé para comer algo.

—Sí, por supuesto doctor Gammont, le servirán lo que guste. ¿Phill?

El mayordomo, que esperaba discretamente a unos metros, se acercó. —Venga conmigo, doctor. Ya está preparado.

—Siempre tan eficiente, Phill.

Bajando las escaleras principales de la casa el mayordomo susurró —¿Tan grave es?

El médico miró hacia arriba y apretó los labios. —Vete preparando los crespones negros, amigo. Esa muchacha tiene los días contados.

Dalbert entró en la habitación en penumbra y se acercó a la cama donde Vivianne yacía casi sin vida. Su madre lloraba sentada su lado y cuando se acercó a los pies de la cama le miró sorprendida. —Dios mío, estás aquí... —Se levantó y le abrazó. —Has venido...

—Cameron me envió una carta. —Miró hacia Vivianne. —¿Cómo está?

—Igual, no ha habido cambios. —Se limpió las mejillas con su pañuelo de encaje. —Mi esposo está preparando todo para el sepelio.

La miró sorprendido. —¿No hay esperanzas?

Sollozó negando con la cabeza. —Dicen que si se despierta a estas alturas sería un milagro. —De repente se tambaleó y Dalbert la cogió del brazo.

Elva se acercó a su señora. —Esto ya se lo dije yo, tiene que descansar un poco.

—Llévala a su habitación.

—Por supuesto, milord —dijo entre dientes mirándole con rencor—. Es lo que pensaba hacer.

Dalbert apretó los labios mientras salían de la habitación y cuando Elva cerró la puerta él miró a Vivianne. Parecía un cadáver, estaba tan distinta que bien podía ser una persona diferente a la que él había conocido. Se acercó a ella y se sentó en la cama cogiendo su mano derecha. En el dedo índice tenía un anillo con una pequeña esmeralda. —¿Te acuerdas cuando te lo regaló tu madre? Estabas tan contenta... Te lo pusiste en el índice para que la gente no pensara que estabas comprometida. —Él apretó los labios mirando

aquellas profundas ojeras y la observó pensativo. —Una ironía cuando sí que lo estabas, aunque no lo supieras.

Elva en la puerta susurró —Suéltela, milord, no tiene derecho a tocar a mi señora —dijo fríamente.

Dalbert enderezó la espalda y dejó su mano sobre el edredón antes de levantarse. Elva le miró con todo el odio del que era capaz. —Váyase y no vuelva por aquí.

—Así que me culpas a mí.

—Por supuesto —dijo con desprecio—. No luchó por ella. Antepuso a Cameron a la mujer que sería su esposa, cuando ella le amaba más que a sí misma.

Palideció. —No se había anunciado el compromiso, podía echarme atrás.

—Y casarse con esa zorra —dijo con desprecio.

Se tensó. —No hables así de mi futura esposa.

—Me dan asco con sus tejemanejes, pero lo que no les perdonaré nunca es el dolor que le han causado a mi señora. ¡Largo de aquí!

El duque dio un paso hacia ella y siseó —No vuelvas a hablarme así en tu vida.

Elva sonrió con burla demostrando su desprecio. —Le hablaré como me venga en gana. ¿Está pensando en hacer que me echen? Cuidado, sé mucho más de esta familia de lo que les conviene, así que fuera.

—Podría hacer que desaparecieras solo con chasquear los dedos, así que controla tu lengua.

Vivianne desde la cama separó los labios de la impresión. —¿Qué has dicho?

Dalbert se volvió de golpe sorprendido porque estuviera despierta.

—¿Lo que he oído era un sueño? —preguntó confundida.

Ninguno de los dos le respondió.

—¿Hablabais de un compromiso?

—Elva, que venga el médico de inmediato. —Forzó una sonrisa. —Tus padres se alegrarán mucho de que estés despierta.

Sentía la boca pastosa y le dolía la cabeza. Se llevó allí la mano para darse cuenta de que tenía la cabeza vendada. —¿Qué me ha pasado?

Dalbert se acercó sonriendo. —Nada, en unos días estarás bien.

Le miró a los ojos. —¿Bien? —preguntó como si nunca fuera a ponerse bien. Entonces frunció el ceño recordando—. Estabas en Londres.

—He venido a verte.

—¿Por qué?

Dalbert no supo que contestar. —Estabas convaleciente y es lo educado.

Incrédula por su respuesta susurró —Ve a ver a mis padres, a Cameron, pero a mí déjame en paz. ¿Me he explicado con claridad, milord?

Intentó coger su mano. —Viv...

La apartó horrorizada por lo que su contacto le hacía sentir. —Mantenga las distancias, duque. Entiendo que tenemos una relación familiar y que debo verle a menudo para que la gente no cuchichee, pero eso es todo. No se dirija a mí, no hable conmigo más allá de un saludo, no quiero saber nada de su vida —dijo fríamente.

—Estás siendo irracional —dijo empezando a enfadarse.

—¿Irracional? Te aseguro que he tenido días para pensar en lo ocurrido y no me siento irracional. Dolida, destruida, enferma, pero sobre todo asqueada, milord. Asqueada de que todos supierais que te amaba y nadie moviera un dedo por mí —dijo con rabia—. Te casas con una mujer a la que ni conoces y a mí me desdeñas, ¿qué tengo yo de malo? ¿Me quieres como a una hermana? ¿Acaso a esa desconocida la quieres más? Mientes, te he visto con ella y no parecías un hombre enamorado.

Su madre que estaba en la puerta entró en la habitación y sollozó —Perdóname hija.

Miró sorprendida a su madre que parecía tremendamente arrepentida. —¿Que está pasando aquí?

Dalbert se volvió. —Ni se te ocurra decirlo, tía.

Elizabeth rogó a su hija con la mirada. —Tuvimos que hacerlo.

—¡Tía no!

—¿Qué me ocultáis?

—Cameron estaba en problemas y nos dieron esa solución.

—¡Tía lo juraste!

—¡Merece saberlo, Elva me ha hecho darme cuenta de que es así! Ya no voy a callarme, no pienso perder a mi hija por esto.

—¿Perder? Madre no me perderías nunca —dijo impresionada por el estado en el que se encontraba.

Dio un paso hacia ella. —¿De veras?

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás en ese estado de nervios? ¿Y qué sabe Elva que no me ha dicho?

Elizabeth miró a Dalbert a los ojos. —Debe saberlo y cuanto antes mejor. —Se acercó a su hija y cogió su mano. —Tu primo pidió tu mano cuando recibió el ducado, hija.

Se le cortó el aliento mirándole. —Eso fue hace seis años.

—Por supuesto accedimos, pero el mes pasado Cameron estaba en Londres y cometió el peor error de su vida.

—¿Qué error?

—Compartió lecho con una mujer, la esposa del conde de Pulford.

Separó los labios de la impresión. —¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—El conde iba a retarle a duelo, pero Dalbert intervino. La puntería del conde es bien conocida en Inglaterra y temió que matara a Cameron. El conde le exigió que si quería que se olvidara

del asunto aceptara la mano de su hija, ansiaba que fuera duquesa y consiguió lo que quería. Dalbert accedió.

Impresionada le miró a él que parecía tallado en piedra. —Así que la aceptaste.

—No tengo por qué soportar esto —dijo yendo hacia la puerta.

—¡Dalbert! —gritó deteniéndole en seco, pero no la miró, lo que la enfureció aún más porque ni podía mirarla a la cara—. Gracias por salvar a mi hermano —dijo con desprecio recordando sus palabras cuando le rogó que no se casara. No la quería, nunca la había amado y para él ese cambio no había sido para tanto—. Espero que seas muy feliz con lady Prudence —dijo con rabia—. Ya que te da igual una dama que otra.

Él salió de la habitación sin decir palabra y Vivianne miró a su madre que se apretaba las manos angustiada. —Bueno, madre, ¿puedes hacer que me traigan algo de comer? Estoy famélica y tengo que recuperarme para mi presentación.

Su madre asombrada ni sabía qué decir. —Sí, por supuesto...

La condesa tiró del cordón y en ese momento se abrió la puerta dando paso a su hermano, a su padre y al doctor Clayton que estaba loco de contento. —Qué alegría, qué alegría tan grande, milady. —Se acercó de inmediato.

Impresionada dijo —Ha venido de Londres.

—Por supuesto. Aunque debo confesarle que temía que no podría hacer nada como diagnosticó mi colega. No tenía ninguna esperanza, ha estado muy grave.

Asombrada miró a los demás. —¿De veras? ¿Tan mal estaba?

El conde se acercó y besó su mano como si estuviera desesperado. —Es un milagro, hija. Un milagro que estés viva.

Mirando esa puerta por la que Dalbert se había ido susurró — El destino, padre. El destino ha demostrado que aún no ha llegado mi hora y que me queda mucha vida por delante.

Capítulo 2

Quedaban dos meses para su presentación y estaba eligiendo las telas para sus vestidos nuevos, cuando Phill entró en el salón con una bandeja de plata en la mano. —Una carta para usted, conde.

Su padre sentado en su butaca, le hizo un gesto para que se acercara y su mayordomo lo hizo diligentemente. —¿De quién es?

—Del duque de Ravencord, milord.

El conde miró de reojo a su hija, que no mostró absolutamente nada en su rostro, es más le dijo a su madre —Esa no me gusta.

—¿Por qué? Es un encaje precioso.

—El encaje se engancha en todos los sitios, madre.

—Puede que tengas razón, esa noche debes estar cómoda.

Roger leyó la carta y apretó los labios antes de doblar la hoja. —¿Qué te dice Dalbert, padre?

Su padre miró a su esposa que asintió. —Es la invitación a su boda, hija. Nos invita a todos.

Sintió un nudo en la garganta, pero ya se lo esperaba. Eran su familia, era normal que esa invitación llegara, si no asintieran solo habría rumores. —Madre, ¿puedo hacerme un vestido para ese día? Por cierto, padre ¿cuándo será? ¿Tengo tiempo?

—Es dentro de un mes.

Vivianne apretó los labios. —Solo podré asistir a la iglesia —dijo irónica—. Es evidente que no quiere que me divierta en la fiesta posterior, pues aún no habré sido presentada para esa fecha y por lo tanto no podré asistir.

Sus padres no pudieron replicarle, porque nadie podía negar que lo había hecho a propósito. Cualquier familiar, y más tan allegado, hubiera esperado a casarse después de su presentación, ya que no quedaba tanto para esa noche. Pero él quería impedir que pudiera asistir al convite que celebraría en su casa de Londres.

—Igual quiere ahorrarte tener que asistir a la celebración, hija.

—Padre, yo también tengo derecho a divertirme. —Se levantó y añadió con ironía —Prácticamente acabo de escapar de las garras de la muerte.

—He pensado... —Se volvió para mirar a su padre. —He pensado que deberías ir a visitar a tu tía Rosanne.

—La tía Rosanne vive en Venecia, ¿quieres que me vaya a Italia? —preguntó confundida.

—Últimamente tienes el humor algo alterado y creo que es mejor que no asistas a la boda.

Se envaró mirando a su madre, pero esta apartó la mirada demostrando que ya lo habían hablado. Orgullosa estiró el cuello. —Así que le elegís a él.

Su padre no disimuló su sorpresa. —¿Pero qué tonterías dices? ¡Es para que te calmes!

—Claro, ahora soy... ¿Cómo dicen? Ah, sí...Una loca que ha perdido el rumbo, pues no te equivoques, padre, sé muy bien a donde me dirijo.

—¡Me estás obligando a tomar medidas drásticas! ¡Últimamente no controlas la lengua y en la cena de ayer con la señora Princeton, fuiste muy mal educada!

Sonrió con ironía. —Así que soy una paria que debéis esconder hasta que se me pase el berrinche... Claro, no vaya a ser que diga algo que no debo. ¿Pensáis traerme antes de mi presentación?

Elizabeth miró a su marido como si esperara su sentencia y este muy enfadado dijo —Debido a tu convalecencia, creo que lo

mejor es que no te excedas. El año que viene habrá presentación.

Perdió todo el color de la cara, había soñado con ese día toda su vida y sin poder evitarlo dijo con desprecio —Hasta eso me quitáis. ¿Qué piensas hacer, padre? ¿Casarme a escondidas con alguien a quien escojas a mis espaldas? Eso no voy a consentirlo.

—Vete a tu habitación y empieza a hacer el equipaje.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la frustración. —No os reconozco, pero es evidente que no os conocía cuando habéis cambiado mi futuro por un capricho del destino. —Cogió sus faldas y se volvió. —No regresaré a esta casa, padre.

—¡Deja de decir tonterías!

Vivianne empezó a subir los escalones.

—¡Vivianne! ¡Vuelve aquí!

Rabiosa se volvió para verlos al pie de las escaleras. —¿No es lo que queréis? Pues es lo que vais a conseguir, no soy nada para nadie y así seguirá siendo. No hace falta que vengas a despedirme, padre. No quiero incomodarte más. —Siguió subiendo dejándoles de piedra.

—Roger...

—Tranquila, se le pasará. Unos meses fuera de casa es lo que necesita para templarla.

—Vamos a perder a nuestra hija —dijo angustiada cogiendo su brazo—. Dile que te has equivocado, que te arrepientes de tus palabras. Piensa que no la queremos.

El conde se alejó sin mirar atrás y Elizabeth sollozó. —¡Roger, no nos hagas esto!

—Es lo mejor.

—¿Para quién?

Él la miró sobre su hombro. —Para todos, esposa, es lo mejor para todos y el tiempo me dará la razón.

Al amanecer se subió a su carruaje y Elva dio un golpe al techo haciendo que se pusiera en marcha. —No puedo creer que dejen que nos vayamos así —dijo su doncella aún impresionada.

—Pues a mí no me extraña —dijo acariciando a Hércules en su regazo—. Han demostrado que les importo muy poco.

—No digas eso, te quieren con locura.

—¿De veras? Me han mentido desde el principio, me han humillado, han dejado que me consuma sin decirme la verdad y ahora me destierran. ¿De veras me quieren?

Se pasó la mano por la frente y Elva la miró preocupada. —¿Te duele la cabeza?

—Este maldito dolor no termina de quitarse nunca.

—Igual es bueno que te alejes de aquí, tantas preocupaciones no son buenas para tu restablecimiento.

Pensando en ello ni sintió que una lágrima caía por su mejilla. —Sí, tengo que olvidarme de todo.

Elva forzó una sonrisa sabiendo que todas esas traiciones no se olvidarían nunca. —Dicen que Italia es maravilloso, lo pasaremos bien.

—Sí, la tía Rosanne es muy divertida, tan divertida que nunca sonríe como si su viudez le hubiera amargado la existencia. Aunque igual tienes razón y hacemos el dúo perfecto. —Su ironía hizo reír a su amiga.

—Puede que sea muy recta en sus convicciones, pero es una gran dama y en las pocas ocasiones que ha visitado la casa, ha demostrado que eres su ojito derecho. Se nota que te quiere mucho...

—En cuanto me vea llegar, no dejará de preguntarme lo que ha sucedido y cuando se lo cuente, me amargaré la existencia porque creerá que miento y que mis familiares me han repudiado. Y en realidad es lo que han hecho, aunque yo no tenga la culpa de nada.

—Lo superaremos e incluso nos divertiremos, ya verás. Y cuando vuelvas tendrás la presentación que mereces.

Ella miró por la ventanilla viendo el contorno de Merfield Hall a lo lejos, su hogar. Al que sabía que no volvería nunca. —Sí, y será estupenda. Y tienes razón, mientras llega ese día, intentaremos divertirnos.

Bajó la pasarela del barco vestida como una princesa, pues su tía no había reparado en gastos durante su estancia en Venecia. Elizabeth se acercó llorando deseando abrazarla, habían pasado siete meses, demasiado tiempo.

Vivianne al ver que se acercaba se tensó y cuando su madre la abrazó con fuerza sintió que se le retorció el corazón. —Me alegra verte, madre.

La condesa al darse cuenta de que no le devolvía el abrazo, perdió el aliento y se apartó para ver una frialdad en sus hermosos ojos verdes que le heló el alma. —Hija, yo...

Sin contestar nada se volvió y le dijo a Elva como una gran dama —El equipaje, rápido, estoy cansada.

—Los lacayos están ya recogiendo, milady.

La condesa confundida la miró de arriba abajo, se había ido su niña del alma y había vuelto una dama con todas las letras, altanera, elegante y tan hermosa que cualquier hombre se moriría por estar a su lado. No la reconocía, cuando esperaba que estuviera loca por verla, por regresar a casa. —¿Sigues enfadada?

—¿Enfadada, madre? —preguntó como si no entendiera—. No se me permite enfadarme, no hay que dar escándalos. Por eso, madre, te aconsejo que dejes de llorar, estás llamando la atención y eres condesa, que no se te olvide. —Pasó ante ella yendo hasta el coche que tenía el escudo de su padre, pero pasó de largo acercándose a un hombre que la esperaba con una sonrisa en su

rostro. Alargó la mano para que se la besara por encima del guante.
—Milord, es un gusto verle.

—Tenía que estar aquí para recibirla —dijo admirado—. Está más hermosa que nunca.

—¿Cómo dice eso? —Coqueta le miró a los ojos. —Ha sido un viaje horrible, seguro que tengo muy mal aspecto.

—Usted siempre está radiante, milady.

Su madre se puso a su lado.

—Oh, permítame que le presente, Carlton.

—Nos conocemos —dijo su madre muy tensa—. Duque, le creía en Boston.

—Al final no fui, ¿no se lo dijo Dalbert?

—No, mi sobrino nos comentó que después de su viaje por Europa, iría a Boston a ver a unos familiares.

—Después de encontrarme con su hermosa hija, decidí quedarme en Italia.

—¿No me diga? —Miró de reojo a Vivianne, pero su rostro solo tenía una dulce sonrisa. —¿Y lo pasaron bien?

—Al lado de su hija el tiempo pasa volando. —Vivianne cogió su brazo. —Si me permite, me gustaría visitar al conde esta misma tarde si es posible.

Elizabeth empezó a ponerse muy nerviosa. —Pues no sé si será posible, la verdad.

—Me pasaré de todas maneras para tomar el té con milady —dijo sin dar su brazo a torcer antes de mirar a Vivianne totalmente enamorado—. Si Dalbert me hubiera dicho que su prima era tan maravillosa, hubiera ido a conocerla hace mucho tiempo.

—Por algo no se lo diría —dijo la condesa sin salir de su asombro.

—Un descuido imperdonable. Pero es un gran amigo, así que haré la vista gorda. Las acompaño al carruaje.

Vivianne sonrió como si estuviera encantada con su atención.
—Es muy amable.

Ante la puerta que el lacayo mantenía abierta él besó su mano mirándola a los ojos. —Para mí es un auténtico placer, he echado de menos su compañía.

Sonrió antes de volverse y entró en el carruaje. —Le espero esta tarde, milord —dijo sentándose.

—Esperaré ansioso ese reencuentro, mi hermosa lady.

Su madre siseó —¿Me deja pasar?

—Oh, sí, por supuesto —dijo avergonzado—. ¿La ayudo, condesa?

—No, gracias —dijo entre dientes sentándose ante su hija. Elva se sentó al lado de su señora y él cerró la puerta mirándola enamorado.

La condesa dio un golpe al techo y el carruaje se alejó del duque. —No me lo puedo creer —dijo su madre aún atónita—. ¿Con el mejor amigo de Dalbert? Esto no puede ser algo serio.

—No sé de lo que hablas, madre —dijo fríamente.

—Es evidente que ese hombre va a pedir tu mano, ¿acaso has perdido la cabeza?

—Es un partido muy aceptable, de hecho, es impecable, no creía que te molestaría.

—No me molestaría si le amaras. —Se adelantó cogiendo su mano. —¿Le amas?

Apartó su mano cortándole el aliento. —El amor está sobrevalorado, madre. Carlton será un buen marido, tiene el título, el dinero y padre no podrá rechazarle al ser miembro del parlamento y pariente cercano de la reina. Sería un escándalo rechazar al duque de Ostenford.

—Dejas a tu padre entre la espada y la pared.

Sonrió con ironía. —Padre estará aliviado de librarse de mí, madre. Si se lo he puesto muy fácil. Solo tiene que decir que sí y

asistir a la boda. —Miró por la ventanilla. —Será la mejor boda de la temporada.

La condesa no se lo podía creer, aquella mujer no era su hija, era fría y calculadora.

—¿Qué te ha pasado en Italia?

La miró sin comprender. —¿Qué me ha pasado? He madurado, madre. ¿No era lo que queríais? Pues lo habéis conseguido. —Sonrió con maldad. —¿Acaso Carlton no es un buen partido?

—Sí, lo es.

—¿Entonces por qué pones tantas pegas? Os ahorraréis la presentación. Ya que es tan horrible estar en mi presencia y que soy tan difícil de soportar, deberíais estar contentos.

—Hija, no has entendido nada.

—No, madre, por supuesto que lo he entendido. En el momento en que más os necesitaba, en el momento en que estaba rota de dolor porque me quitasteis a mi marido, decidisteis echarme de vuestra vida para que me las arreglara sola y saliera adelante. Pues es lo que he hecho —siseó con rabia—. Y a Carlton no me lo vais a quitar, ya me he asegurado de ello.

Su madre palideció. —No.

Sonrió divertida. —Dile a padre, que si no quiere un escándalo, acepte esta boda.

Atónita miró a Elva, que sonrió elevando la barbilla orgullosa de su señora, porque durante esos meses los condes habían enviado dos cartas. Dos malditas cartas que solo habían hecho llorar a Vivianne. Jamás se imaginó que los condes trataran así a su hija y estaba muy orgullosa de ella.

—No le ama.

—Condesa, ¿y usted eso cómo lo sabe? ¿Será por todo lo que ha hablado con su hija en estos meses? ¿Por todo lo que le ha escrito?

Impaciente le preguntó a su hija —¿Le amas? ¡Contéstame!

—No —respondió como si nada.

—Hija, un matrimonio sin amor solo te dará disgustos.

—Creo que ya tengo el cupo de disgustos lleno, madre. No te preocupes.

Impresionada por su frialdad no supo qué decir y cuando llegaron a casa la condesa casi saltó del carruaje para entrar en casa como una exhalación.

—Al parecer se ha tomado muy bien la noticia —dijo a Elva con ironía.

Soltó una risita. —Nunca la he visto correr tanto.

Bajó del carruaje y le dijo al lacayo —Cuidado con el baúl granate.

—No se preocupe, milady.

Se agarró las faldas y subió los escalones para entrar en casa. Se estaba quitando el sombrero cuando apareció su padre muy apurado con su madre detrás. —Hija, bienvenida a casa.

—Gracias, padre. —Puso la mejilla para que le diera un beso, en lugar de abrazarle como siempre había hecho cuando él regresaba de un viaje. Roger se tensó y la besó en la mejilla. Vivianne sonrió fríamente y miró a su alrededor, el naranja de las paredes le llamó la atención de inmediato. —Madre al parecer has estado ocupada, ¿nueva decoración?

—Solo hemos cambiado el papel —dijo muy nerviosa.

Rio por lo bajo. —Pues es horrible.

El conde carraspeó. —Hija, ¿pasamos al salón? Estarás deseando tomar un té.

—Pues no mucho, padre, estoy cansada. ¿Te importa si me voy a mi habitación?

Confundido negó con la cabeza. —No, claro que no.

—Ha sido un viaje muy largo y me duele la cabeza.

Elizabeth preocupada dio un paso hacia ella. —¿Todavía tienes dolores de la cabeza?

—Vienen y van, madre, pero nunca se van del todo. Elva...

—Enseguida le preparo el baño, milady.

Alejándose dijo —Uff, lo estoy deseando, ha sido un viaje larguísimo.

—Enseguida subo.

El conde atónito miró a su esposa. —¿Quién es esa mujer? ¡No se parece en nada a mi hija!

Elva soltó una risita porque no habían visto nada. Cuando se repusiera del viaje, iban a ver de verdad la dama que la tía Rosanne había instruido durante su estancia.

Bajó a la hora del té, hermosa con un vestido de tarde en seda verde pálido con encajes de Bruselas cayendo desde los codos y su hermoso cabello recogido en la nuca, dejando caer dos rizos sobre la piel de alabastro de sus hombros. Escuchaba a gente hablar en el salón y caminó hacia allí de lo más calmada. Carlton se levantó de inmediato. —No se puede estar más hermosa.

Vivianne alargó la mano y él se la besó ansioso. —Es maravilloso levantarse de la siesta con esos cumplidos —dijo coqueta. Sonrió fríamente a su hermano que estaba de lo más incómodo—. Pero si está aquí el futuro conde. —Se acercó a él. —¿No tienes nada que decirme?

La besó en la mejilla. —Bienvenida a casa.

—No, esta no es mi casa —dijo como si nada—. Siempre sentiré que Merfield Hall es mi hogar, aunque tengo la sensación de que nunca más volveré.

—Milady no diga eso, iremos a la casa de campo de sus padres cuando usted quiera —dijo el duque dejándolos a todos de piedra.

—¿Así que ya está decidido? —Aparentando ilusión miró a su padre. —¿Ya habéis hablado?

Roger carraspeó. —El duque ha pedido tu mano, pero le he dicho que debía hablarlo contigo primero.

Sonrió a Carlton. —Si pides mi aprobación padre, te la doy. Deseo casarme con él.

Carlton la miró como si fuera suya y alargó la mano que ella cogió de inmediato. A regañadientes el conde siseó —Pues entonces que así sea. —Se levantó y dijo —Felicidades.

—Gracias, padre —dijo con ironía antes de besar a su prometido en los labios frente a todos.

Su madre jadeó de la sorpresa, pero Vivianne no se detuvo hasta que consideró que les había escandalizado lo suficiente. Al volverse con una sonrisa en los labios, sus ojos se toparon con los de Dalbert que estaba en la puerta del salón y no podía estar más sorprendido. —¡Pero si está aquí mi primo! —dijo como si estuviera encantada—. Has llegado en el momento justo. —Cogió del brazo a Carlton que la miraba enamorado. —Te presento a mi prometido. —Soltó una risita. —Aunque ya le conoces.

Dalbert muy tenso miró a Carlton. —¿Prometido?

—Oh, amigo, qué alegría verte. Cuando me habías hablado de tu prima, no me imaginé que era tan maravillosa. —Le abrazó loco de contento y Dalbert la fulminó con la mirada. —¡Maravillosa y mía! —Se apartó para cogerla por la cintura.

Ella sonrió mirándole encantada. —Toda tuya. —Volvió la cabeza hacia Dalbert para mirarle con cinismo. —¿Estás contento, primo? Ahora tu amigo entra en la familia.

—Muy contento —dijo entre dientes.

—Oh, ¿tu esposa no ha venido? —preguntó estirando el cuello para mirar tras él.

—No se encuentra muy bien.

—Vaya, espero que no sea nada —dijo Carlton.

—Un resfriado nada más.

—Sentí mucho no poder ir a vuestros esponsales. —Vivianne dramática suspiró. —Pero no me encontraba bien después de mi

desafortunada caída.

—Todavía sufre dolores de cabeza terribles, ¿verdad palomita?

—Terribles. —Sonrió a su prometido. —Pero cuando estás a mi lado me siento mucho mejor.

Dalbert cogió su mano y la besó enamorado como si no pudiera dejar de tocarla.

—Si me disculpáis... —Les rodeó para ir hacia el conde. —Tío, ¿podemos hablar en privado?

Roger suspiró levantándose. —Por supuesto.

—¿Pero os vais ahora? —preguntó ella como si estuviera sorprendida—. Hay que hablar de la boda y poner una fecha que nos venga bien a todos. —Miró directamente a su primo. —No quiero que falte nadie.

Él apretó los labios. —Creo que esa conversación podrá esperar —dijo entre dientes.

Miró a su prometido como si estuviera confundida y Carl le hizo un gesto sin darle importancia. —No sé qué le pasa, antes de irme de Londres estaba también de muy mal humor. Al parecer el matrimonio no le ha ayudado a endulzar el carácter.

Sonrió encantada. —Eso no nos pasará a nosotros, querido.

—Por supuesto que no, palomita.

Le cogió del brazo. —¿Quieres un té? —preguntó solícita—. ¿Dos terrones de azúcar?

—Me encantará, como todo lo que viene de ti.

Soltó una risita y después de servirle ella misma se sentó a su lado para ver frente a ella a su madre y a su hermano con caras de funeral. Hubo un tenso silencio y Carlton después de beber de su taza carraspeó. —Había pensado...

Los dos le miraron fijamente y su prometido se puso aún más nervioso, pero no iba a dejar que le intimidaran. —Di, cielo, ¿qué habías pensado? —le alentó.

—Pedirle a Dalbert que sea el padrino de la boda.

Separó los labios de la impresión. —¿No me digas?

—Es mi mejor amigo y...

—Cielo, tan buen amigo no puede ser, apenas os habéis escrito durante tu viaje.

—Él estaba de luna de miel y yo estaba contigo. —Rio por lo bajo. —Ninguno de los dos pensaba mucho en escribir.

Vivianne rio como si le hubiera hecho gracia, haciendo sonreír de gusto a su prometido que miró a Cameron. —No te importa, ¿verdad?

—En absoluto, Dalbert es como un hermano más.

—Sí —dijo ella retándole con la mirada—. Haríamos lo que fuera los unos por los otros.

—Eso está muy bien —dijo Carlton.

—¿Y dónde será la boda? —preguntó su madre por preguntar algo.

—En Saint James, por supuesto —contestó el duque—. Haremos la boda más hermosa y extravagante que se haya visto en esta ciudad y por supuesto mi prima la reina acudirá. Ella será la madrina de la boda.

—La reina. —Elizabeth se apretó las manos mirando hacia la puerta del salón. —Será un gusto saludarla.

—¿Te das cuenta de lo que está pasando? —gritó Dalbert haciendo que todos miraran hacia el hall—. ¡Esto es inconcebible!

Cameron salió apurado del salón y Carlton le dijo a su prometida por lo bajo —¿Y esos gritos?

—Pues no sé, será algo de negocios.

—Sí, siempre dan muchos quebraderos de cabeza. Afortunadamente yo tengo un administrador que se encarga de todo.

—A mi padre le gusta encargarse él —susurró—. Dice que los administradores no siempre hacen bien su trabajo.

Carlton entrecerró los ojos. —Le vigilaré.

Ella sonrió cogiendo su mano, puede que no le amara, pero era un cielo y aunque esa boda se celebraba por tocarles las narices a su familia y a Dalbert, nadie podía negar que había elegido el mejor partido de la temporada. Total, para casarse con alguien a quien no amaba, mejor que fuera duque, ¿no? La sonrisa se le fue poco a poco recordando todos los planes que tenía para su boda con Dalbert, la ilusión que sentía, pero esos sueños e ilusiones habían desaparecido de un plumazo y debía ser práctica. Sí, Carlton sería el marido perfecto, en todos los sentidos, y pensaba hacerle feliz, puede que el amor llegara en el futuro, nunca se sabía, el roce hace el cariño.

Carlton perdió algo la sonrisa. —Palomita, ¿estás bien?

Regresando al presente le miró a los ojos. —Oh, sí, por supuesto. Estaba recordando a mi abuelo —dijo a toda prisa—. Es una pena que no te haya conocido.

—Si quieres le llevaremos a su tumba tu ramo de novia.

Sonrió. —Siempre eres tan detallista...

Él dejó su platillo con la taza sobre la mesa. —Y había pensado que... —Sacó algo del bolsillo de la chaqueta y Vivianne se llevó la mano al pecho al ver que era una caja de terciopelo. —Había pensado que igual querías llevar esto. Era de mi madre, mi padre se lo regaló en su veinte aniversario. —Abrió la caja para mostrar una esmeralda enorme engarzada en un anillo de oro. —¿Te gusta?

Emocionada porque él había tenido ese detalle asintió. —Es hermoso.

Él lo sacó de la caja y se lo puso en el dedo. —Te queda perfecto.

—Gracias. —Lo admiró porque no era para menos y le miró a los ojos. —Es lo más bonito que he tenido nunca.

Carlton iba a besar sus labios, pero su madre carraspeó haciendo que su prometido se alejara de inmediato. En ese momento los hombres regresaron al salón. Su padre parecía

avergonzado, mientras que Dalbert parecía más furioso que nunca y Cameron estaba a punto de pegar cuatro gritos.

—Dalbert, Cameron, mirad el regalo que me ha hecho Carlton —dijo emocionada levantándose y mostrándoles el anillo que era imposible que no vieran—. ¿A que es hermoso?

—El anillo de los Jointer —dijo Dalbert muy tenso—. Es precioso, prima.

Carlton frunció el ceño. —¿Ocurre algo, Dalbert? Pareces furioso, ¿acaso no estás de acuerdo con nuestra unión?

Ese era su prometido, le gustaba ir de frente. Miró a los demás. —Tengo la sensación de que nadie quiere que me case con Vivianne.

—No es eso, duque —dijo el conde—. Ha sido una sorpresa, eso es todo.

—Y al parecer ha sido una sorpresa desagradable. ¿Acaso esperaban unir a su hija con otro pretendiente?

—Eso da igual, cielo, yo ya he elegido —dijo dejándolos a todos mudos—. Si se esperaban otra cosa, es su problema. —Se acercó y cogió su brazo reafirmando ante todos su elección.

—¿Lo esperaban? —insistió Carlton—. Porque tenía entendido que Vivianne iba a presentarse en sociedad este año.

—E iba a hacerlo —dijo Cameron—. Pero no esperábamos que se enamorara. —Miró a su hermana. —Porque le amas, ¿no?

A su prometido se le cortó el aliento esperando su respuesta y ella dijo —Es el hombre que siempre he soñado. —Le miró a los ojos y vio que su respuesta no le había convencido del todo. —De otra manera no me casaría contigo.

Carlton asintió antes de mirar a los demás. —Si hay alguna objeción a este matrimonio, me gustaría saberlo ahora.

Ella miró a Dalbert que muy tenso dijo —Ninguna objeción, amigo. Esperamos que tengáis un matrimonio muy largo y dichoso.

Carlton sonrió. —Gracias. Por cierto, ¿quieres ser el padrino?

—Será un honor —dijo como si le sacaran una muela—. Ahora si me disculpáis debo regresar a casa, estoy preocupado por mi esposa.

Que la mencionara fue como una patada en el estómago, pero no movió el gesto.

—Por supuesto. —Carlton le dio un golpecito en la espalda y fue con él hacia la puerta. —Podemos vernos mañana en el club si quieres, y podemos hablar de todo lo que ha ocurrido durante estos meses, tengo mil cosas que contarte.

—Allí nos veremos. —Cogió su abrigo de manos del mayordomo y sin ponérselo salió de la casa.

Carlton sonrió a su prometida. —Preciosa, es momento de elegir una fecha.

Capítulo 3

Al día siguiente a las cuatro, Carlton entró en el club y enseguida vio a Cameron sentado en una de las mesas. Dalbert estaba de espaldas a él bebiendo un bourbon. —Ya estáis aquí —dijo emocionado sentándose en una butaca. El camarero se acercó enseguida—. Otro para mí.

—Enseguida, duque.

—Bueno —dijo Carlton yendo al grano—. ¿Qué rayos pasa para que os comportéis así conmigo? Y quiero la verdad.

Dalbert muy tenso miró a Cameron que asintió. —¿Recuerdas que mi suegro retó a duelo a Cameron?

Carlton rio. —Menuda noche, ¿eh? El muy canalla acabó en el lecho con su esposa. Sí, lo recuerdo. El conde al final retiró el duelo. —Vio como Dalbert apretaba los labios y Carlton perdió la sonrisa poco a poco. —Joder, ¿no me digas que...?

—Al parecer piensan que tengo muy mala puntería. —Cameron bebió todo lo que le quedaba de su copa.

Carlton impresionado se adelantó para susurrar —¿Te casaste con la hija del conde para que no le matara?

—Pero eso no es lo peor, estaba comprometido con Vivianne desde seis años antes.

Él se tensó al escuchar el nombre de su futura esposa. —Bromeas.

—No, y te lo digo porque estoy convencido de que no te ama, solo se casa contigo para joderme.

Carlton se tensó aún más. —Así que no crees que me ame.

—No sé quién es esa mujer que ha llegado del continente, pero esa no es mi hermana. Está furiosa por lo sucedido y solo quiere hacer daño. Así que amigo, antes de que tu compromiso sea algo público, te aconsejo que te alejes todo lo posible de ella.

Le miró como si hubiera dicho un disparate. —¿Y que otro hombre que ha dado su palabra de cuidarla y protegerla la abandone de nuevo? No, amigo, no pienso dejar a mi futura esposa. Es todo lo que siempre he querido de una mujer y me importa una mierda que tú no la reconozcas. Será porque le habéis hecho tanto daño que ha tenido que madurar. —Miró a Dalbert. —¿Te jode haber tomado una decisión errónea y haber abandonado a la mujer que amabas por el honor, la familia y el deber? Yo no tengo ese problema y me debo a ella desde el mismo momento en que aceptó mi mano. Es mi mujer y lo será hasta que la muerte nos lleve.

—No te ama —dijo Dalbert entre dientes.

—Aprenderá a amarme y me dejaré la piel para que así sea. —Sonrió con ironía. —Os contaré un secretillo, ella ya me lo había confesado todo.

No pudieron disimular su sorpresa. —Mientes, hace un minuto...

—Hace un minuto disimulaba para averiguar lo que pensabais contarme, pero yo ya sé la otra versión. La de una muchacha que te amó desde niña y que esperaba que algún día posaras los ojos en ella, la de una joven que inquieta veía que se acercaba su presentación y no recibía de ti ninguna señal que la alentara, cuando es evidente que ya estabais comprometidos. Que bien te vino eso para dejarla a un lado cuando te convino, ¿no?

—No quería que hubiera cuchicheos al respecto —dijo entre dientes—. Por eso no dijimos nada de nuestro compromiso en su momento.

—Seguro que fue idea tuya. Claro, pero es que si la gente lo hubiera sabido, no hubieras podido pasártelo tan bien en esas fiestas a las que ibas haciendo que todas esas mujeres en busca de marido te persiguieran, ¿no es cierto?

—Su madre sugirió que no dijéramos nada hasta después de la temporada.

—Claro, y tú estarías encantado de que otros hombres la agasajaran —dijo divertido—. Si estás muerto de celos, joder, a mí no me engañas.

Dalbert a punto estuvo de levantarse. —Cuidado amigo, si se te ha ocurrido liquidarme para después convertirla en tu amante, porque es lo único que puedes ofrecerle, te llevarás una sorpresa. Sabes de sobra que tengo una puntería excelente equiparable a la tuya.

El duque volvió a sentarse y Carlton sonrió antes de mirar a Cameron. —¿Puedo continuar? O lo dejamos aquí como antiguos amigos y cada uno por su lado.

—¿Estás rompiendo nuestra amistad? —preguntó Cameron.

—Esta amistad está rota desde el mismo momento en que la mujer que amo ha sufrido tanto por vuestra causa —dijo muy serio—. Escuchadme bien, Vivianne ahora es mía, así que dejados de consejos que no he pedido y comportaros como simples familiares que nos desean un próspero matrimonio, porque esa boda se va a celebrar.

—¿La has tocado? —preguntó Dalbert muy tenso.

Le miró con desprecio. —Eso es algo que no te incumbe, primo. Pero sí puedo decirte algo, quiere tener muchos hijos y yo estoy deseando que lleguen. Puede que no me ame, pero sabe que su futuro conmigo será dichoso, es tan maravillosa que se conforma con eso, pero yo haré que me ame porque quiero que sea feliz a mi lado, todo lo feliz que pueda hacerla. —Se levantó abrochándose la chaqueta del traje y les sonrió. —Como comprenderás retiro mi oferta de que seas mi padrino. Después de las palabras de Vivianne sobre lo que ocurrió, creí que esta boda no te importaría, pero veo que no es así. Se lo pediré a mi primo, él siempre está cuando le necesito. Buenas tardes.

Se iba a ir, pero Dalbert le agarró del antebrazo. Se miraron a los ojos retándose. —¿Insinúas que nosotros no estuvimos cuando

ella nos necesitó?

—¿Acaso no es obvio? —Soltó su brazo. —Aunque no lo digo solo por eso, un buen amigo, habría evitado hacerme daño con toda esta mierda —dijo entre dientes.

—Solo queríamos advertirte —dijo Cameron obviamente incómodo.

—No te equivoques, puede que tú lo hicieras por eso, pero Dalbert lo ha hecho para espantarme y que la deje plantada. Es tan egoísta que le da igual seguir haciéndole daño con tal de que sea suya para siempre, incluso si con ello tiene que quedarse sola el resto de su vida. —Miró a Dalbert. —Pues escúchame bien, ya no está sola ni lo estará nunca más, así que vete haciéndote a la idea o lárgate de nuestras vidas.

Le fulminó con la mirada. —Es evidente que el que sobro aquí soy yo.

Carlton se alejó sin contestar y Dalbert apretó los labios con rabia.

—Está decidido —dijo Cameron.

—Lo sé. Le conozco bien y no cambiará de opinión.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada, no puedo hacer nada. Estoy casado con Prudence, tengo las manos atadas.

Cameron apretó los labios. —Siento haberte metido en esto.

—Me metí solo, ¿recuerdas? Y como dice Carlton, es una decisión que tendré que asumir porque ya no tiene vuelta atrás.

Dalbert apretó las mandíbulas viendo como Vivianne reía jugando con su prometido a cricket en el jardín. El conde se puso a su lado para observarles.

—Parece feliz —dijo el duque pensativo.

—Conozco a mi hija y sé que no lo es. —Suspiró. —Aunque puede que ya no la conozca, está muy distinta. —Fue hasta detrás de su escritorio y se sentó. —¿Cómo está tu esposa?

—Recuperada, aunque sigue en cama.

—¿Y eso por qué?

Se volvió para mirarle a los ojos. —Está en estado.

Roger separó los labios de la impresión. —Enhorabuena. Aunque no sé si felicitarte por la cara que pones.

—Teniendo en cuenta que no es mío, no sé qué cara debo poner.

El conde estaba escandalizado. —¿Pero qué diablos dices?

Suspiró sentándose ante él y sintiéndose desesperado apoyó los codos sobre sus rodillas para pasarse las manos por la cara.

—Hijo, ¿qué está ocurriendo? ¿Qué nos has ocultado?

Le miró antes de enderezarse. —A mi esposa no le he tocado un pelo. Decidió entrar en el juego de su padre y aceptar este matrimonio y yo para castigarla...

—La rechazaste en tu lecho.

—Así que decidió que podía compartir la cama con cualquiera. La muy zorra se reía mientras me decía que esperaba un hijo mío.

El conde cerró los ojos. —Lo siento, hijo.

—Si la repudio será un escándalo monumental.

Roger se levantó para servir un coñac y le llevó la copa. —Pues debes hacerlo. ¿Tienes pruebas?

—¿Qué pruebas voy a tener? Será de un lacayo o vete tú a saber —dijo con rabia—. Te juro que tuve que contenerme para no retorcerle el pescuezo.

—Pues hay que conseguir esas pruebas. —El conde entrecerró los ojos. —Cameron, será la manera de pagar su deuda. Puede decir que compartió su cama y que ella misma le dijo que no había sido el único. Hay que hundir su reputación totalmente para que no tenga ninguna credibilidad.

—La corona...

—La reina se pondrá de tu lado, uno de sus parientes es tu mejor amigo.

—Carlton no es precisamente mi amigo en este momento.

—Está enfadado por lo ocurrido con Vivianne, pero es un buen hombre y entenderá que estás pasando por un mal momento.

Dalbert pensó en ello. —Si expongo a la familia de esta manera, si Cameron da la cara, su padre le retará a duelo. Volveremos a estar como al principio.

—Pues será algo a lo que tendrá que enfrentarse.

—¿Pero qué dices? ¡Es la persona con menos puntería del mundo! ¿Quieres que le mate?

El conde caminó por su despacho pensando en ello. —No tenemos otra opción.

—Nadie se creará que no he compartido lecho con mi esposa, tío. Han pasado seis meses desde mi matrimonio.

—Por eso dirás que estabas furioso con ella, porque te había sido infiel desde el principio.

—¿Y por qué no la repudié antes? Tío, eso no tiene sentido.

—Vergüenza. Te abrumaba la vergüenza, pero cuando te dijo que esperaba un hijo ya no lo soportaste más.

Dalbert entrecerró los ojos. —No sé, no estoy convencido.

—¿Prefieres que un hijo de sabe Dios quién herede tu ducado? ¿Estás loco? —De repente sonrió. —Además...

El duque le miró fijamente.

—Además, podrías recuperar a mi hija... Puede que ahora sea una cínica y me saque de quicio esa ironía continua que suelta por su boca, pero algo de nuestra Vivianne aún está ahí y no hay nadie más posesiva que ella con los que quiere. ¿Qué crees que pensará cuando se entere de que tu mujer te trata así?

—¡Joder, tío, voy a quedar como un estúpido cornudo ante todos! ¡Pues pensará que soy idiota!

Roger hizo una mueca. —Hijo, creo que eso ya lo piensa ahora.

Llamaron a la puerta y el conde dijo —Adelante.

Elizabeth sonriendo asomó la cabeza. —Querido, es la hora de comer.

—Pasa y cierra la puerta. Tenemos algo que comentar contigo, necesitamos un punto de vista femenino.

—Oh, pues aquí estoy. —Entró enseñando su hermoso vestido de seda azul y les miró impaciente. —¿De qué se trata?

—Tío...

—Venga, díselo, así veremos cómo reacciona.

Dalbert gruñó antes de mirar a su tía. —Mi esposa está embarazada de otro hombre.

Dejó caer la mandíbula del asombro llevándose la mano al pecho de la impresión. —¿Qué has dicho?

—Lo que has oído.

Los dos esperaron impacientes lo que iba a hacer después. — ¡Será zorra! —gritó haciendo que Vivianne que estaba en el salón mirara hacia el hall—. ¿Cómo se atreve, esa... esa...? ¡Hija de puta!

Vivianne parpadeó del asombro porque jamás había oído esas palabras en boca de su madre. Cameron salió de la biblioteca, al igual que ella salía con Carlton del salón. Su prometido tampoco perdía detalle.

—¿Qué pasa? —preguntó su hermano.

Vivianne se encogió de hombros sin tener ni idea.

—Harás algo, ¿no? —chilló haciendo que dieran otro paso hacia el despacho—. ¡Marido tienes que hacer algo! ¡No puede salirse con la suya!

Roger sonrió. —¿Ves? Tiene el temperamento de su madre, así que reaccionará igual.

—Creo que Vivianne tiene más temperamento.

—Pues mejor me lo pones.

Elizabeth les miró sin comprender. —¿De qué habláis?

Vivianne ya se había acercado lo suficiente como para oír algo. —¿Qué dicen? —preguntó Cameron en susurros.

—¿Quieres callarte? —siseó empujándole para poder poner la oreja en la puerta.

Carlton divertido se cruzó de brazos mientras los hermanos luchaban por conseguir el mejor lugar donde cotillear.

—¿Pero es verdad? —preguntó su madre.

—Sí, tía, es verdad.

—¡La madre que la parió! ¡Espera que la vea, la voy a despellejar viva!

—Habla de ti —dijo Cameron.

—Claro que no.

—Han dicho tu nombre, ¿qué has hecho?

—¿Yo? Nada.

La puerta se abrió de golpe y su madre les sorprendió allí parados. —¿Qué hacéis ahí? —gritó sobresaltándoles. Jamás había estado tan furiosa.

—Pues... —Cameron dio un paso atrás temiendo por su oreja. —Oímos gritos y pensamos que necesitabas ayuda, madre. ¿Alguien te ataca?

—Sí —dijo con ganas de sangre—. Está atacando lo más sagrado del apellido Lownes, el apellido que mi padre llevó con tanto orgullo. ¡Pero quien lo mancilla no va a vivir lo suficiente como para presumir de ello!

Airada pasó entre ellos y Vivianne miró a su prometido sin entender nada. Él le guiñó un ojo y en ese momento salió el conde y ella pudo ver que Dalbert también estaba allí. —¿Qué ocurre, padre?

—Nada, cielo —dijo apesadumbrado—. ¿Vamos a comer? Dalbert, ¿nos acompañas?

—Será un placer, tío —dijo como si estuviera disgustado—. Me vendrá bien salir de esa casa.

Carlton entrecerró los ojos y le ofreció su brazo. —Vamos Vivianne, te acompaño.

Ella lo cogió distraída pues estaba de lo más intrigada sobre lo que habría ocurrido. Era evidente que tenía que ver con Dalbert, y para que su madre se pusiera así era algo muy gordo. Pasaron por el hall y Vivianne miró hacia arriba para ver a Elva observándoles. Le hizo un gesto con la cabeza y su doncella asintió antes de salir corriendo a la escalera de servicio. Ella se enteraría. Miró hacia atrás para ver que Cameron había detenido a Dalbert en la puerta del despacho de su padre y estaba interrogándole. ¿Si Elva no conseguía nada se lo sacaría a su hermano? Puede que no, bien que había guardado el secreto de su aventurilla con la esposa del conde. Tendría que preguntar en otro sitio. Sonrió porque su madre con lo disgustada que estaba, podría ser quien se lo contara todo.

Pero Elizabeth no se unió a ellos en la mesa. Durante la comida Dalbert apenas habló, de hecho, quien habló todo el tiempo fue Carlton, que era de esas personas que intentaban llenar los vacíos en las conversaciones. Vivianne miraba a uno y otro intentando averiguar lo que pasaba, porque ahora hasta su hermano tenía cara de funeral. Chasqueó la lengua dejando el tenedor sobre la mesa. —Muy bien, ¿qué ocurre?

Carlton suspiró del alivio. —Menos mal que alguien pregunta, ya no sabía que decir.

Miró directamente a su padre. —¿Por qué madre no ha asistido a la comida? ¿Qué le ha disgustado tanto?

—¿Acaso te importa? —preguntó el conde con la copa de vino en la mano.

—Claro que sí —respondió indignada—. Lo dices como si no me importara nada, es mi madre, por Dios.

Su padre hizo un gesto al servicio para que abandonara la estancia y estos se fueron de inmediato. —Es que desde que te

fuiste de viaje, parece que lo que ocurre en esta familia te importa un bledo.

Se envaró por el reproche. —Igual es que soy yo quien no os importa a vosotros.

—Tío, no creo que sea el momento de sacar ese tema —dijo Dalbert entre dientes.

—Creo que es el momento idóneo para poner todas las cartas sobre la mesa.

—¿Estás insinuando que madre está tan disgustada por mi culpa? ¿Acaso he hecho algo mal?

—No, hija, no has hecho nada mal —dijo entre dientes—. Salvo escoger un futuro marido a mis espaldas.

—Surgió así. ¿Qué tiene Carlton de malo?

El duque cogió su copa de vino y dijo divertido —Eso mismo me gustaría saber a mí.

—No tienes nada de malo, pero me gustaría que mi hija se casara por amor, no para intentar fastidiar a Dalbert.

Ella palideció antes de mirar a Dalbert que no le quitaba ojo. —¿Piensas que lo hago para fastidiarte?

—De todos los pretendientes has escogido a mi mejor amigo, se me ha pasado por la cabeza. Yo me casé por obligación, Vivianne, no porque ya no quisiera ser tu esposo.

Su labio inferior tembló por esa confesión. —No sé por qué sacáis toda esta basura, yo ya he elegido. Y tú decidiste en su momento, ya no hay vuelta atrás.

Carlton cogió su mano como si quisiera asegurarse de que era así, pero ella no podía dejar de mirar los ojos de Dalbert.

—La esposa de Dalbert se ha quedado en estado —dijo su padre haciendo que su corazón se retorciera en su pecho—. Pero aún hay vuelta atrás.

—¿Qué quiere decir, conde? —preguntó Carlton molesto—. ¿Qué está pasando aquí?

—Cielo, cálmate, solo intentan provocarte.

—No es provocación, duque, es la realidad. Mi sobrino ha descubierto que su esposa está embarazada de otro hombre.

A Vivianne se le cortó el aliento y Carlton se levantó de golpe. —¿Qué disparate está diciendo, conde?

Ella no podía dejar de mirar a Dalbert, la miró como si fuera suya provocándole un estremecimiento de arriba abajo.

—Mi sobrino la va a repudiar, queremos advertiros de que habrá un escándalo mayúsculo. No sé si esa boda que planeáis será una buena idea.

Vivianne reaccionó mirando a su padre. —No pienso renunciar a la boda que queremos.

—No irá nadie, hermana. En cuanto se sepa que ha repudiado a su esposa, todos nos darán la espalda.

—Este caso llegará a la corte —añadió el conde—, estoy seguro. Y hasta que no se esclarezca todos nos darán la espalda, se pondrán del lado de la pobre esposa embarazada.

Vivianne intentando digerir lo que su padre acababa de decir se levantó mirando a Dalbert. —¿Es cierto?

—Tan cierto como que el sol saldrá mañana. Jamás la he tocado.

Su corazón se sobresaltó en su pecho. —Que no la has...

—¡Eso da igual! —gritó Carlton alterándose y miró furioso a Dalbert—. No podías dejarlo estar, ¿no es cierto? ¡Ahora es mía!

—Nunca fue tuya —dijo con desprecio—. Solo intenta castigarme.

—No digas eso. —Vivianne le miró furiosa. —Es mucho mejor hombre de lo que tú serás jamás. ¡Él tiene palabra! —Cogió sus faldas y se volvió. —Vamos cielo, haré mi equipaje y me instalaré en tu casa.

—¡Ni se te ocurra! —ordenó su padre—. ¡O haré que te vaya a buscar la policía!

Se detuvo en seco y se volvió para mirarle rabiosa. —¡Me comprometiste a mis espaldas, me robasteis mi presentación, ahora no vais a impedir esta boda! ¡Haced todos los escándalos que queráis, pero yo pienso desligarme de esta familia! —Carlton llegó a su lado y cogió su mano. —¡Adiós!

El conde corrió fuera del comedor y la agarró por el otro brazo. —¡Padre suéltame!

—¡La ley me ampara, tú no te vas de esta casa!

Cameron llegó en ese momento y apartó la mano de Carlton, que se volvió rabioso para darle un puñetazo. Vivianne jadeó cuando su hermano cayó al suelo sangrando por la nariz. —¿Qué has hecho? —Se arrodilló al lado de su hermano. —¿Estás bien? —Sin esperar respuesta miró a Carlton como si quisiera arrancarle los ojos. —¿Cómo te atreves?

—¿Yo? ¡Cómo se atreven ellos!

—¡Fuera de esta casa!

Dalbert sonrió cruzándose de brazos y Carlton por supuesto le vio. El duque mostró su rencor. —¿Qué bien te ha salido la jugada, no?

—Nunca será tuya.

—Eso ya lo veremos —dijo antes de salir de la casa dando un portazo.

Vivianne miró hacia la puerta y suspiró apoyándose en sus talones mientras el mayordomo mandaba llamar a un médico y el conde ayudaba a su hijo a ponerse en pie. Dalbert llegó hasta ella. Parecía perdida y a punto de llorar. —Lo siento, preciosa.

Elevó la vista hasta su rostro. —¿Por qué no me dejáis en paz? ¡Te lo rogué! —gritó desgarrada—. Te rogué que no te casaras. No me querías, me lo dijiste y me lo demostraste casándote con otra. ¿Por qué no me dejáis en paz? —gritó antes de levantarse a toda prisa y subir las escaleras como una exhalación—. ¡Os odio!

Escucharon el portazo y los tres se estremecieron. Dalbert miró a su tío levantando una ceja y este preguntó —¿Me he

excedido?

—Un poco.

Roger frotó las manos sonriendo. —Pues yo creo que ha ido muy bien.

—Nos acabamos de poner en contra de la corona —dijo irónico.

—Pero los rumores ya no se podrán parar.

Capítulo 4

Efectivamente en el periódico de la tarde salía la noticia, los cimientos del ducado Ravencord estaban resquebrajándose. Y lo contaban absolutamente todo. Desde lo que ocurrió con Cameron en el duelo, dejándole como un cobarde, pasando por la boda hasta el puñetazo que el prometido de Vivianne le había propinado a su hermano, por lo que el compromiso pendía de un hilo.

Vivianne gimió dejando caer el periódico. —Dios mío...

—Sí, ahora ya no te casas —dijo Elva metiendo su ropa interior limpia en la cómoda—. Menudo escándalo que se va a formar. De hecho, hay periodistas en la puerta.

—¿Qué? —Corrió hacia la ventana y apartó la cortina para ver que era cierto. Cinco hombres estaban allí parados hablando entre ellos y riendo por lo jugoso que era el chisme. Vivianne entrecerró los ojos ocurriéndosele algo. —Elva...

—Dime.

—Saca el vestido lila, el del escote pronunciado.

—Hace demasiado frío para ese vestido.

—Da igual, es el que más enseña y mi vestido más elegante.

—Se volvió. —Venga aprisa, no vaya a ser que se vayan a otro sitio.

—¿Qué estás tramando?

Sonrió. —Ya lo verás.

Abrió la puerta de casa y los periodistas miraron hacia allí dejando caer la mandíbula del asombro al ver a aquella hermosa dama que se acercaba con la cabeza muy alta. Les miró aparentando inseguridad. —¿Ustedes son periodistas?

—Sí, milady.

—¿Puedo hacer una declaración?

—Por supuesto —dijo uno de ellos ansioso.

—Mi nombre es lady Vivianne Merfield, soy hija del conde de Wensford.

Ellos apuntaban en sus libretitas a toda prisa. —Quería decir que todo esto me ha tomado por sorpresa. —Sorbió por la nariz como si estuviera disgustadísima. —Acabo de leer el periódico de la tarde y todo lo que se dice ahí es cierto.

La miraron con los ojos como platos antes de seguir apuntando a toda prisa. —No sé cómo se ha enterado el periodista que ha publicado la noticia, pero le quiero decir a su informante que si quería dañar mi reputación y el buen nombre de mi familia lo ha conseguido. Apenas se habla de cómo se han comportado el conde de Pulford y su hija. Mala gente que se han aprovechado del amor que mi primo tiene por mi hermano, pues hizo todo lo posible por salvar su vida. Nadie habla del sacrificio que hizo mi primo al tener que abandonar nuestro compromiso, cuando me enteré, entendí su propósito y lo acepté con naturalidad. Pero jamás imaginé que alguien tan abyecto, tan ruin y tan maquiavélica como lady Prudence quisiera dañar aún más a mi primo, que todo el mundo sabe que es un hombre recto con una reputación intachable. La humillación de decirle tan abiertamente que iba a tener que mantener a un hijo de otro hombre, le hundió en la más absoluta de las miserias y vino como no a desahogarse con su familia. Le apoyamos en todo. Mi prometido, su mejor amigo, está de su lado absolutamente y le apoyará si este pleito llega a la corte. Por mi parte solo puedo aconsejar a lady Prudence que conceda la nulidad del matrimonio a mi primo cuanto antes, para ahorrarse la humillación pública de

tener que escuchar a sus amantes en el estrado. Es todo lo que quería decir.

—¿Su prometido considera que es el segundo plato?

—Yo jamás supe de mi compromiso con mi primo, pues mi familia esperaba a mi presentación para comunicármelo. Me enteré después, cuando el compromiso con lady Prudence ya estaba anunciado. En ningún momento creí que me casaría con mi primo hasta que me comunicaron nuestro compromiso fallido. Eso mismo fue lo que le conté a mi prometido, que siendo amigo íntimo del duque nunca supo de ese compromiso. —Sonrió con tristeza. —A veces se realizan este tipo de compromisos, no significa que siempre lleguen a realizarse. Conocí al duque de Ostenford y pienso casarme con él. Gracias por escucharme, señores. —Se volvió mientras ellos seguían haciendo preguntas, pero no contestó a ninguna otra entrando en la casa. En el hall la esperaban sus padres de brazos cruzados y dijo irónica —De nada.

—¿Qué has hecho? —preguntó el conde entre dientes.

—Protegernos, la prensa es algo muy útil para poner a la opinión pública de nuestra parte, padre —dijo asombrándolos—. Además, tenía que hacer algo antes de que espantéis a Carlton del todo.

Su madre jadeó. —¿Piensas que hemos sido nosotros? ¡Nunca hablaría con la prensa!

Se detuvo en la escalera y se volvió para mirarles. —¿No os dais cuenta de que necesitamos a Carlton? —preguntó alterándose—. Es la baza que debemos mostrar a la corona para que se ponga de nuestro lado. Y si queréis que la imagen de Dalbert quede inmaculada, ya podéis apoyarme en esto.

—Nunca le perdonarás, ¿verdad? —preguntó su madre sintiendo pena por ella.

—¿Perdonarle? Me traicionó, madre. ¿Cómo puedo perdonar una traición del hombre que amaba más que a mí misma? Me casaré con Carlton, no hay más que hablar. Queráis vosotros o no esa boda se va a celebrar, es vuestra decisión acompañarme en ese momento

o seguir dándome la espalda. —Siguíó subiendo las escaleras y su padre apretó los labios con fuerza.

—Oh, cielo, nunca le perdonará.

—Ni a nosotros tampoco, esposa. A nosotros tampoco.

Estaba desayunando sola en el comedor leyendo el periódico y sonrió antes de morder la tostada. Los periodistas la habían dejado por las nubes, cómo se notaba que pocas damas hablaban con ellos. La adoraban. Soltó una risita y volvió la hoja para seguir leyendo. Vio un dibujo de lady Prudence con un baúl sobre la cabeza corriendo hacia un barco. Se echó a reír a carcajadas y el mayordomo sonrió sin poder evitarlo. —Ay, Luke, tienes que ver esto.

—Lo haré, milady, más tarde lo haré.

—Después la recortas, quiero conservarla.

—Por supuesto, milady. Si quiere envíe a por otro periódico.

Le miró maliciosa. —Hecho.

El mayordomo chasqueó los dedos y un lacayo corrió hacia la puerta de servicio. —Siempre tan eficiente, Luke.

—Usted que me mira con buenos ojos.

—Bien. —Cerró el periódico. —¿Quién ha sido?

La miró sin entender. —¿Milady?

—Alguien del servicio se ha ido de la lengua, ¿quién?

—Creo que los tiros van por otro lado, milady.

—Ilumíname, por favor.

Luke miró sobre su hombro y se acercó a toda prisa. —Creo, de hecho, lo creemos todos, que ha sido su excelencia quien lo ha contado todo.

—¿Dalbert?

—No, milady, su prometido.

Separó los labios de la impresión. —¿Por qué dices eso?

—Nuestra cocinera es prima de una de las doncellas más antiguas de la casa del duque, le ha dicho que cuando se fue de aquí después del puñetazo, se reunió con un hombre en su despacho y todos en la casa saben que es periodista.

No pudo evitarlo, se sintió traicionada. Su orgullo le había jugado una mala pasada y había cometido un error imperdonable. Muy tiesa dijo con la cabeza alta —Entiendo, amigo.

—Creo, que ha querido sacarlo todo a la luz para humillar a lord Dalbert. Se ha sentido rechazado por todos excepto por usted. —Hizo una mueca. —Hasta que le echó de casa, claro.

Aún impresionada dijo —Pero sus últimas palabras antes de irse, dieron a entender que no se rendiría.

—Y no lo ha hecho. Ha jugado sucio para dejar al duque como un cornudo, para humillarle ante sus ojos y que él quede por encima. A saber lo que la gente está diciendo de lord Dalbert por ahí. Nada bueno, seguro, de eso ya se ha encargado su mejor amigo. No se equivoque, milady, un hombre despechado es muy peligroso. Lord Carlton creía que había perdido y quiso hacer daño. Le apuesto una libra a que aparece por aquí en menos de una hora.

En ese momento sonó la campanilla y ella se levantó de su asiento. —Ya abro yo —dijo sintiendo que la ira la recorría de arriba abajo. El mayordomo sonrió ligeramente viendo cómo iba hacia la puerta como si fuera a la guerra. Abrió la puerta de golpe y Carlton sonrió de oreja a oreja con un ramo de rosas rojas en las manos—. Querida, cómo me alegro de verte.

—¿Fuiste tú? —preguntó como si nada.

—¿Cómo dices?

—¡Fuiste tú! —gritó haciendo que todos los periodistas les miraran—. ¿Tú me has humillado contando las miserias de mi familia a los cuatro vientos? —gritó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas de la decepción.

Carlton palideció. —Cielo, no quería hacerte daño, solo pretendía...

—¿Qué pretendías, arrastrar mi nombre por el fango? ¿La reputación de mi familia? ¡O solo tenías celos de Dalbert y no te importaba lo demás con tal de hacerle daño! —Se quitó el anillo y sollozó tirandoselo. —¡Fuera de mi vista!

Cerró con tal fuerza que el llamador se elevó golpeándole en la nariz. Juró por lo bajo tapándose la cara y vio el anillo en el suelo. Se agachó para cogerlo y al volverse allí tenía a siete periodistas apuntándolo todo. Gruñó pasando entre ellos mientras le hacían mil preguntas. —¡Dejadme!

Se sintió tan decepcionada, tan sola que sollozó. Su mayordomo impotente vio cómo iba hacia el salón cerrando la puerta y su doncella a toda prisa entró tras ella para intentar consolarla. —Pobre niña... Ya no se fiará de nadie.

Su padre la mandó llamar y sabiendo lo que iba a decirle, casi arrastró los pies hasta su despacho. Llamó y el conde dijo — Adelante.

Abrió y entró cerrando a su paso. —¿Querías verme, padre?

Roger al ver sus ojos enrojecidos apretó los labios. —Me he enterado de lo ocurrido.

—Estarás contento.

—Pues la verdad es que no, si algo te hace daño no me alegro en absoluto. Aunque no estaba de acuerdo con este matrimonio, no me alegro de que te haya traicionado. —Vio como apretaba los labios como si no se creyera nada. —Pero no es de eso de lo que quería hablarte. Tu madre me dijo hace unos días que tú y él... —Carraspeó como si estuviera muy incómodo. —¿Intimasteis?

Se sonrojó y agachó la vista avergonzada. El conde juró por lo bajo. —Entiendo.

—No, padre, no entiendes, si me avergüenzo es porque mentí para forzaros a que aceptarais este matrimonio.

—Oh... Esa es una gran noticia, hija.

Le miró como si fuera un gusano y su padre se sonrojó. — Quería decir...

—¿Puedo retirarme, padre? Me duele la cabeza.

—Sí, por supuesto, llamaré al doctor.

—No es necesario, ya tengo láudano. —Salió del despacho y fue hacia las escaleras. Su hermano la miraba desde la puerta del salón, ni se había dado cuenta de que estaba allí. Apretó los labios viendo como su hermoso rostro había palidecido de nuevo. Temió por ella. Le hizo un gesto a una doncella y cuando se acercó le ordenó —No te separes de la puerta de mi hermana por si necesita algo.

—Milord, Elva no me lo permitirá.

—¿Desde cuándo Elva da las órdenes en esta casa?

La doncella se sonrojó y él entrecerró los ojos. —¿Qué ocurre, Tabby? ¿Qué pasa con Elva?

—Tiene muchos humos, milord. Desde que regresó da órdenes a diestro y siniestro como si milady fuera la dueña de la casa. Y lo hace de una manera en la que nadie replica.

—¿Qué quieres decir?

—Hasta el señor Luke la atiende como si fuera el ama de llaves. No sé qué le enseñaron en Italia, milord, pero ahora es quien manda en la casa. Ni el mayordomo tiene más poder que ella.

Cameron no entendía nada, pero en ese momento Elva pasó por el hall y subió por las escaleras principales en lugar de las de servicio y lo hizo dirigiéndole una mirada de desprecio que le dejó atónito. —¿Ve lo que quiero decir? —susurró la doncella casi con temor.

—Esto es inaudito, ¿lo sabe mi madre?

—Discúlpeme milord, pero su madre nunca se ha ocupado mucho de la casa. Todo lo deja en manos de Luke y...

Cameron fue hacia las escaleras y dijo —Elva detente ahí, quiero hablar contigo.

La doncella se volvió en el piso de arriba levantando una ceja. —Tengo que hacer, milord.

—Me da igual, te esperas. —Subió a toda prisa y cuando llegó hasta ella siseó —¿Qué diablos estás haciendo? ¿Te las das de la señora de la casa? ¡Estás soliviantando al servicio!

—¿De veras? —preguntó como si le importara poco—. ¿A quién?

—A todos. ¿Pero quién te crees que eres?

—Nadie, milord, no soy nadie. Solo soy una simple doncella.

—Eso es lo que eres, así que deja de dar órdenes que no te corresponden.

—Eso mismo he dicho yo —dijo como si fuera idiota.

Cameron se sonrojó de rabia porque le trataba como si fuera estúpido y entrecerró los ojos. —Estás intratable desde que regresaste de Venecia, pero ya lo hablaremos esta noche.

Ella levantó la otra ceja. —Disculpe milord, entre mis atribuciones no está calentarle la cama, ya no. Y si esta conversación era para intentar aproximarse a mí... —Dio un paso hacia él mirándole con todo el odio del que era capaz. —Aléjese todo lo que pueda, porque aún puedo irme de la lengua con todo lo que me contó en nuestros anteriores encuentros, como por ejemplo que Dalbert tenía una amante en esta ciudad antes de casarse y que su padre tiene otra.

Cameron palideció dando un paso atrás. —No serías capaz.

—Volver a hacer daño a mi ama y os juro por mi vida que será lo último que hagáis en esta ciudad. —Se volvió dándole la espalda y abrió la puerta de la habitación de su señora que estaba ante la ventana con la mirada perdida. —¿Lo has oído?

—Sí.

Elva hizo una mueca. —Lo siento, no quería hacerte más daño.

—No me lo habías contado.

—¿Que compartí su lecho? —Suspiró acercándose. —Parece que fue hace siglos.

La miró. —¿Le amas?

—La gente de mi clase no ama cuando se acuesta con su señor. —Hizo una mueca. —O puede que algunas sí, pero solo son unas incautas que nunca llegarán a ningún lado. Como mucho pueden tener uno de sus bastardos y quedarse en la calle con una mano delante y otra detrás. —La miró con tristeza pues aún esperaba una respuesta. —No puedo negar que tu hermano es muy atractivo y puede llegar a nublar el juicio cuando seduce a una mujer. Pero no, no me permito amarle, siempre supe que me utilizaba. Además, enterarme de lo de esa mujer, la condesa esa...

—Habla tu dolor, no tú. —Sonrió con ironía. —Vaya dos.

—Sí, vaya dos. Es evidente que no tenemos suerte.

Ambas suspiraron y miraron por la ventana. —Así que mi padre tiene una amante. Qué decepción, siempre creí que amaba a mi madre.

—Bueno...

Vivianne la miró. —¿Qué?

—Digamos que la tuvo poco tiempo. ¿Recuerdas cuando tu madre se fue al campo hace un año más o menos?

—Sí, cuando llegó dijo que estaba deseando verme.

—Pues al parecer en esta casa hubo una discusión enorme, porque descubrió que tu padre se había encontrado con otra mujer.

—Dios mío, ¿mi madre lo sabía? Tuvo que ser un golpe durísimo.

Elva soltó una risita. —En realidad no creo que hiciera nada, quería sentirse más joven y ella lo era. Le compró unos cuantos

regalitos para metérsela en el bolsillo, pero nunca llegó a acostarse con ella.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque el servicio lo sabe todo. Mi prima Clare trabaja para ella y tu padre nunca llegó a subir al piso de arriba, no sé si me entiendes. Desde entonces tu madre le lleva como una vela, no puede ir a ningún sitio solo, ¿no te has dado cuenta?

—Pues no. ¿Y mi madre sabe que no pasó nada en realidad?

—No, ella piensa que le fue infiel.

—Dios mío... Pobre mamá, ha debido sufrir mucho.

—¿Se lo decimos?

Se mordió el labio inferior. —Sí, creo que sí, al menos será una alegría entre tanto disgusto. —La miró fijamente. —No se lo dijiste antes por lo que me hicieron, ¿no es cierto?

—No puedo negar que estaba furiosa con lo que estaba ocurriendo.

—Fue Cameron quien te habló del compromiso y de todo lo demás.

Asintió. —Siento habértelo ocultado, pero temía que preguntaras y pensaras mal de mí por compartir su lecho.

—En todo caso pensaría mal de él por aprovecharse de su estatus para seducirte, sabiendo que vuestra relación no llegaría a ningún sitio. —Miró hacia la ventana. —No reconozco a mi familia. No reconozco a nadie.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Me voy esta noche.

Separó los labios de la impresión. —¿Qué?

—Me vuelvo a Italia, mi tía me acogerá con gusto.

—Vas a huir en lugar de luchar.

—¿Luchar por qué? Ya no merece la pena luchar por nada. Ni Dalbert ni Carlton merecen la pena y necesito a alguien que me quiera —dijo casi con desesperación—. Que lo dé todo por mí.

Elva acarició su hombro. —Si alguien se lo merece, esa eres tú.

—¿Vendrás conmigo? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas.

Su doncella asintió. —Contigo iré al fin del mundo.

—Pues te daré dinero para que vayas a por los billetes del barco que zarpa al amanecer y después prepáralo todo. Nos vamos en cuanto todos se retiren a sus habitaciones. Ya es hora de abandonar esta casa e Inglaterra para siempre.

Capítulo 5

En la cena no dejaba de dar vueltas a su pescado sin estar atenta a la conversación. Dalbert sentado ante ella la observaba mientras su tío decía —Así que lady Prudence se ha ido de casa.

—Ha vuelto a casa de su padre. Desde que dos de mis lacayos confesaron haber compartido su lecho ante la policía, ha cerrado el pico y decidió irse.

—¿Y su padre?

—Se presentó en casa esta tarde con una pistola. —Entrecerró los ojos cuando Vivianne ni le miró en ese momento.

—Oh, Dios mío... —dijo su tía muy preocupada—. ¿Intentó dispararte?

—Lo intentó, pero los lacayos le contuvieron. Vivianne, ¿te encuentras bien?

Miró hacia él como si nada. —Claro que sí.

—Acabo de decir que un hombre ha intentado matarme y no te has inmutado.

—Será que no me importa —dijo haciendo que todos la miraran sorprendidos mientras Dalbert se tensaba—. Será que padre tiene razón y ya no me importa lo que pase en esta familia. —Se levantó. —Si me disculpáis, voy a acostarme.

El conde a la cabecera apretó los labios con fuerza antes de mirar a su esposa que también estaba pasmada. —Al parecer no avanzamos con tu hija.

—¿Ahora es solo hija mía? —Le miró con rencor antes de levantarse también y salir del comedor.

El conde miró a su hijo y a su sobrino sin salir de su asombro.
—¿Y ahora qué he hecho?

—Esto no va bien, tío —dijo Dalbert preocupado.

—¿No me digas? —Fulminó a su hijo con la mirada. —¿Ves lo que ocurre al compartir lecho con quien no debes?

—Lo sé de sobra, padre, llevo viendo el desastre que he provocado desde hace meses, no hace falta que hurgues en la herida —dijo antes de beber del todo su copa de vino.

Roger juró por lo bajo antes de volver la vista hacia su sobrino que aún miraba hacia la puerta. —¿Qué ocurre?

—No lo sé y no me gusta no saberlo —dijo preocupado—. Se está alejando de nosotros.

—Lleva haciéndolo desde hace meses.

—No tío, tú la obligaste a que se fuera, ahora se está alejando voluntariamente.

—Igual sí amaba a Carlton —dijo Cameron.

—Eso no lo digas ni en broma.

—Pues deberías considerarlo, sobrino. Al fin y al cabo, él siempre la trató bien, como se merece, y le dijo que la amaba, se hizo ilusiones como es lógico.

Dalbert gruñó haciéndole un gesto al lacayo para que sirviera más vino. Preocupado dijo —No me darán la anulación hasta que el tribunal resuelva este caso. Seguro que el conde de Pulford quiere llevarlo a juicio para intentar preservar el buen nombre de su hija.

—¿Preservar? —preguntó su tío irónico—. Lo del nombre de su hija ya no tiene arreglo y el suyo tampoco. He leído el periódico y hubo más testigos del enfrentamiento de Cameron con el conde cuando este le retó a duelo, así que la buena sociedad ya sabe que llegasteis a un trato para evitar que le mataran. Todos ya saben que te casaste por obligación con esa mujer, así que no se puede restituir su buen nombre por mucho que lo intenten. —Les hizo un gesto al servicio para que abandonaran el comedor y lo hicieron de inmediato. El conde apartó el plato apoyando los codos sobre la

mesa. —¿Seguro que esos lacayos corroborarán su declaración? ¿Les has dado bastante dinero para que sigan apoyándote? No sé si esto me gusta.

—¿Qué querías que hiciera, tío? Por mucho que la amenacé no quiso decirme el nombre de su amante. Y después de las declaraciones de tu hija a la prensa necesitaba amantes y cuanto antes.

—¿Son de fiar?

—Se criaron en la casa, tío. Los conozco desde siempre. Harían lo que fuera por mí.

Alguien jadeó y se volvieron hacia la puerta de servicio donde estaba Elva. —Hasta mentir, ya veo.

Dalbert se levantó tenso. —Algo tenía que hacer, tu ama dijo ante todos que tenía testigos cuando solo tenía la palabra de Prudence.

—Claro, como siempre lady Vivianne tiene la culpa de todo. —Miró al conde. —Venía a buscar a Luke, milord. Al parecer hay que llamar al médico, milady se encuentra muy mal.

Dalbert corrió hacia la puerta y subió las escaleras como una exhalación. Cuando abrió la puerta se la encontró de rodillas sobre la cama ya en camisón y con las manos en las sienes gemía como si le doliera muchísimo. —¿Preciosa? —Asustado se acercó a ella. —Viv túmbate.

Gimió inclinándose adelante y atrás. La condesa llegó en ese momento. —¿Qué ocurre?

—Le duele la cabeza. Vivianne, ¿has tomado el láudano?

Gimoteó agachándose más y se cubrió la cabeza con las manos con tal fuerza que los dedos se le pusieron blancos. Asustado se sentó a su lado. —Preciosa mírame. —Ella levantó la cabeza rogándole con sus ojos enrojecidos que la ayudara. —Tía, el láudano.

—Ya he tomado hace unos minutos —dijo antes de sollozar.

—Hija túmbate, tienes que darle tiempo.

Ella se dejó ayudar por Darlbert. —Eso es, preciosa. Cierra los ojos, enseguida hará efecto.

Gimoteó de nuevo y una lágrima rodó por su sien. Él la limpió con delicadeza sentándose a su lado. —Baja la luz de esa lámpara, tía.

Elizabeth se acercó de inmediato a ella y giró la rosca para bajar la intensidad de la luz hasta dejarles en penumbra. —Oh, mi niña —susurró la condesa con los ojos llenos de lágrimas.

Él le hizo un gesto para que no hablara. Elva entró en la habitación y se mantuvo en silencio observando. Vio la carta de despedida de su amiga sobre su escritorio y se le cortó el aliento, la muy loca no la había escondido. Se acercó como si nada, pero Darlbert la vio. —Elva baja a por agua.

—Sí, excelencia. —De espaldas al escritorio cogió la carta con las puntas de los dedos y dio un paso hacia la puerta, pero la carta cayó al suelo haciendo que se le detuviera el corazón.

Dalbert frunció el entrecejo mirándola. —¿Qué haces? Vamos, el agua.

—Sí, por supuesto. —Fue hasta la puerta mostrando la carta en el suelo y él la vio antes de seguir a la doncella con la mirada. La cara de angustia de la doncella le puso alerta y dijo —Elizabeth, ¿por qué no vas abajo para decirles que se pondrá bien?

—No sabemos si se pondrá bien —dijo apretándose las manos.

—Ya está mejor, ¿no lo ves?

—¿Eso piensas? Estoy muy nerviosa —susurró.

Vivianne volvió a gemir y se puso de costado dándole la espalda al duque. —Quiero dormir.

—Claro que sí, hija. En cuanto llegue el doctor dormirás todo lo que quieras. Dalbert baja tú.

Él asintió y se levantó de la cama, pero en lugar de salir cogió la carta y la volvió para leer: "*A mi familia*". Apretó los labios saliendo de la habitación a toda prisa.

En cuanto llegó al pasillo abrió la carta desgarrando el sello y la leyó lo más rápido que pudo. Gruñendo volvió a entrar y cerró de un portazo sobresaltando a la condesa. —¿Pero qué haces, estás loco?

—¿Estoy loco? —Le mostró la carta a su tía. —Preciosa, ya puedes dejar de fingir.

—¿Qué? —Intentó abrir los ojos para mirarle sobre su hombro, pero el láudano le impedía casi abrirlos. Vio en su mano un papel. —¿Qué?

—¿Estás fingiendo para que creamos que estás drogada con láudano?

—No digas tonterías, sobrino, ¿es que has perdido la cabeza? Y deja de gritar, ¿no ves que le haces daño?

—¡Tía, tu hija pensaba escaparse! —Le mostró la carta. —¡Se iba a Italia esta noche!

Vivianne gimió cogiendo una almohada y cubriéndose la cabeza con ella como si no quisiera oírle. Elizabeth le arrebató la carta y leyó tan rápido como pudo. Cuando llegó casi al final, se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Mi Roger no compartió lecho con esa zorra?

Asombrado miró a su tía. —Tu hija se iba a escapar, ¿no crees que eso es más importante?

—Llevo casada casi veintiséis años, hermoso. ¡Cuando compartas tanto tiempo con alguien, veremos si te duelen los cuernos!

Ambos miraron a Vivianne y gritaron —¡Deja de fingir!

La puerta se abrió mostrando al doctor Clayton que asombrado preguntó —¿Se puede saber qué hacen?

—Doctor díganos si finge o no —dijo el duque.

—Ah, ¿qué puede fingir? —Se acercó a ella y Vivianne débil por el dolor abrió los ojos lo suficiente para que el doctor les mirara como si quisiera pegar cuatro gritos. —¿Me dejan a solas con mi paciente? Elva trae esa jarra de agua, milady está deshidratada.

—¿Cómo dice, doctor? —preguntó su madre preocupada.

—¿Ha bebido algo en todo el día?

Miraron a Elva que susurró —Esta mañana tomó un té, no comió nada en todo el día.

—¿Le has traído agua en algún momento del día? —preguntó Dalbert.

—No me la pidió y yo no me di cuenta de que no tenía.

—¿Es que acaso no se dan cuenta de lo que le ocurre a milady? —preguntó el doctor furioso—. ¿No se dan cuenta de la presión a la que está sometida? ¿Tan poco les importa que no se dan cuenta si come o bebe? ¡Solo he tenido que echarle un vistazo para darme cuenta de que apenas bebe! ¡Sus labios se están agrietando! —dijo el doctor furioso—. ¡Está volviendo a pasar lo mismo que hace siete meses y lo están permitiendo!

—¿Cómo se atreve? —dijo Elizabeth ofendida—. ¡Yo cuido muy bien de mi hija!

—No me haga hablar, condesa —dijo haciéndola jadear—. Todo el mundo sabe lo bien que cuida de su hija, lo han leído en la prensa.

—No se crea todo lo que dice en la prensa, doctor —dijo el duque furioso—. Ahora revise a lady Vivianne, que es para lo que ha venido.

—Por supuesto que la revisaré, pero lo hago por ella no por usted —dijo con desprecio haciendo jadear a la condesa por su descaro—. Ahora salgan de la habitación.

Dalbert apretó los puños antes de mirar a Vivianne que tenía los ojos cerrados de nuevo. —Vamos tía.

Elizabeth sollozó. —¿Ese hombre ha dicho que esto es culpa nuestra? Es un dolor de cabeza, ¿cómo íbamos a provocárselo nosotros?

Cuando salieron de la habitación el doctor dijo por lo bajo —A veces creo que la gente es estúpida.

Vivianne apenas abrió los ojos para susurrar —No sea duro con ella, no sabe cómo comportarse conmigo.

El doctor sonrió con tristeza porque aun así les defendía. —¿Le duele mucho?

—Sí. —Él le masajeó las sienes y Vivianne suspiró de gusto. —Qué maravilla.

—En unos minutos la revisaré en condiciones para asegurarme de lo que le ocurre.

Aliviada por sus manos susurró —Haga lo que quiera conmigo, doctor. Pero quíteme el dolor.

Esperaron noticias de lo más impacientes y el doctor salió de la habitación una hora después. —¿Qué le ocurre a mi hija, doctor? —preguntó el conde.

—Son jaquecas provocadas por la tensión nerviosa, milord. Supongo que la situación a la que debe enfrentarse la ha superado y lo que necesita es descanso, no alterarse. Desde luego aconsejaría que saliera de Londres cuanto antes, milady debe volver al campo donde no hay un escándalo tras otro que puedan afectarle.

—Desde luego, si cree que es lo mejor. —El conde carraspeó incómodo por la mirada del doctor. —Iremos con ella, nos vendrá bien salir de la ciudad.

—No me ha entendido, conde. Si esta así es por su culpa, aléjese de su hija para que se recupere.

—Se está excediendo —dijo Dalbert entre dientes.

—¿Usted cree, duque? Claro, como ha estudiado medicina...

—¿Tenemos que alejarnos de nuestra hija? —Elizabeth sollozó. —¿Le hacemos mal?

El médico parpadeó asombrado. —¿Cómo ha dicho? ¿Que si le hacen mal? La han dejado en evidencia ante toda la ciudad, dos hombres que no la merecían la han traicionado y tiene que

enfrentarse a todo eso cuando no conoce a la gente que la crítica, gente que dice que algo malo debe tener porque ambos la han rechazado, y eso es culpa suya porque ni siquiera le permitieron su presentación en sociedad. ¿Y dice que si le hacen mal? ¿Me lo dice de veras?

—Será mejor que se vaya, doctor —dijo Cameron muy incómodo.

—No hace falta que me muestre el camino —dijo con desprecio. Pero antes de alejarse se detuvo y le dijo al conde —Por cierto, será mejor que para tratar a la familia se busquen otro doctor, si siguiera viniendo no podría quedarme de brazos cruzados y observar impasible como consumen a milady con sus tejemanejes, así que antes de que este trato tan humillante acabe con mi paciencia, les aconsejo que busquen otro médico. Buenas noches.

Todos se quedaron en silencio y Elva que estaba en la puerta sonrió irónica antes de cerrar.

Elizabeth sollozó tapándose la boca y corrió hacia su habitación. Roger suspiró yendo tras ella mientras Dalbert y Cameron se miraban. —Es la opinión que tendrá todo el mundo de ella y de nosotros, ¿sabes?

El duque asintió. —Después de haber roto su último compromiso se ha convertido en una víctima aún mayor, tiene a toda la opinión pública de su parte.

—Si esto llega a oídos de la reina y llegará, nos llamará en audiencia.

—Seguro que su primo ya se lo ha contado.

—¿Tanta relación tienen? Nunca he hablado con él de eso para no incomodarlo.

—Aunque son primos lejanos, él siempre se ha llevado bien con la reina. O eso ha dicho a quien quisiera escucharle, nunca lo he presenciado en persona, jamás me han invitado a una de sus reuniones o fiestas. En realidad, solo he visto a su majestad tres veces y siempre en actos donde solo le besaba la mano y me

alejaba. —Se pasó la mano por la barbilla pensando en ello. —No nos llamará a no ser que quiera intervenir y con su segundo embarazo no creo que tenga humor para estas cosas.

El sonido de la campanilla de la puerta hizo que ambos se volvieran hacia el hall donde Luke fue a abrir diligentemente. No vieron con quien hablaba, pero sí vieron que se volvía cerrando la puerta con un sobre en la mano. Luke impresionado elevó la vista hacia ellos. —Un sobre de su majestad, duque.

Cameron palideció. —Mierda, vamos a acabar todos en prisión.

Dalbert pasó a su lado y siseó —¿Quieres calmarte, primo? — Bajó los escalones a toda prisa y cogió el sobre que Luke le tendía. —Puedes retirarte.

—Enseguida, excelencia.

Volvió el sobre y efectivamente llevaba el sello real. Juró por lo bajo porque estaba a su nombre. —Es para mí. —Lo abrió a toda prisa. —Solicita que vaya mañana a una audiencia en palacio.

—¡Dios mío, acabaremos en Newgate!

Le miró como si fuera idiota. —¿Por qué? No hemos cometido ningún delito.

—Ah, ¿no? ¿Te recuerdo lo de las declaraciones de los lacayos?

El duque apretó los labios leyendo de nuevo la invitación de la reina. En ese momento sonó de nuevo el llamador de la puerta y fue a abrir él mismo siseando —Malditos periodistas.

Abrió de golpe para ver un hombre de traje. —Discúlpeme duque, pero se me ha olvidado dejar esta invitación también.

Parpadeó antes de coger el sobre que era diferente, ese tenía un hermoso ribete dorado con la corona lacrada en el mismo color. —Buenas noches —dijo antes de alejarse.

—Buenas noches. —Dio la vuelta al sobre cerrando la puerta y se quedó de piedra. —Ahora sí que acabamos en Newgate.

Cameron pálido dijo —¿Por qué?

Lo levantó para que lo viera. —Porque este sobre es para tu hermana y por el aspecto que tiene, la reina está de su lado.

Elva levantó la ventana y miró hacia atrás. —¿Seguro que podrás hacerlo? Te han dado láudano como para dormir una vaca.

—Claro que sí, estoy bien. —Se tambaleó a un lado como si fuera un marinero borracho. —Ups... —Soltó una risita. —Esto se mueve.

—Madre mía —dijo la doncella—, mejor nos volvemos a la cama que se está haciendo muy tarde.

—¿Y perder los billetes del barco? Ni hablar, me han costado una fortuna.

—Como te desvíes, te vas a pegar un porrazo que entonces sí te va a doler la cabeza, te dolerá de por vida.

Vivianne sacó la cabeza por la ventana para ver el carro de paja justo debajo. —Puedo hacerlo.

—¿Seguro?

—Es fácil, solo tengo que dejarme caer. —La miró con los ojos como platos. —Será como volar... Voy a volar...

—En realidad ya estás volando, hermosa. —La acercó a la ventana cogiéndola por la cintura. —Vale, saca primero las piernas. —Vivianne sacó la primera y la miró sonriendo como una boba. —Es fácil.

—Claro que es fácil. Ahora la otra pierna. —La empujó por el hombro y Vivianne debió perder el equilibrio porque se escurrió por el hueco de la ventana haciéndola jadear del susto cuando desapareció. Elva sacó la cabeza por la ventana para verla tumbada sobre la paja moviendo brazos y piernas como cuando hacían ángeles en la nieve. —¿Te quieres apartar, leche?

—¡He volado, Elva!

—Shussss... Calla. —Se iba a tirar, pero le caería encima, así que mejor bajar por las escaleras. Cogió las dos bolsas de viaje y corrió hacia la puerta. En cuanto la abrió se detuvo en seco al ver al duque ante ella con los brazos cruzados.

—¿Se puede saber a dónde vas?

—¿Yo? A lavar algunas cosillas para cuando mi señora vuelva al campo —susurró saliendo de la habitación—. No hable tan alto, duerma.

—¡He volado, Elva!

—Pobrecita, está soñando.

—¿Habla en sueños?

—Oh, sí, ¿no lo sabía? —Soltó una risita. —Claro que no lo sabía, si lo supiera menudo lío, ¿no?

—Te veo algo nerviosa.

—Agotada, eso es lo que estoy, que me tienen todo el día de la meca a la zeca y una ya no puede más. —Bostezó con exageración. —Bueno, voy a limpiar esto y luego volveré para ver cómo va mi señora. Buenas noches, duque.

Mirándola con desconfianza dijo —Buenas noches.

Entonces Elva que iba hacia la escalera de servicio, se detuvo en seco volviéndose lentamente para mirarle de arriba abajo. Llevaba solo la camisa y el pantalón, hasta se había quitado el pañuelo del cuello. —Excelencia, ¿se ha quedado a dormir?

—Sí, estoy preocupado por mi familia.

Entrecerró los ojos aún más. —No pensará entrar en esa habitación, ¿verdad? ¿No querrá comprometer a su prima?

—¿Por quién me tomas?

—Por alguien que está desesperado en quitarle a su amigo la novia, ¿me equivoco?

El duque se tensó. —Han roto.

—¿Y es su oportunidad?

—¡Sí!

Dio un paso hacia él. —Escúcheme bien, duque de medio pelo, no se acerque a ella, ¿me oye? O tendré que tomar medidas y eso no le gustará nada.

—¿Me estás amenazando? —preguntó tenso.

—Los del servicio ponemos la oreja, es lo que hay. A mi señora no le gustará nada saber que tiene una amante.

Sonrió divertido. —Eso se acabó hace un año.

Mierda, esa información no la tenía. —¿No me diga? ¿Y no ha habido otras? Tengo entendido que sí.

—Ella era muy joven cuando nos comprometimos y los hombres tenemos necesidades. Jamás compartí lecho con alguien que pudiera avergonzarla en el futuro, me aseguré de ello.

—Estaba comprometido con ella —siseó—. Nunca la ha respetado.

—Tenía doce años, por el amor de Dios, ¿iba a mantenerme célibe hasta la boda? Hasta sus padres lo comprendieron y me dieron el visto bueno para tener una amante hasta que se lo dijéramos.

Separó los labios de la impresión. —¿Les pidió permiso?

—¡Claro que sí, no quería que se ofendieran! ¿Te vas a limpiar esas maletas?

—Por supuesto que no. —Entró en la habitación a toda prisa y le cerró la puerta en las narices. Gimió mirando la ventana y corrió hacia ella para ver a su señora intentando bajar del carro, pero se resbaló y cayó sobre los adoquines.

—Ay...

—Leche. —Tiró las maletas sobre la paja y después rezó. —Haz que caiga dentro ¿quieres, mi señor? Seré buena... En el futuro, ahora debo tener mala leche, compréndelo. —Se tiró y gimió de dolor cuando se clavó un maletín en la cadera. —Rayos.

—¿Elva? Ahora no he volado.

—Ya somos dos. —Se arrimó al borde y tiró las maletas al lado de Vivianne antes de dejarse caer a su lado. —Vamos. —La agarró por el brazo para tirar de ella y levantarla, lo que le costó un montón porque no es que colaborara mucho. —Vamos, leche, nos van a pillar. Tenemos que llegar al barco.

Caminaron hacia la salida posterior de la casa y Elva abrió la verja para que pasara. El coche de alquiler ya estaba allí y se subieron lo más rápido que pudieron. En cuanto su ama se sentó a Vivianne se le cerraron los ojos y Elva gruñó. —Estupendo. —Miró por la ventanilla y estiró el cuello intentando oír algo de la casa, pero no se oían gritos, eso era una buena señal. Sonrió. Rumbo a Italia de nuevo. Allí estarían como reinas. Satisfecha cerró los ojos bostezando con ganas, sí que estaba cansada, sí.

Capítulo 6

La despertó el olor, un olor nauseabundo que la estremeció de arriba abajo. Vivianne gimiendo abrió los ojos y se asustó porque no había luz, además sintió que su vestido estaba húmedo. Acercó su mano mojada a la nariz y olió, el olor a pescado podrido casi la hizo vomitar y reprimió una arcada sentándose de golpe. Su cabeza chocó con algo dándose un buen porrazo y gimió llevándose la mano a la frente. Escuchó un gemido y alerta volvió la cabeza hacia su derecha. —¿Quién está ahí?

—¿Vivianne?

—Dios mío, Elva. —Alargó las manos. —¿Dónde estás? ¿Dónde estamos?

Su amiga gimió. —Lo último que recuerdo es que cerré los ojos en el coche de alquiler. Debí quedarme dormida. —Gimió de nuevo. —Pero por el chichón que tengo en la cabeza, es obvio que me han pegado un porrazo para que no me despertara.

—A mí no me han pegado.

Su amiga gruñó. Vivianne se puso a cuatro patas. —No te levantes, aquí casi no hay altura.

—¿Dónde estamos?

—Eso me gustaría saber a mí, aquí huele fatal. —Palmeó el suelo para acercarse a su voz y su mano chocó con algo que la hizo chillar de miedo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Hay algo en el suelo.

—Habrá ratas, estamos en la bodega de un barco.

Parpadeó. — ¿Y eso cómo lo sabes?

—Nos movemos, Vivianne.

—¿De veras? Debo ser una marinera nata porque ni lo he notado.

—Se mueve más que un barco grande —dijo su amiga acercándose.

Vivianne fue a su encuentro y ambas alargaron la mano tocando algo de tela en el suelo. —¿Qué es esto? —preguntó Elva.

Entrecerró los ojos palpando hacia su derecha. —¿Será comida? Parece un jamón. —Alargó más la mano y palpó más hacia la derecha apretando. —Parecen pelotitas, creo que hay dos. Y algo blandito encima.

—¿A ver? —Sus manos se tocaron y palparon a la vez. —Lo que yo estoy tocando no es un jamón, milady —dijo Elva—. Esto es, a ver como lo digo... Un miembro viril, milady.

Chilló apartando las manos. —¿Qué?

—¡Estamos palpando a un hombre muerto! ¡Y digo muerto porque después de manosear ahí tanto, eso tenía que estar duro como un garrote! Ay, madre, ¡ay, madre, dónde estamos!

Vivianne palpó más intentando averiguar quién era. —¿Será el cochero?

—El cochero es el que nos ha traído aquí. Ese hijo de puta, como le vuelva a ver la cara...

—Igual es este. —Palpó su camisa y entrecerró los ojos. —Esta tela es de calidad, es como las camisas de padre. —Se acercó más a él y palpó su rostro, pero entonces llegó hasta ella el aroma de su piel y su corazón se sobresaltó. —¿Dalbert? ¿Dalbert eres tú? —Se agachó a toda prisa para ver si sentía su aliento y al sentirlo muerta de miedo gritó —¡Dalbert!

—¿El duque? ¿Es el duque? ¡Mierda, nos ha seguido!

Frenética pasó las manos por su rostro. —Vamos primo, despierta.

—Arréale un tortazo, a veces eso funciona.

—¿Cómo le voy a arrear un tortazo a una persona inconsciente, Elva? —Se acercó a su boca y su mejilla rozó sus labios. Al sentir su aliento cerró los ojos. —Ni se te ocurra morirte, ¿me oyes? —dijo muy asustada antes de mirar a su alrededor—. Tenemos que salir de aquí.

—Sí, para caer al mar.

—¿Qué está pasando?

—Que nos han secuestrado, Vivianne, ¿no es evidente?

—Oye guapa, que esto es culpa tuya, ¿por qué te dormiste?

—Teniendo en cuenta que cuando pillaron a tu duque estaba muy despierto, creo que eso hubiera dado lo mismo, hermosa.

—Es cierto... —Entrecerró los ojos. —¿Crees que venían a por nosotros? El duque de Pulford... ¿Crees que es cosa suya?

—Ahora somos sus enemigos, puede ser.

—Dios mío, vamos a morir.

Elva jadeó. —¿Quieres dejar de ser tan catastrofista?

—Tienes razón, vamos a buscar una salida.

Las dos se pusieron a palpar las paredes de manera frenética y Elva dijo —Creo que no se ve nada por las ranuras del techo porque aún es de noche.

—No se oye a nadie pisando por encima, ¿eso no es raro? Alguien tiene que llevar el barco.

Elva pensó en ello escuchando atentamente los sonidos del exterior. —No estamos en puerto, no se oye nada. En el puerto incluso de noche se oye algarabía por los marineros que van o vienen de sus barcos después de divertirse en las cantinas. Pero aquí no se oye nada.

—¿Qué insinúas? ¿Que estamos en alta mar? ¿Que nos han dejado a la deriva?

—No sé... Pero esta barcaza no es muy grande, apenas diez pasos de un lado a otro, si hubiera alguien arriba hace rato que nos

hubiera oído y algún paso hubiéramos oído nosotros.

Entonces a Vivianne se le pasó una idea por la cabeza. —¿Y si nos están remolcando?

—Como vimos aquella vez en el puerto de Cerdeña cuando hicimos aquel viaje con tu tía...

—Exacto. ¿Y si nos están llevando a sabe Dios donde, sin que la tripulación del barco que nos remolca se entere o pueda intervenir?

—¿Crees que aunque alguno se entere nos ayudaría? Vivianne, eres muy inocente.

Se mordió el labio inferior. —¿Entonces qué hacemos?

Escucharon un gemido y ambas miraron hacia el suelo. —¿Dalbert? —Se acercó a su rostro. —Dalbert, ¿estás bien?

—¿Viv? —Gimió incorporándose y su cabeza chocó contra el techo. —Joder.

Ella hizo una mueca. —¿Cómo nos has encontrado?

—Entré en tu habitación y no había nadie. Después de haber leído tu carta fui al puerto directamente y os vi. Un hombre os bajaba desmayadas del coche de alquiler. —Juró por lo bajo como si algo le doliera. —Me arreó alguien por detrás cuando corría a ayudarlos.

—Así que son dos —dijo Elva.

—¿Dónde estamos?

Vivianne le palpó el pecho para llegar a su cabeza. —Creemos que estamos en una bodega de un barco o algo así. ¿Te han hecho mucho daño?

Gruñó cogiéndola por la pechera del vestido y acercándola a su rostro provocándole un vuelco al corazón. —Preciosa...

—¿Sí? —preguntó sin aliento sintiendo el suyo.

—No vuelvas a escaparte. —La besó ansioso entrando en su boca y Vivianne gimió de gusto cuando sintió su lengua tocando la

suya. Fue tan sorprendente y agradable que tuvo que apoyarse en sus hombros saboreando su boca tímidamente al principio.

Elva frunció el ceño escuchando —¿Os estáis besando?

Él se apartó de golpe con la respiración agitada y Vivianne aún atontada por su beso no pudo responder. —Busquemos la manera de volver a casa —dijo él con la voz enronquecida.

Elva jadeó. —Duque, ¿ha besado a mi señora?

Viv sonrió como una tonta, pero luego se dio cuenta de lo que había hecho y jadeó. —¿Cómo te atreves?

—Preciosa, antes no protestabas tanto. —Se puso de rodillas y palpó el techo. —Busquemos la trampilla, hay que salir de aquí.

Todos se pusieron a palpar y Vivianne pasando las yemas de los dedos por los tablones sintió un corte en el tablón, no era el primero que encontraba, pero sí el primero que tenía una continuación con el siguiente tablón. Siguió el corte hasta llegar al final y se dio cuenta que continuaba hacia el otro lado. —Aquí. Es aquí. Creo que he llegado a la bisagra.

—Perfecto. —Dalbert se acercó a ella y tocó sus manos para tocar las bisagras. —Apártate, voy a golpearla.

—Pero te oirán.

—Ahí arriba no hay nadie.

—Pero pueden estar remolcándonos —dijo Elva—. Si es así nos oirían desde el otro barco.

—Hay que arriesgarse, van a matarnos.

A Vivianne se le cortó el aliento. —¿Y por qué iban a querer matarme a mí, si puede saberse?

—Será porque mi esposa sabe que quiero casarme contigo. De hecho, lo sabe toda la ciudad gracias a tu prometido.

—Exprometido, como tú.

—Preciosa, no empecemos. —Golpeó con las dos manos y se escuchó algo metálico al otro lado. —Hay un candado.

Elva pensó en ello y de repente se agachó tocando el suelo. —Aquí hay más agua.

Vivianne se llevó la mano al pecho. —¿Crees que quieren ahogarnos?

—No entra muy rápido, pero esto tiene más agua. Abra esa trampilla, excelencia.

Él dio otro golpe. —Es lo que estoy intentando —dijo con esfuerzo.

Vivianne se agachó y empezó a palpar el suelo. —Antes sentí algo parecido a un tubo de hierro, Elva ayúdame a buscarlo.

Las dos palparon el suelo y cuando Elva movió la mano de un lado a otro chocó con él haciéndolo rodar. —Aquí —dijo agarrándolo y tendiéndoselo al duque.

—Esto nos vendrá de perlas —dijo él antes de empezar a golpear las bisagras.

Un tornillo cayó sobre la falda de Vivianne. —Vas muy bien, sigue así.

—Ten cuidado con los ojos, no mires hacia arriba, preciosa.

—Y a mí que me den.

Él rio por lo bajo. —Elva, ¿quieres bajar la mirada para que no te caiga una astilla en un ojo y te quedes tuerta?

—Lo haré, gracias, excelencia.

Ambas agacharon la mirada mientras él no dejaba de dar golpes. Entonces algo cayó sobre los rizos mojados de Vivianne. Llevó la mano allí y tocó la bisagra. —¡Has quitado una!

El duque golpeó la trampilla una y otra vez y de repente esta saltó dejándoles ver la luna llena. Dalbert sacó la cabeza y juró por lo bajo.

—¿Qué? ¿Dónde estamos?

—No te lo vas a creer.

Le agarró por la cinturilla del pantalón para ponerse en pie y sacó la parte superior de su cuerpo para ver árboles, un montón de

árboles rodeándoles. —Es un lago.

—Preciosa vuelve a meterte para que pueda salir.

Sin hacerle caso volvió la cabeza para ver una gran casa, una casa enorme de estilo Tudor. —¿Qué?

—Bienvenida a Ostenford hall.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Me ha secuestrado mi prometido.

—Ex, exprometido, preciosa, que no se te olvide.

—¡Está mal de la cabeza!

—Empiezo a pensar que sí. Es evidente que vuelves locos a los hombres.

Ella sin aliento le miró a los ojos y Dalbert mirándola como si fuera suya se acercó, pero Vivianne se inclinó hacia atrás todo lo que pudo. —Aléjese, duque.

Dalbert gruñó. —¿Volvemos a las andadas?

—¿Cómo te atreves?

—Eso mismo me pregunto yo, cómo, pero me sale solo, será que me vuelves loco.

Se sonrojó de gusto. —Estúpido gañán, insensible de... ¡Mierda!

—Preciosa, ¿has dicho mierda?

—¡Es que me sacas de quicio! —Le agarró por el cabello con ambas manos y tiró con saña. —¡Déjame en paz, traidor de mierda!

—¡Preciosa, ay! ¡Me vas a dejar calvo!

Le dio un pisotón con saña. —¡Te lo rogué! ¡Te rogué que no te casaras, que me amaras! ¿Y qué haces tú? ¡Casarte con esa zorra! —Se puso a arrearle patadas y Elva loca de contenta porque al fin conseguía desquitarse agarró el muslo del duque y le arreó un buen mordisco.

—¡Elva para!

—¿Qué hace, eh? ¿Qué hace? ¡No lo veo!

—¡Suéltame el pelo!

—¡Ni se te ocurra volver a acercarte a mí! —Se agachó de golpe desapareciendo dentro del barquito. —¡Elsa, detente, le vas a arrancar la carne!

—¡Tenía que haber mordido en otro sitio y asunto acabado!
¡No toque más a mi señora!

Dalbert suspiró del alivio mirando la casa y entonces entrecerró los ojos. —Amigo, te has pasado de la raya. —Se apoyó con ambas manos en la cubierta del barco y salió de un salto. —Vamos preciosa, hay que regresar a Londres.

—¿Estamos muy lejos? —preguntó alargando la mano.

—A unas dos horas en carruaje. —La cogió subiéndola a su lado y después ayudó a subir a su doncella. —Contigo ya hablaré después —dijo entre dientes.

Elva le sacó la lengua con descaro y Vivianne reprimió la risa por la cara que puso él, que no estaba acostumbrado a que la gente le tratara así. Pero decidió pasarlo por alto y el duque se acercó a la popa. —No hay timón.

—No encuentro remos ni nada por el estilo —dijo Elva.

—No querían que si salíamos llegáramos a la orilla. Habrá que nadar.

Ambas parpadearon y Vivianne se miró su vestido de viaje de terciopelo. —No puedo nadar con esto puesto.

—Pues quítatelo. Vamos, rápido.

Ninguna de las dos se movió y Viv levantó la barbilla como toda una dama. —¿Y después ir por ahí en ropa interior? ¿Ha perdido la cabeza, duque? —Se sentó con la espalda muy recta en el primer sitio que encontró. —Yo me quedo aquí hasta que venga Carlton y me rescate.

—¿Rescate? ¡Te ha secuestrado! ¿Crees que vas a salir de esta con vida?

—Quizás tú no, pero a mí no me hará daño, me ama.

—Preciosa, no vuelvas a decir eso... —Se pasó la mano por su espeso pelo negro y la miró fijamente. —Tú vienes conmigo, como si tengo que arrastrarte hasta Londres.

Entrecerró los ojos. —No te atreverás.

—Preciosa, ya me odias, todo lo demás ya no me importa. — La cogió en brazos haciéndola gritar de la sorpresa y la lanzó al agua. Elva jadeó acercándose al borde y ambos parpadearon porque no salía. —¿El vestido pesará tanto mojado como para hundirla? — preguntó él.

—¡Por supuesto que sí! ¡Cómo se nota que no los lava usted! ¡A por ella! —Le pegó un empujón que le tiró al agua. Inquieta se apretó las manos porque no salían ninguno de los dos y entonces escuchó los ladridos de unos perros. Con los ojos como platos miró hacia atrás y vio varios faroles descendiendo por los jardines e iban hacia allí. —¡Vamos, vamos, nos vienen a cazar como a conejos! ¡Vivianne! —En ese momento emergieron y Vivianne tosió con fuerza demostrando que había estado a punto de beberse medio lago. — Gracias a Dios. —Se arrodilló en el borde agarrando uno de sus brazos. —¿Estás bien?

—Este cabrito... —dijo entre dientes.

—Ya le darás su merecido después, tenemos que irnos —dijo apurada.

Sujeta al borde de la barcaza la miró sin entender.

—¡Nos van a cazar como a los zorros!

El duque rasgó el vestido de Vivianne por detrás y esta abrió los ojos como platos. —¿No se habrá atrevido? —Miró sobre su hombro. —¡Dalbert!

—Vamos, preciosa, llegan los perros.

—¿Perros? —preguntó asustada, a toda prisa se sacó el vestido por los brazos y este se deslizó por su cadera por su propio peso. Miró hacia arriba y Elva ya estaba en ropa interior dispuesta a tirarse, mientras su duque tiraba del vestido por sus caderas y desataba sus faldones. Su peso los deslizó hacia abajo mientras su

amiga se tiraba y cuando Elva salió a la superficie empezó a nadar a toda prisa. —¡Espérame!

—¡Date prisa, ya vienen!

—Vamos, preciosa. —Vivianne empezó a nadar detrás de Elva sin saber muy bien a donde se dirigían mientras Dalbert nadaba tras ella. Asustada porque eso de los perros no le gustaba nada, miró hacia atrás. —¡Nada más rápido! —gritó tras ella.

Nadó lo más rápido que pudo y cuando llegó a la orilla lo hizo sin aliento. Salió del agua de rodillas y tuvo que tomar aire durante varios segundos. El ladrido de los perros le hizo levantar la vista hacia su izquierda. Dalbert la cogió por la cintura levantándola. —No hay tiempo para descansar. —La puso en pie. —¡Corre Elva!

Los tres corrieron entre los árboles sabiendo que se jugaban el cuello. ¿Es que Carlton había perdido la cabeza? Miró hacia atrás, parecía que se estaban alejando de ellos. Se detuvo soltando su mano.

—No, no... Vamos, preciosa han ido hacia el barco, pero no tardarán en darse cuenta de que no estamos allí.

Intentando respirar asintió y se enderezó. Él miró hacia sus pechos que se veían perfectamente porque la tela de su ropa interior era muy fina, al contrario de la de Elva, que jadeó cuando vio como mostraba su cuerpo, incluso su sexo. —Dios mío... —Elva intentó cubrirla. —Estás casi desnuda.

—Déjate de tonterías, tenemos que buscar un sitio donde encontrar ropa para vosotras, si continuamos así se helará.

Sonrojada asintió porque no le quedaba más remedio que continuar hasta encontrar algo que ponerse encima. Dalbert entrecerró los ojos. —Creo recordar que el pabellón de caza no estaba muy lejos de aquí. En el salón había mantas. Pasamos allí una noche ante la chimenea.

Caminaron lo más rápido que pudieron y empezó a amanecer. Vivianne estaba helada y se hizo daño en el tobillo al tropezar con

una rama, pero no dijo nada porque los demás estaban igual y no solucionaría nada. —¡Allí! —gritó Elva corriendo hacia el pabellón.

—Vamos, preciosa, ahora entrarás en calor.

—Tenemos que irnos de inmediato. Si nos buscan a caballo no tendremos ninguna posibilidad.

Dalbert apretó los labios llegando hasta la vieja puerta de madera que obviamente estaba cerrada con llave. Elva frotándose los brazos susurró —No podremos entrar, es muy gruesa, parece hecha en la Edad Media.

El duque alargó el brazo y pasó los dedos por encima del marco de piedra haciendo caer unas hojas. Cuando les mostró la llave casi gritan de la alegría. —¿Cómo sabías que estaba ahí?

—Cuando vivía el padre de Carlton veníamos a menudo, aquí teníamos intimidad. —Abrió la puerta y esta crujió al abrirse. Cuando entraron fue evidente que allí no habían limpiado en años y Dalbert frunció el ceño. —Qué raro, antes estaba impecable. De hecho, era muy acogedor. —Fue hasta los sofás de cuero y agarró una de las mantas sacudiéndola con fuerza mientras se acercaba a ella. —Lo siento, preciosa, pero es lo que hay.

Forzó una sonrisa. —Está bien.

Elva ya se estaba cubriendo sola y puso los ojos en blanco antes de mirar a su alrededor. Vio un cuchillo sobre una mesa y lo cogió a toda prisa para sujetárselo a la pierna con la liga. —Yo me llevo esto y a quien se me acerque le destripo vivo —dijo con cara de loca.

—Buena idea...

El duque fue hasta un viejo baúl y lo abrió mostrando armas muy antiguas. Sacó un hacha encorvada y Vivianne dijo —A ver si te cortas un pie o algo así...

—No pensaba llevar esto. —Lo tiró a un lado y cogió unos mosquetones. —Son viejos, pero funcionan.

—¿Estás seguro? —preguntó acercándose y cogiendo uno.

Él asintió sacando una bolsa de pólvora. —Ya los he probado.

—Venías mucho, ¿no?

—Un par de veces al año, desde antes de que mis padres murieran.

—Dios mío, ¿desde cuándo sois amigos?

—De toda la vida. Mis padres... —Apretó los labios. —Eran amigos, muy buenos amigos. De hecho, cuando tomaron la decisión de que no tuviéramos un tutor en casa, nos enviaron a Eton juntos para que no nos sintiéramos tan solos.

—¿Y cómo es que nunca le llevaste a casa? ¿Cómo no le conocí?

—Cuando murieron mis padres solo le veía en Londres de vez en cuando, aunque siempre que nos encontrábamos era como si no nos hubiéramos separado. Al morir su padre él asumió también responsabilidades y estaba menos en Londres. Yo también compré la casa cerca de Merfield Hall, fueron un cúmulo de circunstancias que nos fueron alejando poco a poco.

—La vida os separó.

—Digámoslo así.

Se le quedó mirando. —No le dijiste lo de nuestro compromiso, ¿perdiste la confianza en él por alguna razón?

Dalbert apretó los labios. —Preciosa...

—Cuéntamelo, tengo derecho a saberlo.

—Digamos que una mujer tuvo que ver. Éramos muy jóvenes y en aquel momento su mayor afición era poner los ojos en la mujer que me interesaba. Era como un juego, así que por precaución nunca se lo dije.

Palideció. —Dios mío, en Italia fue a conquistarme a propósito, ¿no? Era vuestro juego y yo era tu prima. Eso sumado a que le dije lo de nuestro compromiso aumentó su interés en mí.

—De hecho —dijo Elva—, ahí empezó a decir que estaba enamorado de ti. Maldito loco, ¿qué se propone?

—No lo sé. —Dalbert se acercó con la pólvora y las pistolas a la mesa. —Y en este momento no quiero averiguarlo, la verdad, solo quiero llevaros a casa. —Cargó las pistolas con unos balines que ella no había visto y cuando las tuvo listas las miró. —Nos vamos, no podemos perder el tiempo.

—¿Pero a dónde vamos? —preguntó Elva.

—Habrá que ir hacia el camino que lleva al pueblo, a ver si tenemos suerte y pasa alguien que pueda ayudarnos. El camino está bordeado por árboles, podremos escondernos si vemos algo extraño.

Vivianne hizo una mueca porque no llevaba calzado como para caminar millas y millas. Sin decir nada fue hasta la puerta y tiró de la argolla mirando a Dalbert. —Esperemos que haya suerte. —Abrió la puerta y Dalbert levantó el arma apuntándola directamente. Gritó agachándose y Dalbert disparó dejándola atónita. —¿Estás loco? —Miró hacia la puerta donde había hecho un buen agujero.

—¡Cierra! ¡Elva carga la pistola!

Cerró de golpe mientras su amiga hacía exactamente lo que había hecho él. Dalbert muy tenso movió el brazo apuntando a las ventanas.

Vivianne susurró —¿Qué pasa?

—Tu exprometido —dijo muy tenso—. Eso es lo que pasa.

Se escuchó una risa al otro lado del muro y asustada miró hacia allí.

—No vais a salir de aquí.

A Vivianne se le heló la sangre. —¿Por qué haces esto?

—¿Que por qué hago esto? ¡Me habéis dejado en ridículo ante todo el país, joder! ¡A mí, que os lo he dado todo! Mi amistad, mi amor, ¿es que no soy suficiente? ¡Y a mí nadie me deja en ridículo!

Dalbert gritó —¡Al primero que pase le pego un tiro entre ojo y ojo!

—No podrás con todos.

Sin salir de su asombro miró a Dalbert, que le hizo un gesto para que corriera hacia él. Lo hizo escondiéndose tras su espalda. Elva con la otra pistola en las manos empezó a temblar de miedo.

Carlton rio de nuevo. —Al final saldréis, solo es cuestión de tiempo.

—Está solo —susurró Vivianne—. Sino ya hubiera ordenado a alguien que entrara o hubieran roto las ventanas.

Dalbert asintió antes de mirar sobre su hombro. —No entrará, esperará a que salgamos. Preciosa, allí hay otra puerta. —Las dos miraron hacia atrás. —Coge la llave y ábrela muy lentamente mientras yo voy a la parte de delante y le distraigo.

Asustada negó con la cabeza y él la miró muy serio. —Haz lo que te digo, no discutas. Cuando salgáis, corred todo lo que podáis, no os detengáis por nada ni por nadie, solo corred. Elva pálida asintió vehemente y cogió la mano de Vivianne que se negaba a dejarle solo, así que se soltó. Galbert la miró a los ojos y sonrió antes de cogerla por la nuca y besarla tan apasionadamente que sintió que siempre sería suya. Sus ojos se llenaron de lágrimas y cuando la soltó él apoyó su frente en la suya, Dalbert susurró —Vamos, preciosa, sal de aquí, iré detrás de ti.

—Júramelo.

—Te lo juro. Os alcanzaré antes de que os deis cuenta.

—Vamos, vamos —dijo Elva cogiendo su brazo para tirar de ella.

Mirándole a los ojos se alejó mientras su amiga cogía la llave de encima de la mesa. Se acercaron a la puerta y Elva le dio a Vivianne la pistola para tener las manos libres para abrirla. Miraron hacia él y Dalbert asintió empujando la gran mesa hacia las ventanas. La volcó y la arrimó todo lo que pudo cubriéndolas. Escucharon la risa de Carlton, el sonido venía de la puerta principal y los tres miraron hacia allí. —¿Crees que eso me detendrá?

Elva no perdió el tiempo giró la llave y Dalbert golpeó una silla contra el suelo varias veces para amortiguar su sonido al

abrirse. Las dos salieron corriendo hacia los árboles y cuando corrían entre ellos escucharon dos disparos. Vivianne palideció deteniéndose en seco, pero Elva tiró de ella. —No, no, haz lo que te ha dicho. Está arriesgando su vida, no le defraudes.

—¿Y si está herido?

—¡Él quiere que corras!

—Estamos armadas, somos tres contra uno, no pienso huir y dejarle.

Elva entrecerró los ojos. —Es verdad, podemos con él. Sorprendámosle por la espalda y entreguémosle a la justicia.

—Yo con salir de aquí viva me conformo.

Corrieron hacia el pabellón y lo rodearon cubriéndose con los árboles. Entonces escucharon. —Siempre puedo contar contigo —dijo Dalbert.

Asombrada caminó hacia el otro árbol con Elva detrás y les vio abrazándose. —Amigo, por ti lo que sea. ¿Ha ido bien?

—De maravilla, ya está más receptiva. Hasta ha dejado que la bese.

Carlton rio por lo bajo. —Me alegro. Cuando me enviaste a Italia, creía que ese plan tuyo era una locura, pero al parecer todo ha ido de perlas.

Dejó caer la mandíbula del asombro mientras Elva jadeaba. Le tapó la boca y se quedaron en silencio durante unos segundos para escuchar parte de una frase. —Era lo mejor, con lo enfadada que estaba se hubiera casado con cualquiera, tenía que ponerle delante alguien que fuera el cebo perfecto. Sabía que en cuanto te conociera, haría lo que fuera para joderme.

—¿Cameron sigue sin saber nada?

—No sabe nada ni quiero que lo sepa, no sabe disimular y desde que se puso enferma tiene muchos remordimientos. Desde nuestro encuentro en el club está convencido de que somos enemigos.

—¿Y ahora qué vas a hacer? No pienso presentarme ante tu futura esposa para que crea que quiero matarla.

—Eso no es problema. Le diré que estás tomando opio y que no eres el mismo, que necesitas ayuda. Con el gran corazón que tiene y el aprecio que te tenía, haremos que se ablande y antes de que te des cuenta estarás cenando con los Merfield. Amigo, ¿no tendrás por aquí algo de vino? Tengo la garganta seca y me duele mucho la cabeza después del porrazo que me metiste.

—¿No vas tras ella?

—Démosle algo de ventaja, si cree que me ha sucedido algo estará encantada de verme.

Carlton rio. —Eres un genio. ¿Me ayudarás cuando tenga que convencer a la mía?

—Eso no lo dudes, amigo. Caerá en tus redes antes de que te des cuenta.

Entraron en el pabellón y las chicas se miraron con los ojos como platos. —Vamos —susurró Vivianne antes de correr por el bosque como si realmente la persiguieran. Cuando ya estaba lo bastante lejos, se detuvo con la respiración agitada y dejando caer la pistola apoyó las manos sobre las rodillas para respirar hondo. Elva hizo lo mismo y recuperando el aliento se miraron a los ojos con ganas de sangre. Vivianne dijo muy bajo —No digas nada sobre lo que acabamos de oír, no sabemos dónde está. Lo hablaremos en casa.

Elva asintió y dijo bien alto —¿Qué hacemos? ¿Seguimos?

—¿No deberíamos esperarle aquí? —preguntó aparentando estar muy preocupada.

—Igual si llegamos a la carretera podemos pedir ayuda.

Vivianne miró en la misma dirección en la que miraba su amiga. —No sabemos si está por allí, de hecho no sabemos si hemos venido recto. Si nos alejamos mucho podemos perdernos. —Y eso era muy cierto porque no tenían ni idea de donde estaban.

Elva cogió la pistola del suelo y esta se disparó. Con los ojos como platos se miraron antes de que Vivianne bajara la vista para ver sangre en su pantalón interior. —¡Me has disparado!

—Lo siento, lo siento. —Se acercó a toda prisa y rasgó su pantalón. La bala había entrado en su muslo. —Dios, Dios...

—¡Ay, madre, que me voy a quedar coja!

—La verdad es que tienes muy mala suerte.

—¿No me digas?

Elva tocó el agujerito y lo taponó con el dedo. —¿Qué haces?

—Evitar que pierdas sangre.

—¡Eso duele!

—¡Me lo imagino!

—Maldita sea...

Escucharon ruidos y las dos se volvieron de golpe, Elva con el cuchillo en la mano. Entonces vieron que Dalbert llegaba corriendo con la camisa manchada de vino, lo que indicaba que el disparo le había dado tal susto que se lo había derramado encima. Vivianne chilló. —¡Te ha herido!

—No preciosa, al tirar un mueble no me di cuenta de que había una botella de vino. —Se agachó a su lado. —¿Qué ha ocurrido?

—Se me cayó el arma —dijo Vivianne a toda prisa—. Me he disparado a mí misma.

—Joder...Tenemos que alejarnos de aquí cuanto antes.

—¿Le has matado?

—No preciosa, solo herido. —La cogió en brazos y empezó a caminar a toda prisa entre los árboles. —Necesitamos encontrar un médico cuanto antes.

Se dio cuenta de que había palidecido. —¿Es grave?

—Sangras mucho. —La sentó sobre una roca y rasgó la manga de su camisa para rodear su herida antes de apretar con fuerza.

Ella gimió de dolor.

—Lo sé, preciosa, lo sé, pero es necesario. Tenemos que llegar al pueblo. —La cogió en brazos de nuevo. —Allí te verá un médico. No digáis lo que nos ha pasado. Solo decid que nos asaltaron, ¿de acuerdo? Que ni sabéis bien lo que ocurrió, porque estabais dormidas y os golpearon en la cabeza. Si decimos que el duque de Ostenford está implicado en esto, todos nos darán la espalda. Los del pueblo se deben a él.

—De acuerdo —dijo sin discutir advirtiendo con la mirada a Elva para que hiciera lo mismo.

De repente llegaron a un claro y allí había un carro lleno de heno que iba tirado por dos mulas. Qué casualidad. —Mira cielo, podemos coger eso.

—Estaba pensando lo mismo —dijo corriendo hacia el carro.

—Vamos, vamos, antes de que llegue el dueño —dijo Elva subiéndose a la parte de atrás. Ayudó al duque a que la subiera y Vivianne se acomodó en la paja mientras él corría al escalón y se subía en la parte de delante cogiendo las riendas. —¡Agarraos! —Agitó las riendas con fuerza. —¡Ja! ¡Ja!

Las amigas se miraron a los ojos y Elva gritó —¡Dese prisa duque, sangra mucho!

Él agitó de nuevo las riendas y salió del campo para entrar en un camino de tierra. —¡Ja, ja!

—¿Queda mucho para el pueblo? —preguntó Vivianne.

—No, preciosa, en unos minutos estaremos allí. —Miró sobre su hombro. —¡Elva apriétale la herida!

Elva lo hizo y al ver que daba un respingo susurró —Será cabrón, en lugar de llevarte a la casa de su compinche, donde estarías más cómoda hasta que llegara el doctor...

—Shusss, paciencia amiga, la venganza hay que servirla fría. ¡Ay! —gritó de manera exagerada. Hizo que sollozaba—. Duele.

—¡Aprieta Elva!

—¡Eso hago, excelencia!

Fueron dando botes todo el camino porque aquel carro no estaba hecho para ir tan rápido. Vivianne tuvo que agarrarse varias veces a los tablones que retenían la paja en el carro porque a punto estuvo de salir disparada.

—¡Ahí está el pueblo! —chilló Elva loca de contenta—. ¡Nos salvamos, Viv!

—Sí, nos salvamos —dijo como si estuviera aliviada.

En cuanto entraron en el pueblo varios salieron de sus casas para mirarles. El duque gritó pidiendo la ayuda del doctor y saltó del carro mientras dos muchachos salían corriendo para avisarle. Una mujer se acercó y al ver la pierna llena de sangre dijo —Métala en mi casa, milord.

—Gracias —dijo él cogiéndola en brazos—. Ahora te atienden, preciosa.

Sollozó y ni supo cómo hizo para que le salieran dos lágrimas de verdad e incluso se deslizaban por sus mejillas. Sería de la rabia que la estaba recorriendo porque no lo entendía.

—¿Qué les ha ocurrido? —preguntó antes de abrir la puerta de una habitación mostrando una pequeña cama.

—Nos han asaltado, nos lo han robado todo. Hasta los vestidos les han quitado cuando estaban inconscientes.

—Dios mío, es que ya ningún lugar es seguro.

—Y que lo diga, buena mujer.

—Herviré agua y traeré unos paños.

—Es muy amable —dijo Vivianne. La verdad es que la herida empezaba a asustarla de veras, ahora que ya había descendido la adrenalina empezaba a darse cuenta de la situación en la que se encontraba y sin poder evitarlo estiró la mano que él cogió al instante. —Dalbert...

—Te pondrás bien.

Más le valía que se pusiera bien, porque como se quedara coja por sus tejemanejes, le iba a hacer la vida imposible hasta que

el señor le llamara para enviarle de un puntapié al infierno por mentiroso y cabrito.

Entonces escucharon a alguien hablar al otro lado de la puerta y esta se abrió mostrando al doctor Clayton que se detuvo en seco al verles. —No me lo puedo creer.

Ella se sonrojó. —Doctor, qué sorpresa.

—Para sorpresa la mía, milady —dijo acercándose a toda prisa.

—¿Les conoces, amigo? —preguntó un hombre que entró tras él.

—Soy el médico de la familia Merfield en Londres. Milady, le aconsejé ir al campo, pero no para esto. —Se sentó a su lado y sin perder el tiempo apartó la venda para mostrar la herida. —Amigo hay que operar, debemos sacarle la bala cuanto antes.

El otro médico no perdió el tiempo y abrió su maletín dándole instrucciones a la señora que tan amablemente les había ayudado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el doctor.

—Veníamos de camino a ver a un amigo y nos asaltaron —dijo Dalbert antes de que nadie pudiera abrir la boca—. En realidad estábamos dormidos en el carruaje.

—Nos debieron golpear en la cabeza —añadió Vivianne—. Cuando nos despertamos estábamos tirados en la cuneta, nos habían dejado en ropa interior —dijo como si estuviera asombrada.

—Seguro que su vestido es lo bastante caro como para que lo puedan revender. ¿Y su cochero?

—No sabemos dónde está —dijo Dalbert—. Y el carruaje tampoco. ¿Es grave?

—Milady ya ha pasado por mucho como para que se deje vencer por esto, ¿verdad lady Vivianne?

—Apueste por ello, doctor.

Mientras el otro médico se acercaba a él con instrumental, Vivianne levantó la vista hacia Dalbert que parecía realmente

nervioso. —¿Puedo hacer algo?

—No excelencia, será mejor que espere fuera. —El doctor Clayton miró a Elva que estaba muy preocupada. —¿Te impresionará la sangre?

—No, pídamelo que necesite.

—Perfecto. —El doctor miró a Vivianne sonriendo. —Bueno, es hora de echar un sueñecito. —Alargó la mano y el otro médico le tendió un paño. —Nos veremos enseguida.

Asintió cerrando los ojos. Eso sí que la asustó, pero un segundo después sintió el paño sobre la nariz y la boca, por lo que aspiró el aroma que en apenas unos instantes la durmió bajo la atenta mirada de Dalbert, que no se había movido de la habitación.

Capítulo 7

Después de cerrar la herida, el doctor le hizo un gesto al duque para que salieran de la habitación mientras el doctor del pueblo y Elva se encargaban de la paciente.

—¿Qué opina, doctor?

—Opino que me han mentido —dijo muy serio—. ¿Un asalto? ¿Y nadie se dio cuenta de nada? ¿No gritó el cochero? ¿Me toman el pelo? Aquí están pasando cosas muy raras.

—No sé qué decirle. Si quiere, puede tocar el chichón que tengo en la cabeza.

—No ha sido un robo y pienso informar de esto al alguacil.

El duque se tensó. —¿Duda de mi palabra?

—La verdad, sí. ¿Y sabe por qué dudo? Porque milady lleva en el índice un anillo que cuesta una fortuna, ¿acaso los asaltantes no lo vieron?

—Es evidente que no.

—No me haga reír, duque. Es otra de sus artimañas que han afectado a milady, como lo de su compromiso y todo lo demás, como si lo viera.

Dalbert apretó los labios. —Muy bien, puesto que soy consciente de que sus mentiras pueden afectar a Vivianne y a su reputación, le voy a hacer una pregunta, ¿cuánto quiere por cerrar la boca?

El médico levantó una ceja. —Veo que nos vamos entendiendo. Quiero que se aleje de ella.

Entrecerró los ojos. —Eso no va a pasar. Vivianne es mía, lo ha sido desde hace años y eso no cambiará.

—Usted no le conviene, duque, ¿o no se ha dado cuenta? Desde que rompieron su compromiso casi se muere, tiene dolores de cabeza insoportables, la han humillado ante toda la ciudad y ahora le han disparado. ¿Hasta dónde va a llegar?

—Hasta donde haga falta para que vuelva a mi lado, para que vuelva a amarme como antes.

Stephen Clayton sonrió con ironía. —Eso no va a pasar.

—¿Y usted qué sabe? —preguntó entre dientes.

—Milady ha cambiado, cualquiera puede darse cuenta de ello, las circunstancias y sus intrigas la han hecho madurar. Necesita otro hombre en su vida.

Dalbert separó los labios empezando a comprender. —No me haga reír.

El doctor sonrió. —No ponga esa cara, duque, aquí donde me ve puedo aspirar a su mano, soy nieto de un conde y heredero de su título.

—Aléjese de ella —dijo entre dientes.

—Eso es lo que pensaba hacer, pero al parecer el destino la ha puesto en mi camino de nuevo y ahora ya no pienso renunciar a ella. Me necesita, necesita a alguien que la proteja de usted.

Volvió a entrar en la habitación dejándole con la palabra en la boca y Dalbert juró por lo bajo volviéndose. La dueña de la casa le miraba con los ojos como platos y el duque carraspeó. —Está enamorado de ella y se inventa historias para dejarme mal. ¡Dice que no hubo asalto, ja! No verían el anillo.

—Claro que sí excelencia, sino la dama no iría en paños menores por esos caminos.

—Está enamorado y se imagina cosas.

La mujer asintió vehemente, pero Dalbert vio en sus ojos que no se había creído una palabra y era porque el doctor había dado argumentos más que plausibles para desmontar su mentira. Iba a

entrar en la habitación de nuevo con la intención de no quitarle el ojo de encima a ese medicucho cuando la mujer carraspeó. —Creo que su presencia en esa habitación ya no es necesaria con dos doctores dentro, excelencia. ¿Le gustaría tomar un té?

No podía llevarle la contraria en su propia casa. Se volvió para mirarla. —Es muy amable, me sentaría de maravilla.

—Claro, como está empapado... ¿Sabe duque? Otra cosa que no cuadra en su relato es que no ha llovido en toda la noche. Busque una excusa en lo que llega el alguacil. —De repente sonrió. —Pero tranquilo, que yo le ayudaré a encontrar ese motivo, por cierto, soy la señora Gardiner. Mi marido era militar, venga, venga que le cuente. Fue un héroe.

Horas después estaba a punto de dormirse mientras esa mujer, que obviamente había descansado durante toda la noche, no dejaba de parlotear sobre las batallitas de su Henry. Cuando se abrió la puerta sobresaltándole, se levantó de inmediato para ver que en la cama Vivianne sonreía con cara somnolienta. Se acercó a toda prisa pasando ante lord Clayton que sonreía irónico y se sentó a su lado cogiendo su mano. —¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, casi no me duele. El doctor tiene unas manos milagrosas.

—Es por la medicación que le he administrado, milady, pero gracias de todas formas.

Le sonrió. —No se quite méritos, milord.

—Así que ya lo sabes —dijo entre dientes.

—¿No es loable que un hombre que puede vivir cómodamente, dedique su vida a salvar la de los demás? —dijo con admiración—. Con todas las enfermedades peligrosas que hay por ahí... Es un hombre con un corazón enorme.

—Es muy amable, milady. Y debo decir para que todos lo sepan, que es mi mejor paciente.

Soltó una risita. —No mienta doctor, nunca le hago caso.

—Pero ha aprendido la lección, ¿no es cierto?

—Absolutamente, a partir de ahora seré muy dócil en sus manos. Me dedicaré a descansar y a no meterme en líos.

—La vigilaré de cerca —dijo mirándola de una manera que la sonrojó.

Dalbert entrecerró los ojos. —Muy bien, nos vamos.

Le miró sorprendida. —¿Ya tienes transporte que nos lleve a Londres?

—No, pero lo conseguiré enseguida —dijo antes de besarle la mano con ansias y levantándose—. Volando estarás en tu casa.

Elva levantó una ceja. —¿Y si quién usted sabe está buscando a quién usted sabe?

—No buscan a nadie. ¿No ves que no han llamado a ningún médico?

Los dos doctores volvieron la cabeza hacia él, que carraspeó.
—Cosas nuestras.

—No duque, cosas tuyas, a milady no va a meterla en esto.
—La miró a ella. —Si me permite puedo llevarla a Londres, mi coche está fuera y pensaba regresar hoy a la ciudad, no será ningún inconveniente llevarla.

—Oh, doctor, es tan amable... —Sonrió radiante. —Estoy lista para cuando quiera irse, no quiero entretenerle más con todas esas vidas que tiene que salvar.

—No me entretiene en absoluto. Partiremos después de que comamos un buen desayuno. —Miró a la mujer que estaba en la puerta sin perder detalle. —¿Sería tan amable?

—Por supuesto milord, mi cocinera ya lo está preparando.

—Muchas gracias por su ayuda —dijo Vivianne desde la cama—. Personas como usted hacen que crea cada vez más en la bondad humana.

La mujer se sonrojó de gusto. —Es un placer ayudarla. Mi marido era militar, ¿sabe? Del séptimo regimiento.

—Otro héroe, siento su pérdida.

—Ya hace muchos años que nos dejó, pero fue el gran amor de mi vida y siempre le tengo muy presente —dijo con orgullo.

—Como se merece, estoy segura.

—Iré a ver cómo va ese desayuno, milady tiene que recuperar fuerzas.

En ese momento llamaron a la puerta y el doctor Potter cogió su maletín. —Ese aviso es para mí, estaba esperando que me llamara una parturienta.

—Gracias por su ayuda, doctor.

—Ha sido un placer. —Miró a Stephen y le tendió la mano. —Espero volver a verte por aquí muy pronto.

—Vendré, amigo. Ha sido un placer visitarte. —Se apretaron la mano sonriendo.

—Hasta la próxima. —El doctor inclinó la cabeza hacia el duque y hacia milady antes de salir.

—Qué hombre más agradable —dijo ella sonriendo a su doctor—. Necesitamos médicos así en Londres.

—Nunca se irá de aquí, aquí vive su esposa y son muy felices.

—¿Y usted doctor, está casado? —preguntó coqueta haciendo que Dalbert la fulminara con la mirada.

—Pues no, pero no pierdo la esperanza de que una mujer tan maravillosa como usted algún día me guiñe el ojo —dijo divertido.

Ella se lo guiñó con descaro haciéndole reír por lo bajo mientras Dalbert no salía de su asombro. —Vivianne, ¿qué haces?

—Nada.

—¿Nada? ¡Le has guiñado el ojo! —exclamó indignado.

—Por supuesto que no, eso me convertiría en una descarada y no lo soy. ¿A que no, Elva?

Esta que había estado en una esquina escuchando atentamente contestó —En absoluto, milady.

El doctor rio por lo bajo. —No, milady no es descarada en absoluto. Iré a hablar con mi cochero para decirle que somos dos más.

—¿Cómo que dos? —preguntó el duque asombrado.

—Entiéndalo excelencia, milady debe tener la pierna estirada, usted no cabe en el coche.

—Iré en el pescante —dijo entre dientes—. Alguien de la familia debe acompañar a mi prima.

—Si es lo que quiere... Por mí me parece bien. —Entonces se escuchó un trueno. —Parece que va a llover.

—Me da igual —dijo entre dientes.

—Perfecto. Enseguida estoy con usted de nuevo, milady.

—Gracias, doctor.

Se fue de la habitación cerrando la puerta y Dalbert la fulminó con la mirada. —¿Estás flirteando con él?

—¿Yo? ¿Por quién me tomas? Las damas no flirteamos, duque.

—¿Estás intentando poner distancia entre nosotros? —Ella le miró sin comprender. —Siempre me llamas por mi título cuando estás enfadada. ¿Y la pregunta es por qué estás enfadada cuando te acabo de salvar el pellejo?

Tendría cara. —No estoy enfadada.

—Elva déjanos solos.

—Ni hablar, mi señora es soltera y usted... Bueno, en realidad no sé si usted está casado, soltero o es un simple truhan, así que de aquí no me muevo, que le veo a usted muy suelto.

Vivianne reprimió una sonrisa mirándole con cara inocente. Estaba tan frustrado que parecía a punto de pegar cuatro gritos, pero no podía, por supuesto. —Preciosa... —dijo con voz suave

sentándose a su lado. Cogió su mano y se la besó—. Me acaba de dar la sensación de que te sientes atraída por el doctor.

—Bueno, es muy atractivo con ese pelo castaño y esos ojos negros que le hacen parecer tan masculino. Además, tiene planta, ¿verdad que sí, Elva?

—Como diría mi madre está para comérselo, milady —dijo hurgando en la herida pues el duque la miró como si quisiera cargársela.

—Y es tan amable... —Suspiró ilusionada. —Y tan eficiente en su trabajo, eso es admirable...

—¿De veras me estás diciendo eso? Hace unas horas me besabas como si fuera el único hombre de la tierra.

Se sonrojó con fuerza y elevó la barbilla. —Me besaste tú. Y debo decir que no fuiste nada delicado.

—Que no fui... Preciosa... —dijo a punto de estallar.

—No quiero hablar más contigo de esto, Dalbert. Además, estoy convaleciente, ¿es que no tienes ni un mínimo de sensibilidad por mi estado? ¿Quieres alterarme?

—No, preciosa, no quiero alterarte.

Le miró fijamente a los ojos. —Mira, quiero ser franca, si antes te besé fue por las circunstancias.

—Las circunstancias.

—Claro que sí, nos habían secuestrado, temía por mi vida y era una situación excepcional, pero ahora estamos a salvo y me viene a la memoria todo lo que ocurrió en el pasado que no pienso mencionar. Pero eso no significa que lo haya olvidado. ¿Me he expresado con claridad?

Dalbert muy tenso dijo —¿Eso significa que no piensas perdonarme?

Le miró con horror. —¿Perdonarte? ¿Perdonar al hombre que me traicionó? Por supuesto que no. ¿Quién me dice que no vuelvas a hacerlo en el futuro?

—Lo hice por Cameron.

—Creo que me traicionaste en otras ocasiones. Como con esa amante tuya, ¿o acaso también la has olvidado? Porque es evidente que olvidaste nuestro compromiso cuando te convenía para estar con ella. Estabas ligado a mí y me ignoraste para estar con otras mujeres, ¿qué clase de hombre hace algo así?

Dalbert volvió la vista hacia Elva mirándola como si quisiera matarla y la doncella sin intimidarse levantó la barbilla. —Me debo a ella.

El duque al darse cuenta de que estaba casi como al principio, apretó su mano antes de mirarla a los ojos con decisión. —No pienso rendirme.

No pudo evitar que su corazón saltara en su pecho. —Pues deberías, pienso casarme y no será contigo. Ahora déjame sola con Elva, ¿quieres? Necesito que me asee el resto del cuerpo.

—Sí, amiga, todavía hueles a pescado podrido.

Jadeó. —¿Crees que se habrá dado cuenta el doctor?

Dalbert furioso salió de la habitación cerrando la puerta con una fuerza que la sobresaltó. —Menudos humos.

—Sí amiga... —dijo Elva—. Pero tú se los bajarás.

—Eso no lo dudes.

Capítulo 8

El trayecto a Londres estaba siendo horrible. Llovía tanto que los caminos estaban inundados y dos veces los hombres tuvieron que bajarse para empujar el coche porque las ruedas habían quedado hundidas en el barro. Vivianne medio tumbada en el asiento frente a ellos estaba incomodísima, pero no podía quejarse porque el doctor estaba empapado, al igual que Galbert que iba en el pescante con el conductor y el duque ni siquiera tenía ropa decente para no pasar frío. Fueron las cuatro horas más incómodas de su vida y eso sin mencionar que el doctor no dejaba de hablar de enfermedades y operaciones que hasta le revolvían el estómago. Se notaba que estaba entusiasmado con su profesión. Estaba siendo tan crudo con los detalles que hasta Elva tuvo que carraspear de vez en cuando.

—Perdone si soy tan pesado, milady. Pero la gente suele preguntar sobre esas cosas y solo quería entretenerla.

—Mejor dejemos el resto de la conversación para cuando me visite en casa del conde —dijo desfallecida.

—Claro, en casa de sus padres... Es que esto usted no lo sabe, pero en mi última visita a casa de sus padres me exalté un poco.

—¿Se exaltó? ¿Por qué?

—Me dieron tanta rabia los comentarios que había sobre usted en la ciudad y sabiendo que todo había sido provocado por la inconsciencia de sus padres y su prometido, se me fue un poco la lengua.

Le miró divertida. —¿Y qué les dijo exactamente?

Él se lo contó y Vivianne rio por lo bajo pensando en la cara que habría puesto su padre. —Es usted muy amable, doctor. Gracias por su defensa. —Miró por la ventanilla pensando en ello. —Pero después de lo que me ha contado, veo que yo también he cometido errores. Nunca debí comprometerme con Carlton, porque no le amaba, así que debo ser muy cauta antes de mi siguiente paso.

Stephen parecía preocupado. —¿Me está advirtiéndolo? Claro, es culpa mía, mi comportamiento ha sido impropio.

—No, claro que no.

—Disculpe, milady, pero si me está advirtiéndolo debo decirle que no tiene que hacerlo, sé que no me ama, y yo no aspiro a conseguir su amor.

No pudo disimular su sorpresa. —Ah, ¿no?

—Pues no, no solo somos de mundos distintos, sino que ni muerto viviría como usted y usted jamás podría vivir como yo. Aunque sí siento que me gustaría conocerla mejor, aunque solo sea como un futuro amigo...

No pudo evitar mirarle con sorpresa. —No pide mucho, milord.

—Sé que después de todo lo sucedido debe estar confusa, que querrá esconderse de los hombres y de cualquier tipo de compromiso presente o futuro, lo comprendo perfectamente y es una reacción natural a los últimos acontecimientos. —Sonrió de manera encantadora. —Además yo tampoco la amo, milady, ¿cómo voy a hacerlo si no la conozco? Pero sí me agrada mucho lo que ya conozco de usted y me gustaría conocer mucho más. Si me da permiso para visitarla lo haré con gusto.

—¿Como amigo? —preguntó asegurándose de que no se hacía ilusiones.

—Como amigo.

Vivianne sonrió. —Gracias Stephen.

—Es un gusto, Vivianne. —Miró por la ventanilla y suspiró del alivio. —Menos mal, ya hemos llegado a la ciudad. Siento este viaje

tan accidentado y lo incómoda que ha estado.

Se sonrojó porque se había dado cuenta. —No diga eso, solo puedo agradecerle su amabilidad.

Se la quedó mirando y ella se sonrojó. —¿Qué está pensando, doctor?

—Debo confesar que por impulso le he dicho cosas al duque de las que me arrepiento.

—¿De veras? ¿Qué tipo de cosas?

—Le he insinuado que pensaba conquistarla, pero le juro que solo lo hice por fastidiarle.

Sonrió maliciosa. —Eso debió sentarle muy mal.

—Y también le he dicho algo que puede enviarme a la cárcel.

Vivianne perdió la sonrisa de golpe. —¿No será lo de su título?

—Exactamente milady, mi padre era leñador.

—Oh, Dios mío, ¿pero cómo se le ocurre?

—Es que me di cuenta de que él pensaba que yo no era suficiente para usted y mi orgullo habló por mí.

—¡Pues claro que es suficiente! Si me interesara, claro, que...

—Chasqueó la lengua. —No vuelva a mentir, doctor. Cuando tenga un minuto aclararé esto con Dalbert y asunto olvidado. Oh, Dios mío, como se entere alguien que sepa la verdad de sus orígenes, puede estar en graves problemas. No se preocupe, que yo me encargo de todo.

Él sonrió. —Pondré mi reputación en sus manos.

—Diré que fue un malentendido. Usted estaba enfadado por mi situación, cosa que le agradezco mucho y alguien debió oír mal la conversación que tuvo con el duque.

Pensativo se la quedó mirando. —Esto es muy interesante, milady. Todo lo que ha sucedido esta noche, donde no me he creído una sola palabra de las explicaciones del duque y donde yo también

he mentido como un bellaco, me ha hecho darme cuenta de que cualquier hombre estaría dispuesto a mentir por usted, milady.

Se puso como un tomate. —Exagera.

—No, hablo más en serio que en toda mi vida. —Suspiró. —Hace que los hombres quieran protegerla.

—Pues le aseguro que no hago nada porque eso pase —dijo muy incómoda.

—No me malinterprete, no la estaba culpando. Usted no tiene responsabilidad en las acciones de los demás. Lo que se me ha pasado por la cabeza, es qué haría un hombre que realmente quisiera conquistarla. Da miedo pensarlo, ¿no? Supongo que estaría dispuesto a mentir como un bellaco.

Se le cortó el aliento por lo que acababa de decir.

—Cuidado, amiga, ese hombre estaría dispuesto a dejarse la vida por conseguirla. —El coche giró entrando por la parte trasera de la casa y el doctor sonrió. —Fin de trayecto.

—Gracias, Stephen, me ha dado mucho en lo que pensar.

La puerta se abrió de golpe y allí estaba Dalbert con cara de pocos amigos. —Vamos, tienes que estar agotada.

La cogió en brazos antes de que pudiera impedirlo y ella gimió de dolor al apretar su muslo. —Lo siento, preciosa.

—No pasa nada. ¿Vendrás a revisarme, Stephen?

—Por supuesto Vivianne, mañana mismo estaré aquí.

Ella sonrió antes de que la metiera en casa. —¿Ahora le llamas por el nombre? —preguntó Dalbert enfadado—. Le has dado muchas confianzas a ese medicucho.

—Déjalo ya, ¿quieres? —Apoyó la mejilla en su hombro. —Estoy cansada para discutir contigo.

El rostro de Dalbert se suavizó y el mayordomo se le acercó de inmediato. —Gracias a Dios que han llegado, mis señores pensaban que se habían fugado.

—Avisa al conde, rápido.

—A ver cómo le explicas esto a mi padre...

—A ver cómo se lo explicas tú, preciosa. Yo solo te seguí.

Entonces pensó en lo que le había dicho Stephen y mirando su perfil mientras subía las escaleras se dio cuenta de que todo lo que había hecho era porque quería estar a su lado, todas las mentiras, las trampas, la declaración de Carlton, su chivatazo a la prensa, todo había sido para que ella no se casara con otro. ¿La pregunta era por qué? Porque habían mentido tanto cuando él ya estaba casado, a no ser que pensara deshacerse de su esposa desde el principio, por supuesto. Separó los labios de la impresión porque las mentiras habían empezado hacía meses. Desde el principio... — Dios mío ¿qué has hecho?

Él dejándola sobre su cama la miró sin comprender. —¿Qué?

—¿Qué le hiciste a lady Prudence?

Dalbert se tensó en el acto. —No sé qué quieres decir.

—Te habían obligado a casarte con ella, te conozco, tú no te quedarías de brazos cruzados. ¿Qué hiciste? —Se apoyó en sus manos para sentarse mirándole espantada. —No habrás mentido respecto a su embarazo, ¿no es cierto?

—Preciosa no sé por qué has pensado esas cosas...

—¡Será porque no dejas de mentirme!

Sus padres llegaron en ese momento para escuchar —Será porque me pusiste de cebo a tu mejor amigo para que creyera que me amaba y así que no me casara con otro.

—¿Qué has dicho? —preguntó su padre espantado.

—Sí, padre, ¡le hizo ir a Italia a conquistarme!

Dalbert se tensó. —Así que lo sabes.

—¡Como también sé que todo fue una pantomima, su enamoramiento por mí fue planeado por ti de principio a fin! ¡Tú le dijiste que hablara con la prensa y lo contara todo para dejar en evidencia a lady Prudence y que yo rompiera mi compromiso con él! Pero si hiciste eso con el fin de que yo no me casara con otro, fue

porque tenías un plan y ese plan implicaba deshacerte de tu esposa. ¿Qué le has hecho? —gritó exigiendo una respuesta.

Él suspiró y miró al conde. —Lo siento, lo hice porque estaba furiosa y podía tomar una mala decisión.

—Hijo, llegaron a comprometerse —dijo entre dientes—. ¿Sabes las noches que he pasado sin dormir por esto? ¿El escándalo al que nos estás sometiendo?

—Era necesario, tío.

—¿Qué le has hecho a tu esposa? —gritó Vivianne—. ¿Es realmente tan bruja como nos has dicho? No, claro que no, tenías que justificar tus mentiras. ¿Qué le has hecho?

Apretó los labios. —Digamos que un par de noches bebió unas copas de vino que no le sentaron bien y se desinhibió con un amigo.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Compartió lecho con un amigo tuyo?

—Tenía que embarazarla. Y para que conste no se la forzó en ningún momento, porque yo sabía que Prudence se sentía atraída por él. Solo dejamos que sus instintos se desataran.

Con los ojos como platos Elva dijo —¿Con quién? ¿No será Cameron?

Todos miraron hacia él. —Pues no, fue Carlton.

—Oh Dios mío, no tenéis ningún escrúpulo —dijo impresionada—. Y por supuesto ella no recuerda nada.

—No.

—Pobre muchacha —dijo Elizabeth escandalizada—. Y ahora su reputación está por los suelos.

Carraspeó. —Eso no es problema. Carlton está dispuesto a pedir su mano, lleva enamorado de ella desde hace tres años. Teníais que ver como lloraba mi esposa al enterarse de vuestro compromiso. —Hizo una mueca. —Menudo disgusto se llevó.

Separó los labios de la impresión. —Dios mío, eres un genio. Después de todo el escándalo has conseguido forzar al conde a que acepte su mano, ¿no es cierto?

—Digamos que sus familias nunca se han llevado bien y yo sabía que Carlton estaba muy interesado en Prudence. Cuando el conde me forzó a este compromiso, hablé con mi amigo y lo ideamos todo. Ahora el conde estará encantado de que Prudence se case con el duque. De hecho, él ya hablado con la reina para que solucione todo este galimatías.

—Hijo tienes una mente privilegiada —dijo Roger con admiración—. Por eso la reina quería ver a Vivianne.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Quería verme?

—Sí, cielo, envió ayer mismo una invitación al palacio de Buckingham. Dentro de tres horas deberías estar allí.

Chilló saltando de la cama. —Elva mi mejor vestido y un baño, que aún huelo a pescado podrido.

—¿Pero vas a ir? Estás herida —dijo Dalbert.

—Ni siete tiros me impedirían ver a la reina en persona.

Se acercó al tocador cojeando y se le cayó la manta mostrando que estaba en ropa interior. Su padre carraspeó. —Creo que esperaré abajo.

Elizabeth se acercó ansiosa. —¿Entonces vamos a ir?

—Por supuesto, madre, es una oportunidad única para hablar con ella. —Se puso unos pendientes cerca del lóbulo. —¿Qué opinas? Son los mejores que tengo.

—Te traeré los de esmeraldas.

—Gracias, madre. —Se volvió hacia Dalbert que parecía confundido. —¿Qué haces aún ahí? ¿No vas a cambiarte?

—Espera preciosa, que algo se me ha ido de las manos...

—Por supuesto que sí, la reputación de tu esposa está por los suelos, a ver cómo solucionas eso para que no tenga que ir con la

cabeza gacha el resto de su vida. —De repente jadeó. —Lo de esos lacayos... ¿Cómo pensabas solucionar eso?

—Esas declaraciones nunca se hicieron a la policía, preciosa. Mentí.

Gruñó mirando a Elva que había sacado un vestido azul de muselina. —¿No hará demasiado frío para ese vestido? No, no quiero que piense que me lo he puesto porque es el mejor que tengo. El verde de seda que es de manga larga. Con las joyas de madre valdrá.

—Perfecto —dijo su doncella.

—Preciosa, te veo muy tranquila.

—¿Porque no me pongo a gritar como una loca por tus mentiras y tejemanejes? Será que ya me estoy acostumbrando —dijo irónica.

Él carraspeó. —Muy graciosa.

—Eso no significa que te haya perdonado, por supuesto que no.

Gruñó con disgusto. —Lo suponía.

—Yo lo he pasado mal con todo esto, pero no me quiero ni imaginar cómo lo ha pasado tu esposa. Sin saber con quién había compartido lecho... Es horrible. Me moriría si estuviera en esa situación. Y con ese padre que tiene. —Se le cortó el aliento volviéndose hacia él. —Espero que te hayas asegurado de que la trata bien.

—Peter la adora, jamás le haría daño.

Suspiró del alivio. —Bueno, habrá que aclararlo todo ante la buena sociedad.

Frunciendo el ceño dio un paso hacia ella. —¿Cómo aclararlo todo?

—No como estás pensando, claro. Carlton no puede decir que ella bebió demasiado, quedaría igual de mal.

—Amiga, va a quedar igual de mal, le ha puesto los cuernos a su esposo y con su mejor amigo nada menos. Su reputación nunca se repondrá.

Fulminó a Dalbert con la mirada. —¡Mira lo que has hecho!

Dalbert carraspeó. —Te olvidas de que ella dijo que sí a esta boda.

—¡Porque pensaba que nunca se casaría con Carlton!

—¡Pero dijo que sí!

—Mira, ahora no quiero discutir contigo. ¡Iremos a ver a la reina a ver qué dice y después decidimos como arreglar este desaguisado que habéis montado entre tu amigo y tú!

—¿Y si la reina pregunta de quién es el niño?

Le miró fijamente. —Diremos la verdad, a ver por dónde van los tiros.

Capítulo 9

Todos con sus mejores galas esperaban sentados en una sala a que les llamaran para la audiencia con la reina. Uno de sus secretarios estaba en la puerta con cara de funeral y ella le sonrió. —¿Se encuentra bien su majestad?

—Pues la verdad es que hoy no tiene su mejor día, ya me entienden.

Su madre gimió por lo bajo y ella le dio un codazo para que no abriera la boca. Entonces la puerta se abrió y pasó un hombre mayor y una mujer preciosa de grandes ojos azules y un cabello tan claro que llamaba la atención. Los hombres se levantaron de inmediato y su padre carraspeó. —Conde de Pulford, qué sorpresa.

El hombre muy tenso miró al secretario. —¿No podemos esperar en otro sitio?

—Lo siento, pero no —respondió secamente.

—Ven hija, nos sentaremos allí al lado de la ventana...

Atónita siguió con la mirada a la muchacha que parecía a punto de llorar, no se parecía en nada a la muchacha que había conocido en la finca de sus padres, había adelgazado al menos veinte kilos. Se imaginó cómo se sentiría ella si le pasara algo así, además sin saber nada de nada de lo que realmente había ocurrido. Debía ser terrorífico. Decidida se levantó y toda su familia la miró horrorizada mientras se acercaba a ella que tímidamente la miró. —No sé si me recuerda, nos conocimos en la finca de mis padres la primavera pasada —dijo amablemente—. Soy lady Vivianne.

—La recuerdo —dijo mirando de reojo a su padre que estaba a punto de soltar cuatro gritos—. Al parecer estaba comprometida

con Dalbert.

—Así es, pero yo no lo sabía. Por lo visto ambas hemos sido víctimas de toda esta situación. Siento lo que le ocurre y todo lo que se dice de usted.

Ella agachó la mirada —Gracias.

—¿Puedo sentarme? —Antes de que pudieran decir nada cogió una silla y se sentó con ellos. Sonrió al conde. —Encantada de verle de nuevo.

—Mucho gusto, milady —dijo muy tenso.

Ella volvió a mirar, pero estaba tan avergonzada que no elevaba su rostro. Se le encogió el corazón por todo lo que había sufrido por culpa de Dalbert. —Entiendo que su padre, al obligar a mi primo a este matrimonio solo quería lo mejor para usted.

Miró de reojo a su padre, pero no abrió la boca. —Por supuesto que sí —dijo el conde.

—Como es lógico cualquier padre quiere un futuro prometedor para su hija. ¿Qué dice su madre de todo lo sucedido?

—Mi madre se fue al continente hace meses, no la he vuelto a ver.

—Entiendo. —Era evidente que el conde se había deshecho de su infiel esposa de manera discreta enviándola al continente. —Lady Prudence, ¿puedo hacerte una pregunta? —preguntó intentando ser más cercana tuteándola.

Su padre asintió dándole el visto bueno. —Sí, pregunte.

—¿Antes de que mi primo aceptara tu mano en matrimonio, habías pensado en casarte con él?

Negó con la cabeza.

—¿Habías pensado casarte con otro hombre?

El conde se tensó demostrando que esa conversación no le gustaba nada. —Discúlpeme conde, pero estoy segura de que quiere lo mejor para su hija y ella ahora mismo necesita toda la ayuda que

podamos darle. —Miró a Prudence. —Dime la verdad, ¿querías por esposo a otro hombre?

—Sí —dijo con lágrimas en los ojos.

—¿Y su nombre es?

—Usted le conoce, se comprometió con él.

—Teniendo en cuenta que mi otro compromiso fue con un hombre que no querías como esposo, ¿su nombre es Carlton Jointer, Duque de Ostenford?

—Sí —respondió apretándose las manos.

—Bien, ahora dime de quién es tu hijo.

La miró sorprendida. —¿Perdón?

—Vamos, no seas ingenua. ¿Estás en estado y no sabes de quién es?

Prudence apretó los labios mirando de reojo a su padre. — Bueno, he tenido sueños, pero no puede ser...

—¿Por qué no puede ser?

—Porque es imposible que fuera él. Es un hombre muy recto, no le haría eso a su mejor amigo.

—A veces puede sorprenderte la naturaleza humana. Es Carlton, ¿verdad?

Prudence se echó a llorar. —No sé lo que pasó. En mis sueños estaba con él, era feliz y de repente me despertaba y estaba sola. Ahora estoy en estado y no es de mi marido... Yo no quería esto, lo juro, yo quería ser feliz. Estoy a punto de volverme loca —dijo con desesperación.

—Tranquilízate Prudence. —Se levantó y cogió sus manos agachándose ante ella. —Vas a ser feliz.

—Mi hija se irá a vivir con su madre, partirá en el primer barco —dijo el conde—. Ya no puede soportar la presión, allí llevará una vida tranquila fuera de todos esos...

—Tranquílcese conde, lo solucionaremos. Encontraremos la mejor solución para todos y su hija será feliz.

El conde se emocionó. —Nada me gustaría más.

—¿Y está dispuesto a hacer lo que sea?

—Por supuesto.

—Muy bien. —Un lacayo dio dos golpes contra el suelo con un bastón dorado que tenía en la mano haciendo que todos se pusieran en pie. —Entonces síganme la corriente ante la reina y su hija saldrá de aquí con una reputación algo remendada, pero tolerable.

—Si me ayuda, le deberé la vida, milady —dijo el conde sinceramente.

—No será necesario que me deba nada, me conformo con que todos tengamos una vida pacífica y que en un futuro logremos ser amigos.

—Haré lo que sea por conseguir satisfacerla, milady. Salve a mi niña, consiga que pueda ir con la cabeza alta y seremos amigos hasta la muerte.

Asintió apretando las manos de Prudence, que miró de reojo a Dalbert. Vivianne apretó los labios porque a su primo no le había importado pisar su reputación por conseguir sus intereses y eso no le gustaba nada. Pero nada en absoluto.

Un lacayo abrió la puerta y le dijo algo al secretario que de inmediato se volvió hacia ellos. —Pueden pasar, sean breves, la reina no se encuentra bien.

Teniendo en cuenta de que les había llamado ella no sabían qué decir. Se acercó a su familia y cogió el brazo de Dalbert para seguirle. Miró hacia Prudence y le guiñó un ojo haciendo que le sonriera tímidamente cogiendo del brazo a su padre.

—Preciosa, ¿qué estás haciendo? ¿Piensas dejarme en evidencia?

Se le cortó el aliento volviendo la vista hacia él. —¿Eso es todo lo que te importa? Has destrozado mi vida, la de esa muchacha cuando eras mi prometido y su marido, tu obligación era protegernos y solo nos has causado dolor, ¿y ahora me preguntas eso?

Él apretó los labios. —Hice lo que creía mejor para todos.

—Desde luego no era lo mejor para mí ni para Prudence. Puede que tu amigo y tú os salgáis con la vuestra y nos veamos obligadas a aceptaros para mantener nuestra reputación, pero te aseguro que yo no lo haré por gusto —dijo mientras caminaban hacia la enorme puerta dorada—. Si fuera por mí jamás aceptaría tu mano y después de ver cómo habéis destruido a esa muchacha mucho menos.

—Aceptó este matrimonio, sabía muy bien lo que hacía —dijo entre dientes.

No pudo disimular su desprecio. —Ahora no solo eres cruel sino también estúpido. Sabía que no se casaría con el hombre que amaba y te aceptó a ti porque su padre la presionó. Estoy segura de que fue un alivio no compartir tu lecho y que sintió la pequeña esperanza de ver, aunque fuera de vez en cuando a tu mejor amigo, por eso se casó contigo.

La gran puerta se abrió. —Preciosa, todo esto lo hice por salvar a Cameron.

—A veces el fin no justifica los medios —dijo entre dientes—. Te agradezco que salvaras a mi hermano, pero todo el dolor que vino después no tiene justificación. Podías haber hecho esto de mil maneras distintas y elegiste la peor.

Sus padres llegaron ante el trono e hicieron una reverencia ante su majestad que estaba pálida y era evidente que no estaba de buen humor. Pero lo que la sorprendió aún más fue que Carlton estaba de pie a su lado mirando hacia ellos. Su amigo asintió mirando a Dalbert y ella temiéndose lo peor preguntó a su primo —¿Qué has hecho?

—Preciosa déjame a mí e intenta comportarte como la Vivianne que eras antes de todo esto, ¿de acuerdo? Aquella que era tímida y apocada en público, ¿la recuerdas?

Ella jadeó y la reina miró directamente hacia ella. —Condesa apártese —dijo la reina Victoria—. Estoy deseando conocer a su hija.

Sus padres se apartaron y Dalbert dio un paso hacia ella poniéndose ante el trono. Vivianne hizo una profunda reverencia. — Su majestad...

—Levántese milady, no estoy para irme por las ramas.

—Siento que no se encuentre bien, majestad.

El conde se acercó y puso a su hija justo a su lado. Esta hizo una reverencia muerta de la vergüenza y el rostro de la reina se suavizó. —Eleve esa barbilla, milady. No tiene de qué avergonzarse.

Prudence sollozó tapándose el rostro con las manos y Carlton apretó los labios dando un paso hacia ella, pero la reina levantó una mano impidiéndoselo. —No duque, no se acerque a ella.

Esa frase puso en tensión a su primo que la miró asombrado. —No, no me mires así, lo que ha ocurrido en estas familias es intolerable y eso que seguramente solo sé la mitad de la mitad —dijo molesta—. Duque póngase al lado de su cómplice.

—Pero...

Carlton parecía de lo más confundido. —¡Ahora! —ordenó la reina—. ¡Y más le vale que no me mienta más!

Él muy tenso bajó los tres escalones y se colocó al lado de Dalbert, que apretó los puños sabiendo que aquello no acabaría bien. Victoria sonrió. —Deben pensar que soy estúpida, caballeros.

—Ni se nos ocurriría pensar algo así, prima —dijo Carlton muy tenso.

—Prima muy lejana, y ha abusado en exceso de esa gota de sangre que compartimos. —Miró hacia ellas y al ver la confusión en sus rostros la reina sonrió con tristeza. —Siento deciros que los hombres en los que confiabais os han manipulado. —Miró a Prudence. —Primero tu padre da tu mano a un hombre que no te ama y no te quiere en su vida, un hombre que traicionó a su prometida de varias maneras y después cuando fue tu marido te manipuló para que esa mujer volviera a su vida. —Miró a Vivianne. —Tú.

—Sí, majestad.

—Ese escándalo intentó ser tapado, pero alguien a quien aprecio muchísimo me puso sobre aviso. Me extrañó su carta, en ella me contaba lo destrozada que estabas por un compromiso del que nadie sabía nada, pero lo que me llamó la atención fue que estando en Italia el duque de Ostenford intentaba seducirte. ¿Lord Lownes en Venecia intentando casarse con la antigua prometida de su mejor amigo? Me olió muy mal, sobre todo porque en palacio se sabe mucho de las andanzas de estos dos caballeros y jamás se habían traicionado. Es más, alguna vez incluso se habían retado a duelo por las faltas que habían cometido y siempre se cubrían las espaldas el uno al otro.

Vivianne miró a Dalbert como si no le conociera y él apretó los labios. La reina rio por lo bajo mirando a su padre que estaba de lo más incómodo. —Oh, sí, el duque ha tenido una vida intensa después de la muerte de sus padres. Pero eso es agua pasada, ¿por dónde iba? Ah sí, por ese extraño noviazgo. Entendí perfectamente que lady Vivianne quisiera casarse con él, no había un partido mejor, ¿pero cuáles eran los intereses del duque de Ostenford? Es bella, eso es cierto, pero tenía mujeres igual de bellas persiguiéndole por toda la ciudad y que le darían menos complicaciones. ¿Se había enamorado de ella? Era posible. Así que quise asegurarme antes de que el corazón de milady saliera herido. —Hizo un gesto con la mano y la puerta se abrió.

Vivianne separó los labios de la impresión al ver entrar a su tía con su perrito, que corrió hacia ella deseando saludarla. —Hércules. —Se agachó de inmediato y le abrazó emocionada. Miró a su tía que muy seria se acercó a la reina poniéndose a su lado. —Tía has venido...

—Tu pequeño deseaba verte —dijo con cariño—. Me lo dejaste porque sabías que me haría compañía, porque así no me sentiría tan sola. A pesar del amor que sentías por él me lo diste, un acto tan generoso y tierno que no olvidaré nunca, mi niña. Pero es tuyo, tú eres su dueña y te ha echado tanto de menos que no podía hacer otra cosa que devolvértelo.

Con los ojos llenos de lágrimas sollozó besando la cabecita de Hércules. —Gracias.

—No, gracias a ti, porque me has mostrado lo maravillosa que eres y por eso estoy aquí.

—Lady Kepler me puso en alerta, preocupada porque su sobrina tomara una mala decisión por pura venganza y yo hice lo que tenía que hacer, enterarme de lo que sucedía a su alrededor. — Dos hombres con trajes negros entraron en la sala. —Estos hombres me han informado de los movimientos de cada miembro relacionado con su casa, conde, y la casa del duque de Ravencord. —Miró a los duques fríamente. —Cada uno de sus movimientos y puedo asegurar que me sorprendieron todos ellos.

—Podemos explicarlo, majestad —dijo Carlton.

—Lo dudo mucho. —Miró a Dalbert. —Mis hombres iban a intervenir cuando secuestraron a lady Vivianna y a su doncella, pero se dieron cuenta de que todo era una teatralización para asustarlas.

—¿Secuestro? —preguntó Roger asombrado mirando a su sobrino—. ¿De qué está hablando?

—Jenkins, informe al conde de todo lo sucedido desde el principio —dijo la reina fríamente sin dejar de mirar a Dalbert.

El hombre en cuestión dio un paso al frente sacando una pequeña libretita. Empezó a dar cada uno de los datos, desde como los duques se reunían en el club para tramar sus planes, hasta como Cameron solo sabía lo que les interesaba para conseguir sus fines. Relató una investigación tan detallada que el conde de Pulford no salía de su asombro con sus tejemanejes. Pero cuando el investigador dijo que el duque de Ostenford había comprado a una curandera un tónico basado en una planta africana de la que ni supo pronunciar el nombre, al hombre tuvieron que agarrarle entre tres para evitar que se tirara encima de Dalbert. Cuando consiguió calmarse, miró a su hija que tenía los ojos como platos mirando al informante y Prudence preguntó directamente —¿Para qué quería ese tónico?

Jenkins la miró. —Su intención fue drogarla a usted, milady. Esa noche el duque cenó en su casa, quiero decir en la casa de su esposo y según mi informante, después de la cena usted cantó, bailó y subió las escaleras besándose con el duque que no era su marido, milady.

Prudence atónita volvió la cara hacia Carlton que carraspeó. —Intentaba... —Se pasó la mano por los ojos. —Lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Para una vez que te toco no me he enterado de nada?

Vivianne miró hacia ella. —Tuviste sueños.

Se puso como un tomate. —Es cierto, tuve sueños. Que al parecer no fueron sueños. —De repente rio como una loca haciendo que la reina parpadeara. —Y yo pensando que había perdido la cabeza. Uff, menudo alivio.

—No parece molesta, milady —dijo la reina atónita.

—¿Molesta? Le aseguro que esos sueños han sido lo mejor que me ha pasado desde que me casé.

—¡Hija! —dijo su padre escandalizado.

—Calla, padre, ¡espero un hijo del duque! —dijo loca de contenta—. Qué alegría, pensaba que me había encamado con cualquiera.

Carlton sonrió y ella se sonrojó de nuevo.

—A ver si lo entiendo —dijo la reina—. ¿No le molesta?

—Majestad, entiendo que la confunda, pero amo a ese hombre desde hace tres años, desde que le vi por primera vez en mi baile de presentación. He soportado innumerables propuestas de matrimonio cuando solo quería la suya, pero mi padre no quería ni verle y así pasó un año y otro sin que pudiera acercarse a mí con intenciones matrimoniales. ¿Sabe hasta qué punto llegó mi desesperación porque sabía que nunca conseguiría que me cortejara? Pero mi padre dijo que debía casarme y eligió al que ahora es mi marido. Carlton era su amigo, al menos podría verle, estar con él, escuchar su voz. ¿Cómo me va a molestar que haya

intentado estar conmigo? ¡Si lo estaba deseando! Si el duque ha hecho todo esto, si me ha dejado embarazada debe tener algún plan en mente para que acabemos juntos, ¿no?

La reina asintió y ella soltó una risita loca de contenta. —Pues me parece bien. De hecho, si me hubiera comunicado sus planes hubiera colaborado en todo, majestad. Al menos me hubiera enterado de algo. —Al darse cuenta de lo que había dicho se sonrojó con fuerza. —Quiero decir...

—He entendido perfectamente lo que quería decir, milady.

—Los sueños debieron ser muy agradables —dijo Vivianne por lo bajo.

—Ni te lo imaginas, los repetiría una y mil veces —dijo antes de soltar una risita.

La reina carraspeó y serias la miraron. —Es evidente que los duques han cometido varios actos que si no son delitos deberían serlo. Secuestro, drogar a una dama que aunque está encantada podía no ser así... ¡Y si no es delito, es indecente! ¿No podían haber hecho las cosas de otra manera? ¡Engaños, mentiras, rumores por todo Londres, incluso han salido en el periódico! ¿Y ahora cómo soluciono yo todo este galimatías? —Se adelantó mirando fijamente a Dalbert. —Dígame duque, ¿cómo lo soluciono? ¿Les meto en prisión?

A Vivianne se le pusieron los pelos de punta. —¿Prisión?

—Dios mío —dijo Elizabeth—. Marido di algo.

—No tiene nada que decir. Él no. —La reina siguió mirando a Dalbert. —Hable antes de que pierda la paciencia, duque.

—Soy el único responsable de lo ocurrido. Todo fue idea mía de principio a fin. Desde exponerme para evitar que Cameron se enfrentara a duelo, hasta el secuestro de ayer noche para que Vivianne volviera a confiar en mí. Si alguien tiene que ir a prisión ese soy yo, majestad.

—Está bien que lo reconozca. —La reina levantó la barbilla. —¿Y cómo pensaba restituir la reputación de lady Prudence si puede

saberse?

—De momento lo que sabe la gente es que está en estado, de quién aún es un misterio por dilucidar. Pensaba hacer que mi amigo confesara un encuentro fugaz con ella como se lo ha confesado a usted. Conseguiría la anulación de mi matrimonio y sería libre para casarme con Vivianne. Él por su parte cumpliría con su obligación.

—Obligando al conde a aceptarle como yerno.

—Así es, majestad.

—Brillante. Tiene una mente maquiavélica, duque. Con sus acciones ha provocado dolor, pero tenía un fin, ¿no es cierto?

—Le aseguro que ver sufrir a Vivianne es lo más duro que experimentaré en la vida, majestad. Hubo momentos en los que pensé en confesar, pero entonces todo ese dolor no hubiera tenido sentido, yo seguiría casado con una mujer que no amo y ninguno de los cuatro seríamos felices.

Victoria asintió. —Eso también demuestra su fortaleza, fortaleza que espero que pueda hacer que supere el trance que tiene por delante. Le condeno a un año de prisión en Newgate.

—¡No! —gritó Vivianne horrorizada mientras su madre se desmayaba de la impresión y el conde de Pulford sonreía satisfecho. —¡No puede hacer eso!

—¿Acaso me contradices? —preguntó la reina fríamente tuteándola, demostrando una proximidad con ella que no le había dado a los demás.

—Sé que ha hecho mal, ¿pero yo qué culpa tengo? —gritó muy asustada.

—¿No te das cuenta de que también lo hago por ti?

—¿Por mí? —preguntó asombrada.

—Durante este año pensarás si quieres compartir tu vida con este manipulador. Lady Prudence ya no tiene remedio, espera un hijo y ama a su duque por encima de todo, pero tú te resististe a amarle después de lo que hizo. Se lo reprochaste, huiste, quisiste

hacerle daño casándote con su mejor amigo. Viste lo que estaba mal porque te diste cuenta de la traición a la que te sometió. Por eso él va a pasar un año en prisión y tú serás libre para elegir durante ese periodo. Y te aconsejo que lo pienses bien, porque si decides estar a su lado el resto de tu vida, estas intrigas pueden continuar y la decepción de tener una amante será lo más nimio que te pueda pasar. —Miró a Dalbert fríamente. —No le arrebató su título por el respeto que le tenía a su padre y no le envió a juicio para que nada de lo ocurrido salga de esta sala, con la humillación que conllevaría a toda su familia como a los demás. Por eso todos dirán que el duque, debido a todo lo ocurrido, ha decidido irse al continente durante una larga temporada. Nadie de esta sala dirá otra cosa, es una orden.

—Gracias, majestad.

La reina miró a Prudence. —Por otro lado, le concedo la anulación desde este mismo instante y es libre para casarse con el duque o no, aunque es evidente cuál es su parecer. Se dirá que se amaban desde hace tiempo y que debido al rechazo de su esposo, por los motivos que todos sabemos que incluyen un matrimonio forzado, usted milady no pudo evitar la tentación de sentirse querida. No sé cómo se restituirá su reputación en este caso, seguramente quedará magullada, pero se casará con un duque y eso hace callar muchas bocas.

—Gracias, gracias —dijo Prudence loca de contenta.

Los ojos de Vivianne se llenaron de lágrimas mirando a Dalbert, que con la cara tallada en piedra miraba a la reina sin decir palabra.

—¿Dalbert? ¿Por qué no dices nada?

—¿Puedo despedirme, majestad?

—Sea breve.

Su majestad le hizo un gesto a su tía que se agachó a su lado para escuchar lo que tenía que decirle al oído, pero Vivianne no se dio cuenta porque se acercó a Dalbert para abrazarle con fuerza. —Eres un inconsciente... —Sollozó y él la abrazó con fuerza. —Dile algo, suplícale su perdón.

—No hay nada más que decir. —La besó en la sien. —Es lo justo, preciosa. Como dijiste fui un estúpido y podía haber hecho esto de muchas maneras, pero te juro que en cada paso que di parecía lo correcto. Solo intentaba... —Cerró los ojos. —Da igual. —La besó de nuevo en la sien y la apartó volviéndose hacia su tío que le abrazó. —Cuídala mucho.

—Lo haré, no te preocupes por nada, iré a visitarte y me aseguraré de que estés bien atendido.

La tía Elizabeth estaba siendo auxiliada por los dos hombres de negro y Dalbert se agachó a su lado para ver que abría los ojos. Esta sollozó y cogió su mano. —Estaré bien, tía. —La besó en la mejilla y se levantó mientras Elizabeth no dejaba de llorar. Dalbert abrazó a Carlton y le guiñó un ojo a Prudence antes de acercarse de nuevo a Vivianne que lloraba. —Como dijiste el fin no justifica los medios. —Acarició su mejilla. —¿Me escribirás? —Vivianne asintió haciendo que sonriera. —Esperaré esas cartas impaciente, preciosa. —Se acercó y besó suavemente sus labios. —Hasta dentro de un año.

—Saldrás directamente para la iglesia, milord.

Él sonrió. —Entonces desearé aún más que llegue ese día.

—No cambiaré de opinión. —Miró a la reina. —¿Me oye? ¡Puede que sepa que es un gañán insensible, pero es mío y le amaré hasta la muerte!

La reina puso los ojos en blanco antes de levantarse de su trono. —Si con este exabrupto piensas que le reduciré la condena estás muy equivocada. Un año, ni un día menos —dijo antes de irse.

Los hombres de negro se acercaron al duque y Dalbert le sonrió. —Al parecer tu intento de defensa no ha tenido el efecto deseado, preciosa —dijo mientras le cogían de los brazos. Le guiñó un ojo—. ¿Gañán insensible?

—Lo siento.

—Prométeme algo.

—Lo que sea.

—Piensa en lo que ha dicho la reina, preciosa. Piensa en si me seguirás amando. —dijo cortándole el aliento—. Puede que tenga razón y no seas para mí.

—Dalbert, ¿pero qué dices?

—No me entiendas mal, no es que dude de lo que siento por ti, preciosa, nada me gustaría más que ser tu marido, pero después de lo que me has dicho y lo que ha dicho la reina no sé si soy digno de tu amor, así que piénsatelo bien, ¿quieres? Ya me dirás en esas cartas lo que has decidido sobre nuestro futuro. —Tiraron de él y Dalbert no dejaba de mirarla a los ojos mientras ella sollozaba. —No llores más por mí, preciosa, no quiero recordarte así.

Vivianne forzó una sonrisa y él sonrió. —Eso está mejor. —Se volvió y le sacaron por la puerta que estaba a la derecha tras el trono.

Cerró los ojos negando con la cabeza y sus padres la abrazaron. —Saldrá de esta —dijo Roger—. Es muy fuerte y conseguirá sobrevivir en la cárcel.

Capítulo 10

Entró en casa totalmente destrozada con su perrito en brazos y fue hacia las escaleras con la mirada perdida. Elva salió del salón con Cameron y ambos la siguieron con la mirada. Los condes también destrozados entraron en la casa y el futuro conde preguntó —¿Qué diablos ha pasado? ¿Dónde está Dalbert? ¿No ha venido con vosotros? ¿Y cómo ha llegado Hércules hasta aquí? ¿No estaba en Venecia?

Roger dándole su sombrero a Luke dijo —Hablemos en privado, hijo. Órdenes de la reina.

Cameron miró a Elva antes de seguirle al despacho a toda prisa y la doncella corrió escaleras arriba para encontrarse a su amiga sentada ante la ventana mientras su perrito estaba tumbado a sus pies. Vivianne lloraba en silencio. —Dios mío, ¿qué ha ocurrido? ¿Te ha reprendido la reina?

Volvió la vista hacia ella. —Esto no puede salir de aquí, temo que si enfadamos a la reina la condena sea más severa para castigarnos.

—¿Condena? —Se sentó a su lado. —¿Qué condena?

Vivianne sollozó. —Ha condenado a Dalbert a un año de prisión por todas sus manipulaciones y las mentiras que contó.

Su doncella se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Se lo has dicho todo a la reina?

—No, jamás hubiera hecho eso, pero ella ya lo sabía todo.

—Dios mío, ¿cómo?

—La tía Roseanne le escribió desde Venecia y la puso sobre aviso. Había cosas que no le encajaban y decidió investigar a los duques. Les siguieron y seguramente a nosotras también. Presenciaron hasta el secuestro de ayer. Toda esta situación la ha enfurecido, ha anulado su matrimonio y Prudence podrá casarse con Carlton, pero ha condenado a prisión a Dalbert haciéndole responsable de todo.

—Pero él no tiene la culpa de los actos de su amigo, si inició todo esto fue para salvar a su primo.

—Podría haber hecho las cosas de otra manera. —Miró por la ventana. —Creo que lo que enfureció a la reina fue que drogaran a lady Prudence para embarazarla. —Hizo una mueca. —Aunque creo que el secuestro de ayer no ayudó tampoco.

—¿Hicieron eso?

Le contó lo que los hombres de la reina habían relatado y todo lo que había sucedido desde que habían entrado en el salón del trono. Bufó sintiéndose una estúpida. —No pude hacer nada por él.

—No hubiera cambiado de opinión.

—Un año. —Sollozó. —Hay gente que no sobrevive ni dos meses a Newgate.

—Los nobles son mejor tratados, he oído que tienen mejores celdas, parecidas a habitaciones.

—El año pasado murió allí un noble que había sido encarcelado por sus deudas y no sobrevivió ni dos meses por culpa del frío invierno.

—Tu padre le ayudará, sobornará a los carceleros y no le pasará eso, ya verás.

Sus ojos brillaron. —Sobornar a los carceleros...

—Por Dios, ¿qué estás pensando? ¿No querrás sacarle de allí? La reina os enviaría a la horca como la contradigáis.

Salió corriendo de la habitación y bajó los escalones como una exhalación. Cuando llegó al despacho de su padre, abrió la

puerta sobresaltando al conde que se tiró la copa de coñac sobre la pechera. —¡Ya sé lo que tengo que hacer!

—¿De qué hablas, hija?

—Voy a sobornar a los carceleros para que me dejen pasar la condena con él.

El conde dejó caer la copa de la impresión y su hermano se levantó de la silla más que espantado. —¿Acaso estás loca, hermana?

—Piénsalo padre, al principio la reina se escandalizará, pero luego querrá darme una lección dejándome a su lado.

El conde entrecerró los ojos. —Sí, probablemente se comporte así.

—Y ahí entrará la tía Roseanne.

—¿Tu tía? ¿Mi hermana? —preguntó incrédulo—. ¿La que nos ha metido en este lío por meticona?

—Exacto, me adora, ¿crees que no presionará a la reina para que nos suelte? Imagínate que muero en prisión, ¿cómo lo explicaría la reina?

—¡Pues ordenando que nadie diga nada, hija! Anda, vete a la habitación que todo esto te está afectando y no piensas con claridad.

—Padre tiene razón, imagínate que la reina se enfada contigo y te envía a la zona de mujeres.

Palideció mientras sus hermosos ojos se llenaban de lágrimas de la frustración. —Tengo que hacer algo, siento que en parte es culpa mía.

Su hermano dio un paso hacia ella. —Tú no tienes la culpa de nada, de absolutamente nada, así que deja de pensar en esas tonterías y sube a descansar.

Escucharon el timbre de la puerta y cuando Luke abrió escucharon decir —¡Dónde está mi sobrina!

Vivianne corrió hacia ella y Roseanne al ver su rostro lleno de lágrimas abrió los brazos. Vivianne la abrazó con fuerza. —Lo siento, cielo, no sabía todo lo que había ocurrido, solo trasladé mi temor a la reina y ella hizo el resto.

—Sé que no me perjudicarías a propósito.

Acarició su espalda y la cogió por los hombros para mirarla a la cara. —Bueno, bueno, menos lágrimas, ya sabes cómo debe comportarse una dama. —Le limpió las mejillas como si fuera su niña y sonrió. —He estado hablando con Victoria.

Sus ojos mostraron esperanza.

—No, niña, la condena sigue en pie, al menos de momento.

—¿De momento?

Roseanne miró a su alrededor. —Entremos en el salón.

Toda la familia fue hasta allí a toda prisa y fue su tía quien cerró las puertas. —Vamos, hermana, no nos tengas en ascuas, ¿qué ha dicho la reina?

—Hoy estaba de muy mal humor como ya sabéis y se lo he comentado, le he dicho que igual la sentencia ha sido demasiado severa y me ha contestado que lo pensará.

A Vivianne le dio un vuelco al corazón. —¿Se lo pensará?

—No la sentencia, niña, sino el tiempo que debe estar allí, puede que haya conseguido que se la reduzca un tiempo, pero su condena se mantiene de momento. —La miró directamente. —Así que si estabas pensando en hacer algo, y digo esto porque te conozco muy bien, olvídalo, podría cambiar de opinión.

—Rayos. —Se volvió furiosa. —¿Por qué tiene que pagar solo él? ¿Y Cameron? ¿Y Carlton?

—Él se autoinculpó, reconoció que todo había sido idea suya.

—No es justo —dijo Cameron—. Sin nuestra colaboración no hubiera podido hacer nada.

—¿Pero de qué estáis hablando? —preguntó Elizabeth espantada—. Acaso quieres que tu hermano vaya a prisión.

—Claro que no, madre. Pero no es justo que Dalbert pague por toda la culpa. —Suspiró desmoralizada. —Habrá que esperar,  no?

—Habrá que esperar a que d  a luz y ahí actuaremos —dijo su tía—. Quedan cuatro meses más o menos, no ha querido decirme la fecha exacta cuando le preguntó, pero no puede quedarle mucho más. En ese momento esta familia la agasajar  a regalos traídos de todo el mundo y después de un comportamiento intachable de todos durante ese tiempo, estoy segura de que claudicar .

Elizabeth asintió. —No hay momento más feliz en nuestra vida que cuando llega un hijo.

—Exacto. Ser  tanta su dicha que será benevolente, así que a esperar y nada de escándalos que puedan hacer que cambie de opinión.

La esperanza empezó a renacer en Vivianne. — Cuatro meses?

Rosanne asintió. —Estoy convencida de que funcionará.

Cerró la carta de Dalbert sorbiendo por la nariz y abrió su cajón para mostrar las otras que le había escrito en esos tres meses. Apenas decía nada, unos pocos párrafos diciéndole que estaba bien y los libros que había leído, mientras ella le escribía páginas y páginas de cosas que le sucedían en cada día para que no se perdiera nada de lo que ocurría en la familia.

Elva colgó uno de sus vestidos. — Qu  te dice?

—Nada, cada vez escribe menos.

—Para alguien tan activo como el duque, estar all  debe ser muy duro.

—Sí.

Su amiga la miró. —No desesperes, ya queda menos para que la reina de a luz a su segundo hijo. Tus padres ya tienen preparado

todo para enviárselo al palacio de Buckingham. Y si es niño, si al fin da a luz un varón, su dicha se multiplicará por mil.

—Adora a la princesa Victoria.

—Sí, pero un varón es un varón, ya lo sabes. Si ella es reina, es porque no quedaba nadie más para subir al trono porque todos los demás se habían ido al otro mundo. Dicen por ahí que si es varón lo llamará Eduard como su padre. —Elva se mordió el labio inferior y cogió las toallas para ir hacia la puerta.

Vivianne se dio cuenta de que estaba inquieta. —¿Ocurre algo, amiga?

Se sonrojó. —No, claro que no.

Se levantó de la silla mostrando su hermoso vestido azul claro de seda con puños de encaje. —Es que he tenido la sensación de que algo te preocupa.

—No, de verdad, estoy bien. Enseguida vuelvo. ¿Te traigo algún libro de la biblioteca?

—No, gracias, todavía tengo el de ayer sin terminar.

Su amiga forzó una sonrisa antes de salir. Teniendo la sensación de que le ocultaba algo, regresó a su escritorio y cogió la pluma para escribir a Dalbert.

15 de octubre de 1841, Londres

Mi amado Dalbert:

He leído tu carta y siento cada vez más ansias de verte, de poder oír tu voz...

—¿Pero qué estás diciendo?

Vivianne se volvió de golpe por la pregunta de su hermano al otro lado de la puerta.

—Shusss...

Escuchó que se alejaban y Vivianne intrigadísima dejó la pluma a toda prisa para ir hasta allí. Acercó la oreja, pero no escuchó nada, así que abrió lentamente para sacar la cabeza. Al no

ver a su hermano en el pasillo, salió y de puntillas fue hasta su habitación. Se arrimó a la puerta y puso la oreja. —Dios mío... —dijo su hermano como si estuviera desesperado.

—Lo siento, lo siento. —La voz de Elva le hizo separar los labios. —Necesito dinero.

—¿Dinero para qué?

—¿Para qué va a ser? Para quitármelo. No pienso tener un hijo bastardo. Una de las muchachas tiene una tía que realiza abortos, iré a verla y lo solucionaré. No se enterará nadie, te lo juro.

Vivianne se quedó en shock y se enderezó palideciendo. Abrió la puerta de golpe y su amiga la miró asustada. —Viv...

—¿Y no me lo dijiste?

Los ojos de Elva se llenaron de lágrimas. —No quería que te preocuparas.

—¿Cómo no voy a preocuparme?

—Esto no es asunto tuyo, hermana —dijo Cameron muy tenso.

Puede que tuviera razón, pero se trataba de su sobrino y algo tenía que decir. —¿Sabes lo que pasará si la reina se entera de esto?

—Lo sé muy bien —dijo tenso.

—¡Y no te importa! —gritó sobresaltándole.

—Por supuesto que me importa, pero debo reconocer que ni se me pasó por la cabeza, siempre he tomado medidas.

Miró incrédula a uno y luego al otro. —¿Medidas?

—Eres demasiado inocente como para que hable contigo de estos temas, hermana, vuelve a tu habitación.

—A mí no me hables ahora como el futuro conde —dijo furiosa—. ¡Esta vez vas a apechugar con las consecuencias!

—Te aseguro que si hablas de matrimonio, desde que regresasteis de Venecia ya se lo he pedido diez veces, pero siempre me rechaza.

Asombrada miró a Elva que roja como un tomate ni sabía qué decir —¿Es eso cierto?

—Soy una doncella, no quiero avergonzar a la familia.

—¡Pues ahora sí que se va a avergonzar, porque la gente sabe contar y entre la clase alta hay personas que solo se dedican a eso!

—Lo arreglaré, si me dais dinero lo arreglaré.

—No pienso dejar que mates a mi hijo —dijo Cameron entre dientes—. ¡Nos casaremos!

—¡No podemos hacer eso! ¡Será una vergüenza para la familia!

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó el conde entrando en la habitación. Miró directamente a su hijo—. ¿Por qué discutís?

Cameron apretó los labios. —Padre, no voy a dejar mis responsabilidades a un lado, esta vez no.

—Me parece muy bien, hijo, eso es lo que significa madurar.

—Espera padre, que no ha terminado —dijo Vivianne sabiendo que en ese momento iban a desatarse las siete plagas.

Cameron cogió la mano de Elva sorprendiendo a su padre. —La mujer que amo espera un hijo y voy a casarme con ella. —Su amiga se echó a llorar y Cameron la abrazó. —No pasa nada, todo se arreglará.

El conde aún estaba en shock y con los ojos como platos miró a su hija, que forzó una sonrisa. —Se aman.

—¡Eso ya lo veo!

—¿Entonces?

—Necesito una copa —dijo saliendo de allí tan aprisa que fue un visto y no visto.

Vivianne corrió tras él—. Como se entere la reina...

—¡Hija, dame un segundo para digerirlo!

—¡No tenemos un segundo! El chivato de la reina se lo dirá antes de que nos demos cuenta, necesitamos soluciones.

Su tía sentada en el salón, con Hércules sobre el regazo preguntó —¿Qué ocurre?

—¡Un desastre monumental, eso ocurre! —El conde con la mano temblorosa se sirvió una copa de coñac casi por la mitad y se la bebió de golpe.

Vivianne se apretó las manos. —Tienen que casarse, padre. Elva es como una hija más.

—Una hija más que no tiene linaje. —Se sentó y se pasó las manos por el cabello. —Por esto tendría que desheredarle.

—¿Qué ocurre? —volvió a preguntar su tía.

Ella cerró la puerta a toda prisa. —Cameron ha dejado en estado a mi doncella.

—Dios mío, ¿es que esta casa nunca tiene descanso? ¡Es un escándalo, hermano!

—Eso ya lo sé —dijo entre dientes—. ¿Pero qué hago? ¿Echo a Elva de casa como hacen en otras casas nobles con las sirvientas que están en este trance? No puedo hacerle eso a Elva, es como de la familia, hermana.

—Cómo se entere la reina, con lo recta que es para estas cosas... —dijo Roseanne horrorizada—. Muy bien, la adoptaré.

La miraron como si le hubieran salido cuernos. —¿Qué has dicho, tía?

—Es la única solución. La adopto con mi apellido y así podrán casarse porque será heredera de una noble.

Los ojos de Vivianne brillaron. —Sería una solución.

—Sería un escándalo igualmente —dijo su padre—. En cuanto naciera el niño todos sabrían por qué tu tía lo ha hecho. ¿O va a nacer dentro de nueve meses y lo concibieron ayer mismo? Además, la adopción llevaría tiempo, tiempo que no tenemos.

—Eso dará igual, solo tenemos que aguantar hasta que la reina de a luz y Dalbert pueda salir de la cárcel.

El conde entrecerró los ojos. —Después de esto tendremos que irnos de Inglaterra, ninguna familia decente nos aceptará en su casa.

Eso era cierto, después de los escándalos derivados del matrimonio de Dalbert ya lo tenían difícil, pero la nobleza no perdonaba fácilmente la mezcla de sangre. ¿Un noble y una plebeya? Pocas veces se toleraba y si eso sucedía era porque el noble en cuestión era muy poderoso. Ella entrecerró los ojos mirando a su tía que levantó una ceja. —¿Qué, niña? ¿Qué estás pensando?

—¿Quién es la persona más importante de Inglaterra?

—Pues la reina.

—¿Y después?

Ella lo pensó seriamente. —Pues no sé qué decirte... Aparte del príncipe Alberto, que supongo que tampoco te interesa... —Sus ojos brillaron. —Por supuesto, el conde de Crinslock, su padre fue asesor del rey y se ha criado en la corte, además es un miembro del parlamento muy respetado y es rico como el rey Midas.

Su padre separó los labios de la impresión. —Niña, ¿qué se te está ocurriendo? Mira que ya tenemos bastantes líos y al conde no le chista nadie. Además, acaba de enviudar de su segunda esposa y no es que esté de muy buen humor para intrigas.

Se mordió el labio inferior. —Estaba pensando que si tenemos su visto bueno, que si le agradamos, la gente no nos daría la espalda.

El conde y su hermana se miraron. —Eso podría funcionar, a ese hombre nadie le daría la espalda. No tendrían valor. Si la buena sociedad sabe que estamos bajo su ala, tolerarían todo lo que ha sucedido. ¿Qué digo todo lo que ha sucedido? Si estuviera de nuestro lado hasta podríamos cometer un asesinato en el centro de la pista de baile de su mansión, que todos harían la vista gorda.

A Vivianne se le cortó el aliento. —¿Tanto poder tiene?

—Ni te lo imaginas. Además, su padre le enseñó bien a conservar los secretos de palacio y dicen que sabe algo de todo el mundo. Es la persona ideal para que nos ayude. Pero, ¿por qué querría hacerlo?

Vivianne dejó caer los hombros desmoralizada. —Tienes razón, ¿por qué querría?

Todos se quedaron en silencio y lady Rosanne miró de reojo a su hermano que entrecerró los ojos. Rosanne le señaló su anillo de boda y su hermano la miró espantado.

—¿No lo dirás en serio? —Roger se levantó. —Ni se te ocurra pensarlo.

—Sabes que sería la solución ideal.

—¿De qué habláis?

—De nada, hija, tonterías de tu tía.

—Él no la merece, lo sabes. Puede que le quieras mucho, pero la reina tiene razón, todo lo que hizo fue demencial y faltó al compromiso que tenía con ella.

—¡Actuó por amor a Cameron, que es como su hermano!

—¿Habláis de Dalbert?

Rosanne la miró fijamente. —Mira, no quería hablar de esto después de todo lo que dijiste ante la reina sobre que amarías al duque hasta la muerte y todo eso, pero lo que ha hecho Dalbert es inconcebible, niña.

Vivianne palideció. —Me da igual lo que pienses.

—¡Estás empeñándote en algo que es imposible! ¡Él no te ama!

—No digas eso, es mentira.

—Puede que te quiera como a una hermana, pero sus acciones han hablado por él.

—No compartió lecho con Prudence, pensaba deshacerse de ella.

—¡Le dio igual todo con tal de salvar a Cameron y eso significa su falta de principios! ¡Si no aceptó a lady Prudence, fue porque sabía que lord Calrton no se lo perdonaría, todo fue un engaño desde el principio, Vivianne, y jamás pensó en ti!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Dalbert me ama.

—¡Por qué todo el mundo puede ver lo que tú no! —Se levantó. —Fuiste la última en la que pensó a la hora de trazar su plan, ¿no te das cuenta? ¡A la única persona que sí debía cuidar, la dejó a un lado para cubrir a sus amigos! ¡Y luego tiene la desfachatez de hacer que su amigo te cortejara dejándote en ridículo ante toda la ciudad!

—Porque me ama y no quería que estuviera con ningún otro.

—Roger habla tú con ella, que me pone de los nervios con su cabezonería.

Asombrada miró a su padre. —¿Qué tienes que decirme tú que cubriste sus actos?

—Sé que no soy el más indicado para hablar, pero es cierto que Dalbert nos manipuló a todos para conseguir sus objetivos.

—¡Objetivos de los que él no era beneficiario en nada! ¡Es más, está cumpliendo condena para que otros fueran felices!

—¿Ahora es un mártir? —preguntó su tía.

—¡Sí! ¡Es un mártir, porque se sacrificó para que todos, incluida tú, no fuéramos al funeral de Cameron! ¡Y para que padre siguiera teniendo un heredero! ¿En qué se benefició Dalbert si puede saberse?

Roger apartó la vista y a Vivianne le dio un vuelco al corazón. —¿Padre?

—En el contrato matrimonial con Prudence, Dalbert conseguía... —Miró de reojo a su hermana que le animó con la cabeza. —Conseguía una gran dote para pagar sus deudas. Dote que yo nunca hubiera podido darle.

Sintió que el mundo temblaba bajo sus pies. —¿Dote?

—Más de doscientas mil libras y tierras muy fructíferas, hija.

Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. —¿De cuánto consta mi dote, padre?

—De veinte mil libras que te dejó tu abuelo y cincuenta mil que aportaba yo. Una gran dote, pero nada que ver con la de Prudence. Después de la condena de la reina he pensado mucho en ello, incluso he contratado a un abogado para que me asesore, la dote de Prudence no tiene por qué devolverse en caso de anulación y más si es por causa de la novia, como todos piensan. Dalbert se quedará con todo y es evidente que su suegro no le llevará a juicio después de todo lo sucedido. Todo esto le ha hecho rico, cielo. Muy rico.

Se tambaleó haciendo gritar a su tía, pero consiguió apoyarse en el respaldo del sillón que tenía delante. —Todo esto le ha hecho rico.

—Sí, cielo.

—Por Dios, siéntate —dijo su tía preocupada—. Pareces a punto de derrumbarte. —La cogió por el brazo y la ayudó a sentarse.

—¿De qué deudas estás hablando, padre?

Roger suspiró. —De más de diez mil libras en deudas de juego. Sus arcas estaban vacías, hija. Estaba arruinado completamente. Jamás me pidió dinero, pero sé de buena tinta que su amigo Carlton sí que le ayudó financieramente. Ha dilapidado la herencia de su padre y para más inri no ha administrado bien sus fincas.

Separó los labios de la impresión. —Tú siempre dices...

—No hay que dejar los negocios en otra persona y menos ciegamente. Se lo dije mil veces, pero Dalbert heredó muy joven y estaba más preocupado en pasarlo bien que en ocuparse de sus asuntos. Intenté ayudarle, guiarle, pero hace unos dos años me di por vencido porque no me hacía caso. Ese asunto me preocupó hasta tal punto que hablé con tu madre sobre romper el compromiso.

—¿De veras?

—Cielo, teníamos que buscar un futuro prometedor para ti y sabíamos que Dalbert ya no te lo daría. Podría haberse hecho muy rico, pero se despreocupó de ello totalmente hasta llevarlo todo a la ruina. De hecho, hasta hablé con él de esto, porque tu madre estaba totalmente de acuerdo conmigo.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—Que no me preocupara, que todo saldría bien. Que lo solucionaría antes de que me diera cuenta.

—¿Y por qué no rompisteis el compromiso?

—Porque sabíamos que tú le amabas, cielo. Después ocurrió lo de Cameron y debo confesar que la ruptura del compromiso para mí fue un alivio.

—Por eso no le diste importancia. No era que no te preocuparan mis sentimientos, es que estabas preocupado a donde podía llevarme ese matrimonio.

—La reina no lo dijo tan directamente, pero te advirtió de ello, ¿recuerdas?

Rota de dolor porque la había vendido por una dote miró a su tía. —¿Cuándo te enteraste de esto?

—Al llegar a Londres, la reina me dijo lo de las deudas, esa fue la razón por la que se puso a investigar cuando le escribí preocupada por ti. Que su mejor amigo te hubiera seguido hasta Venecia le dio muy mala espina y más aún cuando él le había cubierto en varias de sus correrías por Londres. —Rosanne se agachó a su lado. —Victoria solo quiere protegerte, porque sabe que eres la que más ha sufrido con esto.

Sollozó tapándose la boca con la mano.

—No, hija, te lo suplico... Te volverás a poner enferma y no podremos soportarlo —dijo su padre preocupado—. No te lo he dicho para que sufras, por favor no llores.

—Nunca me ha amado, ¿verdad? Demostró ante la reina interés en mí para justificar que todo lo que hizo después de ayudar a Cameron había sido por amor a mí, pero en realidad solo lo hizo

para justificar sus acciones y que nadie se diera cuenta de lo de la dote.

Roger apretó los labios. —Siento decirlo porque le quiero como a un hijo, pero creo que es así.

Pensó en ello sintiendo un dolor en su pecho que no la dejaba respirar. —¿Qué voy a hacer ahora?

—Has sido tú quien ha tenido la idea, cielo —dijo su tía—. El conde es la mejor solución, lo que necesita esta familia para superar cualquier escándalo pasado y futuro.

Sorbió por la nariz. —¿Qué pretendes, tía?

—Acaba de enviudar de su segunda esposa y ninguna le ha dado hijos... No las amaba, todo el mundo lo sabe, la primera vez solo se casó por la presión de su madre y porque tenía que darle hijos al condado. Ahora ya no hay madre, pero aún necesita ese hijo. Y aún es joven y lo suficientemente apuesto como para provocar suspiros. Piénsalo bien, tú puedes ser la condesa que necesita en su vida. Tú puedes darle el hijo que anhela, pero lo más importante tú puedes darle el amor que no sabe que necesita.

Negó con la cabeza. —No me hables de amor. —Se llevó la mano temblorosa a la frente. —Necesito acostarme.

—Claro que sí, hija. —Su padre se acercó y la cogió en brazos. Ella iba a protestar y el conde sonrió. —Dame el gusto, hace mucho que no te cojo en brazos.

Sollozó abrazándole por el cuello y Roger intentó reprimir las lágrimas por el sufrimiento de su hija. —Perdóname padre, he pensado lo peor de ti, creí que no te importaba.

—Eres lo que más me importa de este maldito mundo, hija. Tu hermano y tú sois lo que más me importáis en esta vida.

Elva preocupada se acercó a toda prisa para abrirle la puerta. El conde se detuvo y miró su uniforme de doncella. —A partir de ahora vestirás como una dama y no volverás a servir a milady, ¿me he explicado con claridad?

Palideció. —¿Estoy despedida?

—No digas tonterías, niña, vas a ser mi nuera.

Su amiga puso los ojos en blanco y cayó sobre el suelo de parquet haciendo un estruendo horrible. Cameron salió de su habitación y al ver a su novia en el suelo corrió hacia ella. —¡Un médico!

Vivianne suspiró. —Sí, que venga un médico, lo necesito.

Capítulo 11

Stephen suspiró sentándose a su lado. —Menudo lío en el que estás metida. Esta familia no gana para sobresaltos.

—Y que lo digas.

La miró fijamente. —¿Y qué piensas hacer? Puede que quiera casarse contigo, pero todo lo que hizo...

—Lo sé, es abyecto, imperdonable, me repugna solo pensarlo.

Stephen se apretó las manos. —¿Por qué me lo has contado?
—La miró a los ojos. —¿Por qué a mí?

—Somos amigos.

—Cierto, pero esto es muy gordo para contárselo a cualquiera.

—Tú no eres cualquiera, eres un amigo, además sabes tanto de esta familia que da igual un secreto más.

Stephen sonrió. —Así que quieren que seduzcas al conde de Crinslock, pues no es mal partido.

—¿Le conoces?

—Sí, una vez le traté un corte en una mejilla por un duelo. Es letal con la espada y con la pistola ya no digamos.

—Todos hablan maravillas de él.

—Porque es un hombre de palabra.

Se le cortó el aliento porque eso captó su interés. —¿Lo es?

—¿Quieres saber si él te hubiera hecho lo mismo?

Asintió.

—Jamás. Su palabra es ley, lo sabe todo el mundo.

Suspiró y se miró las manos sintiendo un nudo en la garganta. —¿Me he empeñado en algo que no tenía sentido?

—No, Vivianne, le quieres, ¿cómo no vas a quererle? Pero eso no significa que Dalbert merezca tu amor.

—Podría haberlo dejado estar, podría haber esperado la anulación y no volver a intentar que le amara de nuevo...

Stephen se la quedó mirando.

—¿Qué?

—¿No te das cuenta? Me lo dijo cuando te curé la pierna, eres suya.

Se le cortó el aliento. —¿Dijo eso?

—Te considera suya. Si te ha dicho que mientras esté en prisión te lo pienses, es solo para quedar bien. Para él eres suya, siempre lo has sido, todo lo demás es un teatrillo. Está convencido de que cuando salga, estarás esperándole ansiosa. Por Dios, si tú misma se lo dijiste ante la reina, cuando salgas de prisión directo a la iglesia. Solo te dijo que te lo pensaras para quedar bien, para que lo que le reprochaste ante la sala del trono no pudieras reprochárselo de nuevo cuando os casarais, al fin y al cabo, él mismo te dijo que te lo pensaras. Además, si quería que te lo pensaras, ¿por qué tantas cartas mientras está en prisión? Lo justo sería que os vierais al salir, pero no, quiere seguir sabiendo lo que piensas a cada minuto sobre vuestra relación, por eso quiere que le escribas.

Pensando en ello recordó sus cartas que apenas decían nada, pero siempre le animaba a que ella lo contara todo. Creía que lo hacía porque él no podía vivir esas situaciones, pero lo que decía Stephen tenía todo el sentido.

—Voy a ir a verle a prisión.

Stephen se tensó. —Estás cometiendo un error, dirá que las circunstancias hicieron que las cosas salieran así.

—Quiero decirle a la cara que sé lo de la dote y que esto se acaba aquí por mucho que me duela.

—No se lo creerá, intentará abrazarte, besarte puede que hasta llegara a comprometerte, todo para que sigas siendo suya. — Preocupado dijo —Por favor, piénsatelo. Esta es la mayor decisión que tomarás nunca.

Se bajó del carruaje con su padre y cogió su brazo para entrar en la prisión. En la puerta les esperaban dos funcionarios vestidos con trajes negros y les siguieron por una entrada con el suelo de piedra hasta pasar una puerta doble tan enorme como la de un castillo medieval. Esa puerta se abrió a un patio y Vivianne al ver una rata cruzar ante ellos se estremeció de arriba abajo. Su padre apretó su mano y al llegar al otro lado uno de los hombres sacó una llave y abrió una puerta de hierro. Subieron unas empinadas escaleras y al llegar arriba el hombre abrió otra puerta. —Cinco minutos, milady —dijo el carcelero muy serio.

—Gracias —susurró viendo a Dalbert mirándola sorprendido. Estaba de pie ante su cama, tenía la barba muy larga y su cabello necesitaba un corte, pero por lo demás su ropa estaba limpia al igual que la habitación. Sorprendida dio un paso hacia él viendo libros y hasta un escritorio con todo lo que pudiera necesitar. —¿Esta es tu celda? —preguntó viendo que tenía varias hojas en las manos que estaban escritas por su puño y letra—. ¿Qué es eso?

—¿Qué haces aquí? —preguntó aún sin salir de su sorpresa.

—Venir a verte, ¿no te alegras?

Se acercó a ella y la abrazó con fuerza. —Claro que me alegro, preciosa. —Se apartó para mirar su rostro. —¿Has llorado?

—¿A quién escribes?

La miró sin comprender. —¿Qué quieres decir?

Ella le arrebató las hojas de las manos y empezó a leer a toda prisa. Sin esperárselo levantó la vista hacia él. —¿Es una carta para Carlton?

—Sí, está en el campo, ha ido allí con su esposa hasta el alumbramiento.

—¡Eso ya lo sé! —dijo furiosa—. ¡Prudence ha sido muy amable al informarme de lo felices que son!

Dalbert la miró sin comprender. —Preciosa, ¿por qué te pones así?

Entonces al fin lo comprendió, al fin su corazón se dio cuenta de que él no la amaba, no lo había hecho nunca, era alguien que estaba ahí, la prima con la que se casaría porque era lo que se esperaba de él. Su corazón se estremeció porque fue en ese momento cuando comprendió que eran de dos mundos distintos y lo demostraban sus cartas, Dalbert no sabía que contarle cuando a su amigo le había escrito tres páginas enteras. Al fin se había quitado la venda de los ojos y comprendió que ese hombre no era para ella. Sonrió con tristeza con los ojos llenos de lágrimas de la decepción. —Lo siento, no es culpa tuya, me acabo de dar cuenta de que es culpa mía por desear que me amaras por encima de todo.

—¿Pero qué dices? —Miró a su tío. —¿Por qué la has traído?

—Cualquier otro novio estaría encantado de ver a la mujer que ama, hijo.

—¿Te extraña que no quiera que me vea aquí?

—He venido... —Él se volvió hacia Vivianne. —Para decirte que no me casaré contigo.

Dalbert se tensó. —¿Qué has dicho?

—Me he dado cuenta de muchas cosas, pero sobre todo me he dado cuenta de que no me amas ni me amarás nunca. —Apretó los labios. —Es más, si ahora llegaras a amarme mi respuesta seguiría siendo no.

—Hace unos meses estabas dispuesta a perdonarme...

—Hace unos meses me dejé llevar por el amor que siempre sentí por ti y al verte en peligro, al ver que te metían en prisión mi instinto quiso protegerte, pero es evidente que tú no necesitas que te protejan, ¿no es cierto?

—Preciosa, no sé qué ocurre, pero...

—¿Qué ocurre? —Señaló las cartas. —A mí cinco líneas, eso ocurre.

—¡Joder, escribo a Carlton una vez al mes, a ti cada maldito día!

—Cada maldito día... Pues ya no hace falta que me escribas más. —Se volvió y Dalbert la cogió del brazo deteniéndola. Se miraron a los ojos. —Suéltame.

—¿Qué ha pasado para que me rechaces? —preguntó fríamente—. ¡Qué ha pasado para que te hayas vuelto atrás!

Era evidente que tenía que ser más dura con él. —Me he dado cuenta de que mi dote no es suficiente para ti. Al ritmo que adquieres deudas, mi dinero y el de Prudence no te duraría mucho y yo quiero estabilidad para mis hijos.

Él separó los labios de la impresión. —Te has enterado.

—Espero que disfrutes mucho de esas libras —dijo entre dientes antes de soltar el brazo de malos modos—. Y no vuelvas a tocarme.

Dalbert se enderezó y sonrió con tristeza yendo hasta el escritorio para tirar las hojas encima. —Me lo merezco.

Ella se mantuvo en silencio.

—Pero si lo hice fue precisamente por ti.

Que dijera eso le repugnó tanto que le miró como si no le conociera. —¡Quería una vida mejor para ti!

—Me das asco —dijo yendo hacia la puerta.

—¡Quería darte la vida que te mereces! ¡Cuando murieron mis padres perdí la cabeza y solo cuando estuve a punto de que me lo quitaran todo, me di cuenta de lo que había hecho! —Ella salió de la celda sin querer escuchar más. Empezó a bajar la escalera. — ¡Vivianne no te vayas así!

Roger miró con desprecio a su sobrino. —No puedo creer que hayas caído tan bajo como para llegar a echarle la culpa a ella de tus

acciones. No quiero que vuelvas por casa —dijo antes de salir cerrando de un portazo.

—¡Tío! ¡Salvé la vida de tu hijo! —gritó con furia.

El conde siguió bajando y cuando se encontró con su hija la cogió del brazo para sacarla de allí a toda prisa. —¿Quién era ese hombre? —preguntó horrorizada.

—No lo sé, hija, pero ya ha salido de tu vida.

Su tía firmó los papeles y sonrió a Elva, que preciosa con un vestido verde agua se apretaba las manos muy nerviosa a su lado. —Pues ya eres mi hija. —Rosanne se levantó y la abrazó. —Bienvenida a la familia.

—No sé cómo agradecerle... —Se echó a llorar y Cameron se acercó para abrazarla.

—¿Qué ocurre?

—Siente que en parte traiciona a su difunta madre al hacer esto.

—Niña, estaría orgullosa porque estás luchando por lo que amas.

Elva se pasó el pañuelo por la nariz y asintió. —Tiene razón, milady. Ella era una luchadora.

—Como lo eres tú, y a partir de ahora llámame madre.

—Como diga madre.

Vivianne miraba por la ventana y vio pasar a dos damas que señalaron la casa y rieron. Apretó las mandíbulas con rabia por ese gesto. Eran el hazmerreír de la ciudad. Todo el mundo se había enterado del embarazo de Elva y sabían que era hijo del futuro conde. Eso por no decir que la reina ya había tenido a su hijo, pero no había disminuido la pena de Dalbert ni un solo día a pesar de los regalos y tenía la sensación de que su tía tenía algo que ver en el

asunto, porque cuando se enteró de la noticia sonrió con satisfacción demostrando que era la que más carácter tenía de la familia.

Una niñera pasó con un cochecito de bebé y entonces se dio cuenta de algo, su sobrino no podría llevar la cabeza alta cuando fuera a Eton. Si tuvieran una niña en el futuro no podría presentarse en sociedad, no pedirían su mano al considerarla poco más que una bastarda y que alguien pudiera pensar eso de ellos le revolvió las tripas y la encolerizó sobremanera. Se volvió moviendo de golpe sus faldas y levantó la barbilla. —¿Tía?

—¿Sí, cielo? Estamos decidiendo si celebramos la boda mañana y... —Al volverse vio la decisión de sus ojos verdes. —Veo que ya lo has decidido.

—¿Dónde puedo encontrarle?

Rosanne sonrió. —Eso déjalo de mi mano, querida. Conocerás a tu conde, tengo el presentimiento de que sois perfectos el uno para el otro.

Muy nerviosa se apretó las manos mirando por la ventanilla. Hacía un frío atroz, los ladrillos calientes que tenían a los pies hacía tiempo que habían dejado de calentar y el cochero de su tía se había olvidado las mantas. —Deberíamos volver a casa —dijo al ver que su tía tenía la nariz sonrojada.

—Tonterías, puedo con esto y mucho más. —Miró por la ventanilla. —Tiene que estar a punto de salir, prepárate.

—Llevas diciendo eso dos horas. El cochero debe estar congelado sobre el pescante.

—¡Ahí, ahí está!

Vivianne volvió su rostro para ver bajar los escalones del club a un hombre tan atractivo que separó los labios de la impresión. Debía tener treinta años y su cabello negro estaba impecablemente cortado. No llevaba bigote o barba como muchos hombres y viendo como caminaba calle abajo se fijó en el traje gris que llevaba. Sin

saber por qué se preguntó de qué color tendría los ojos. —¡Venga, lo vas a perder!

—Oh... —Abrió la portezuela y a punto estuvo de que se la llevara por delante otro carruaje. Lo esquivó por un pelo y pasó corriendo al otro lado de la calle, caminando por la acera en dirección a ese hombre. Viéndole caminar hizo una mueca de apreciación porque menuda planta tenía, de hecho, su corazón ya acelerado por los nervios se puso a mil siguiéndole de cerca. Cuando llegó a ella el olor de su colonia gimió de gusto, impresionada pensó que era un olor muy masculino. Algo confusa giró tras él en la calle pensando que no era normal que sintiera esas cosas por alguien que no conocía. ¿Es que sus sentimientos por Dalbert no eran sinceros? Vivianne, no digas tonterías, sentiste todo eso por él. Pensó en ello intentando analizarlo cuando el conde se detuvo en seco y ella se chocó con él cayendo al suelo.

Él la miró tirada en el suelo y levantó una ceja. —¿No ve bien, milady?

Se puso como un tomate porque tenía los ojos grises más impresionantes que vería nunca. —Lo siento.

Como si fuera una molestia alargó la mano para coger la suya. —Tenga cuidado, si va tan despistada puede atropellarla un coche de caballos.

—Gracias, milord. —Se miró el vestido. —Oh, qué desastre.

Él asintió. —Y que lo diga. —Miró a su alrededor. —¿Y su carabina o sirvienta?

—Iba a reunirme con mi tía al final de la calle. —Estiró el cuello como si la buscara. —Pero no veo su carruaje. —Dio un paso e hizo un gesto de dolor.

La cogió por el brazo. —¿Se encuentra bien?

—He debido hacerme daño en el tobillo, pero no es nada, no se preocupe.

—¿Cómo voy a dejarla así? La llevaré con su tía.

—Es muy amable...

Cogida a su brazo dio un pasito cojeando y él gruñó. —Milady, tengo algo de prisa, ¿me permite?

Le miró sin comprender. —¿Si le permito qué?

Él la cogió en brazos dejándola sin aliento y pasmada vio que iba calle abajo tan rápido como podía. —Es usted muy fuerte —dijo sin aliento.

—Ya, ya...

—¿Se lo dicen mucho? —preguntó sorprendida.

—Tengo dos torceduras de tobillo a la semana, así que estoy más que acostumbrado a ayudar a damiselas en apuros.

Jadeó. —¿Qué insinúa? ¿Que estoy fingiendo?

—Se cayó de culo, milady, su tobillo no ha sido afectado en absoluto.

—Pues me duele —dijo entre dientes. Señaló el carruaje de su tía—. Ese es.

—Perfecto.

Su tía sacó la cabeza por la ventanilla sonriendo de oreja a oreja. —Pero mira a quien tenemos aquí. Conde, le hacía en el campo.

Se detuvo en seco. —La baronesa de Wolborn, la hacía en Venecia.

—He venido a ver a mi sobrina. —Sonrió aún más. —Y ya se conocen. Cielo, no me lo habías dicho.

—No, tía, no le conozco de nada —dijo entre dientes roja como un tomate porque estaba haciendo un ridículo espantoso—. Ni ganas que tengo.

El conde la miró. —Eso podía ser creíble hace una hora. Baronesa, ¿podría abrir la puerta para que su lesionada sobrina se suba? —preguntó con sorna.

Se revolvió entre sus brazos. —Suélteme.

La puso de pie al lado del carruaje y ella subió el escalón por sí misma. —Vaya, un milagro, ¿ya no le duele, milady?

—¡En lugar de reírse de posibles pretendientas, debería apiadarse de ellas porque es evidente que están ciegas y son tontas!
—Dio un golpe al techo y el cochero empezó a andar dejando al conde con la palabra en la boca.

Su tía parpadeó. —¿Se puede saber por qué le has dicho eso?

—Me ha pillado, tía. —Gruñó mirando por la ventanilla. —Lo de la torcedura de tobillo debe ser algo que está de moda.

—Ya estaba de moda en mi época, ¿cómo crees que pillé a mi marido?

—Pues necesitamos trucos más modernos para cazar marido.

Su tía sonrió como la gata que se comió al ratón. —¿Qué te parece?

Miró a su tía y dijo sinceramente —No podías haber elegido mejor.

Su padre se metió el dedo entre el pañuelo y su cuello como si se estuviera ahogando. —Hija, qué fácil lo tuve con la pedida de mano de tu primo.

—Padre, no me recuerdes a Dalbert que no es el momento —dijo tirando de su otro brazo, incomprensiblemente estaba deseando encontrarse de nuevo con su conde—. Date prisa, se nos va a escapar.

—La gente nos mira.

—Claro que nos mira, apenas hemos salido después de tanto escándalo.

—Qué rápido camina.

—Padre a partir de ahora caminarás más, estás algo bajo de forma.

—¿Yo? Estoy hecho un chaval.

—Que cruza, que cruza...

—Se va a dar cuenta.

—Claro que no, la calle está llena de gente.

Una dama pasó a su lado y le escupió a la cara. Atónita se detuvo en seco volviéndose para mirarla. —Sois una vergüenza para los nuestros —dijo con rabia.

Vivianne lo vio todo rojo. —¿Qué ha dicho? —Dio un paso hacia ella limpiándose la cara. —Repítalo si puede.

—¡Escoria!

Vivianne gritó tirándose sobre la mujer que chilló cayendo al suelo y le empezó a dar manotazos para quitársela de encima. Viv le arreó un tortazo tirando de su sombrero y arrancándole la peluca que llevaba, mostrando los cuatro pelos que le quedaban a la mujer. Su padre intentó agarrarla, pero le fue imposible porque la mujer le pegó un par de patadas que le tiraron al suelo y Vivianne fuera de sí gritó que repitiera eso de que era escoria. Alguien la cogió por la cintura apartándola con sombrero y todo. —Vuelve a decirlo, vuelve a escupirme y a decir que soy escoria, izorra! Padre, suéltame que... —Le miró y se quedó sin aliento al ver esos ojos grises que le provocaron un vuelco al corazón. —Oh, eres tú.

Él chasqueó la lengua. —Ese sombrero no es tuyo, déjalo.

Miró el sombrero que tenía en la mano y al ver que era el pelo de la mujer chilló soltándolo. La mujer estaba siendo recogida por dos caballeros y mirándola con odio dijo —Esto lo vas a pagar, furcia.

—Uy, lo que me ha llamado.... ¡Suéltame conde, que le voy a dar su merecido!

—¡Basta ya! —gritó el conde haciendo que la mujer le mirara pálida—. Condesa discúlpese ahora mismo.

—¿Que me disculpe yo?

—¡Sí, ya que parece ser que los insultos empezaron por su parte! ¡Discúlpese ahora mismo sino quiere que vaya a hablar con su marido!

Pálida la miró a ella. —Lady Merfield siento lo ocurrido.

Impresionada por el poder que tenía ese hombre ni supo qué contestar porque no se lo esperaba.

—Para reparar el daño debería comprarle a milady otro vestido —dijo el conde muy serio—. Espero que vaya a la mejor modista de la ciudad para pagar la factura.

—Lo haré con gusto. —Cogió el sombrero que le tendían y se volvió muy tiesa caminando con una evidente cojera hacia el final de la calle.

—¿Ahora puedo soltarte? —preguntó él con ironía.

Carraspeó. —Si me haces el favor...

La dejó en el suelo y se volvió. El conde miró a su padre. —¿Se encuentra bien?

—Jamás he pasado tanta vergüenza en la vida —dijo azorado.

—Usted no tiene que avergonzarse de nada, conde. —La miró a los ojos. —Así que eres la famosa lady Vivianne Merfield, cuando te vi con tu tía no lo relacioné.

—Es lógico, tiene diez sobrinas por parte de su marido. —Avergonzada porque había presenciado su salida de tono tras aquella provocación, levantó la barbilla mostrándose orgullosa. —Gracias por su ayuda. —Cogió del brazo a su padre. —Buenos días. —Tiró del brazo del conde y preocupada le miró. —¿Estás bien?

—Sí, cielo. Deberíamos ir pensando en irnos de la ciudad, ni podemos salir a la calle.

—Disculpen...

Se volvieron hacia el conde que dijo —Si quieren les puedo acompañar a casa, tengo mi coche allí mismo.

—Es muy amable, conde —dijo su padre de lo más avergonzado—. Si nos hace el favor.

—Será un placer. —Le hizo una seña al cochero que de inmediato cruzó la calle para acercarse a ellos lo máximo posible. El mismo conde abrió la puerta. —Permíteme ayudarte, Vivianne.

Lo dijo de una manera que le cortó el aliento y le miró a los ojos. Él cogió su mano y a pesar del guante sintió un cosquilleo en su piel que le aceleró el corazón. —Ten cuidado con el escalón se mueve un poco.

—Gracias. —Entró en el carruaje y vio el escudo del condado bordado en el tapizado, lo que demostraba que había sido cuidado hasta el último detalle. Su padre se sentó a su lado y el conde ante ellos.

Al ver que la mano de su padre estaba raspada jadeó y abrió a toda prisa su bolsito buscando un pañuelo. De repente apareció uno ante ella y levantó la vista para ver que se lo ofrecía el conde. —Gracias.

—No es necesario que me des tanto las gracias, Vivianne. —Miró a su padre. —Veo que están en problemas.

—Desde que se han enterado de que mi hijo se ha casado con Elva, no puedo ni salir a la calle. Antes era vergonzoso sentir todas esas miradas, pero ahora se están envalentonando.

—Entiendo su dilema. Y eso que no lo saben todo...

Su padre y ella se tensaron. —¿Qué quiere decir, conde?

—Creo que ya lo sabe, la intervención de la reina. Hay pocas cosas que pasen en palacio de las que yo no me entere. Ni en Newgate. —Sus ojos se encontraron con los de Vivianne. —Al parecer has entrado en razón, la reina estará contenta.

—Había cosas que no sabía. Seguro que sabes mucho más tú que yo.

—Es evidente que sí. Ahora dime qué buscas siguiéndome.

Se le cortó el aliento, pero era evidente que era muy listo y que no podía mentirle. —Mi tía pensó que casándome contigo mi familia podría salir de casa con la cabeza alta.

—¿Y te prestaste a ello?

—Al principio no.

—¿Por lo que sientes por tu primo?

—No, porque no me parecía bien casarme sin amor —dijo sinceramente.

Él sonrió de medio lado. —¿Y por qué cambiaste de opinión?

—Porque pensé en mis futuros sobrinos y no quiero que pasen por lo que acabo de pasar yo.

Él asintió mirando a su padre. —¿Está de acuerdo?

—Yo ya no sé qué pensar, ha llegado un punto en que me dejo llevar. Todo esto me está sobrepasando —dijo pálido. Miró por la ventanilla—. Maldito el día en que le di la mano de mi hija a mi sobrino.

—No toda la culpa la tuvo él, aprovechó el momento para hacerse rico, pero su hijo y el duque de Ostenford tuvieron mucho que ver. Y que su hijo embarazara a una doncella no ha ayudado nada.

—Ya no sé qué hacer con él —dijo entre dientes haciendo que Vivianne le mirara asombrada—. No me mires así, hija, no es nada responsable. Va a ser conde, por el amor de Dios.

—Padre, es Elva.

—Y yo también le tengo cariño, pero siempre hay que poner límites.

—Pues ahora será condesa —dijo su salvador—. Eso ya no tiene vuelta atrás. —Miró a uno y luego al otro. —No voy a negar que tu propuesta me tienta.

Dejó caer la mandíbula de la impresión. —¿De veras?

—Mi mayor deseo es dejar un heredero que continúe cuidando el condado. Odio al sobrino de mi difunto primo que es quien heredaría mi título y sé que nada le fastidiaría más que mi esposa dé a luz a un niño. En las últimas dos ocasiones no tuve suerte, mi primera esposa murió de neumonía y la segunda se ahogó en un accidente marítimo antes del año de casados. —Gruñó como si ese inconveniente fuera una auténtica molestia. —Tú buscas un fin y yo otro, haríamos un matrimonio medianamente decente. Tú amas a tu primo y yo no tengo que fingir que te amo. Si aceptara

el trato, por supuesto no podrías volver a verle. Jamás. Es mi única condición. Eso solo alentaría los rumores y no quiero enfrentarme a que cuando estés en estado alguien dude sobre quién es el padre.

Se puso como un tomate. —Yo jamás traicionaría a mi marido.

—Da igual lo que tú opines —dijo muy serio—. Lo importante en este momento es lo que opinaría la gente. Delante de mí no dirían nada, por supuesto, pero como has dicho de tus sobrinos, no quiero que nadie pueda poner en duda su paternidad. En cuanto lord Lownes salga de prisión no volverás a verle, nunca más.

Miró a su padre de reojo, sabía lo que le dolía eso, pero increíblemente a ella no le dolía tanto, sería que con todo lo que había sufrido, su alma y su corazón ya no querían pensar en ello. —¿Padre?

—No volverá a pisar mi casa, ya se lo dije cuando fuimos a visitarle a prisión.

—Por supuesto no pisará la mía —dijo el conde divertido—. La cuestión es, ¿podrás volverle la cara si lo encuentras en cualquier sitio, por ejemplo en la calle?

Le miró a los ojos. —Dalbert está fuera de mi vida para siempre. Le volveré la cara si es lo que quieres. Pero tienes que conseguir que mi familia restituya su imagen ante todos.

—Eso no será difícil —dijo muy seguro de sí mismo—. Solo tengo que hablar con un par de personas para que todos se pongan de vuestra parte.

—¿De veras? —preguntó el conde asombrado—. ¿Y qué les diría, conde?

—¿No te has dado cuenta todavía, padre? Diría que Dalbert está en prisión por orden de la reina. Le responsabilizaría de todo a pesar de que acaba de decir que no fue del todo responsable.

—La buena sociedad necesita un culpable a todo lo ocurrido. Sus deudas eran de dominio público, no les extrañaría saber que todo fue un engaño para hacerse rico.

—Necesitan una cabeza de turco.

—Exacto, ¿se la vas a dar Vivianne?

Sintiendo un nudo en la garganta supo que no podía hacerlo, Dalbert había hecho mil cosas mal, pero no podía hacer que todo el mundo le odiara, porque para qué negarlo aún le quería. Puede que no le amara como para cerrar los ojos a todo lo sucedido y ser su esposa, pero siempre sentiría amor por él y por el Dalbert que ella conoció. —No —dijo sinceramente—. No se la voy a dar. Y no se la voy a dar porque aunque ya no vaya a ser su esposa, es alguien que he querido. Hizo cosas mal, pero jamás expondría a sabiendas a alguien a quien quiero al escarnio público.

Él se adelantó sonriendo de medio lado. —Si hubieras dicho otra cosa, no te hubiera creído.

Separó los labios de la impresión. —¿Qué piensas hacer?

—¿Hacer? Nada, creo que acabas de comprobar que me temen, nadie tocaría a nadie de mi familia por no desatar mi furia, que te aseguro que cuando se desata es temible.

Algo en su interior se calentó de manera alarmante por la intensidad de su mirada y perdió el aliento esperando sus siguientes palabras.

—¿Quieres ser mi esposa, Vivianne?

—Sí —dijo sin pensar sintiendo que era realmente lo que quería.

Él sonrió. —Por cierto, milady, me llamo Scott Fitsimmons.

—Un placer, milord.

Capítulo 12

Mientras iban hacia su casa ella no sabía qué decir y su padre aún menos porque acababa de dar la mano de su hija en matrimonio. Vivianne sin poder evitarlo miraba hacia su prometido de cuando en cuando y él siempre tenía su mirada fija en ella lo que la sonrojó. —Dime, futura esposa —dijo él divertido por su incomodidad—. ¿Sueles ir pegando damas por la calle?

—Si me insultan sí.

Scott sonrió aún más. —Buena respuesta. Jamás dejes que nadie te pise, ¿me oyes? Si no puedes resolverlo tú como hace un rato, me lo dirás. Siempre y en todo caso.

Sintiéndose más protegida que en toda su vida susurró —Te lo diré.

Asintió satisfecho. —Conde, ha debido ser muy interesante criarla.

—No, si hasta hace relativamente poco no daba problemas.

Le miró asombrada. —¿Yo doy problemas? ¿De veras? Esto es lo que me faltaba por oír.

Roger rojo como un tomate se estiró el cuello. —Qué calor hace aquí. —Su futuro yerno rio por lo bajo mientras él carraspeaba. —Cuando lleguemos a casa me gustaría hablar unos minutos a solas con usted.

—Lláname Scott, suegro. Ahora somos familia.

Ese hombre tenía una seguridad en sí mismo que la dejaba sin aliento. Observándole mientras hablaba con su padre, se fijó en sus labios y cuando él la miró apartó la mirada de golpe sintiéndose

más emocionada que nunca en su vida. Dios, se iba a casar con él, aún no se lo creía.

—Por supuesto Roger, hablaremos de todo lo que tú quieras —dijo al final comiéndosela con la mirada.

Vivianne no pudo evitar sonreír tímidamente y en ese momento llegaron ante la puerta de su casa. Afortunadamente ya no había periodistas pues el nacimiento del heredero al trono ocupaba todas las portadas desde hacía semanas. El conde bajó primero y después su padre. Scott alargó la mano y Vivianne la cogió sintiéndose especial, él la hacía sentir especial y no sabía por qué. Bajó del carruaje y le cogió del brazo mirándole tímidamente. — Gracias.

—No me des las gracias, Vivianne, algunos dirían que tengo muy mal carácter cuando me enfado.

—Algunos dirían que yo también.

—Nuestras discusiones van a ser explosivas, querida.

Suspiró de gusto. —¿Verdad que sí?

El conde se echó a reír y fascinada por la expresión de su rostro le siguió al interior de la casa. Su tía bajaba por las escaleras y pasmada se llevó una mano al pecho. —Dios mío, que ha cazado al conde. —Chilló de la alegría antes de volverse y gritar —¡Elizabeth ven a ver esto! ¡Y tú que no tenías ninguna fe en mí!

Scott levantó una ceja. —¿Fue idea suya?

—Pues sí.

—La felicito por su buen ojo, baronesa.

Elizabeth llegó corriendo a la barandilla de la escalera y le miró con los ojos como platos. —No puede ser.

—Suegra, tengo que darle la enhorabuena por la hija que tiene, es una maravilla.

Radiante bajó la escalera. —¿Verdad que sí? Es una pena que no hiciéramos una presentación como Dios manda en su momento, hubiera tenido muchos pretendientes.

—Eso no lo dudo ni por un momento.

Luke llegó a cogerle su sombrero y Vivianne gruñó por tener que apartar su brazo para quitar la alfiler medio caída y tenderle el sombrero que estaba casi destrozado.

Su madre carraspeó al ver su aspecto. —Cielo, ¿ha habido algún terrible accidente en tu paseo?

—Cierta dama que no conocía me echó unos cuantos improperios, madre, le di su merecido con el consentimiento de mi prometido.

Se acercó a toda prisa. —¿Le arrancaste los pelos? —preguntó con mirada sanguinaria haciendo reír a su conde.

Sonrió encantada. —Llevaba peluca.

Rosanne soltó una risita. —Bien hecho.

—Conde, ¿viene conmigo? —preguntó su padre ahora más serio, lo que significaba que se lo había pensado y algo no le gustaba.

Preocupada se apretó las manos enguantadas. —¿Padre?

—Tranquila —dijo Scott—. Miladies... —Inclinó la cabeza antes de seguirle mientras las tres suspiraban.

Su madre y su tía se acercaron a ella a toda prisa. —Cuéntanos, ¿qué ha ocurrido? ¿Te hiciste la encontradiza con él como hablamos? —preguntó tía Roseanne.

—No fue necesario, en cuanto me vio pelear con esa mujer se acercó para separarme. —Sonrió encantada. —Se ofreció a llevarnos a casa y ahí fue al grano, me preguntó que por qué le seguía y...

—Se lo dijiste —dijo su madre—. Tú siempre eres muy sincera.

—Pues sí, era evidente que se había dado cuenta de que estaba interesada en él, así que le conté que pretendía. Y entonces me pidió matrimonio con una condición.

—¿Qué condición? —Su madre estaba ansiosa. —Dirías que sí.

Apretó los labios con tristeza agachando la cabeza. —Me pidió que nunca más viera a Dalbert.

Ambas separaron los labios de la impresión esperando a que continuara. —Le dije que no le vería más, teme que alguien piense que un futuro heredero no es suyo y...

—Es comprensible —dijo su tía.

—Después me tendió una trampa para comprobar si era sincera.

—¿Qué trampa?

Yendo hacia el salón ella les contó cómo él había dicho que hablaría con un par de personas para restituir la imagen de la familia, exponiendo a Dalbert como cabeza de turco y cómo no estuvo de acuerdo con Scott, lo que a él le gustó.

—Qué hombre, no se le escapa nada —dijo su madre con admiración.

—¿Dónde está mi hermano? ¿Y Elva?

—Han ido a la modista, Elva no tenía vestidos apropiados para su nuevo estatus y...

Su amiga entró corriendo en la casa llorando a mares y sin mirarla siquiera subió las escaleras como una exhalación. Impresionada por el dolor de su rostro caminó hacia el hall para ver como corría hacia su habitación. —¡Elva! —Miró a su hermano que entraba en la casa en ese momento obviamente disgustado. —¿La han insultado?

—Nos han echado de dos modistas —dijo furioso dándole su sombrero a Luke—. Y en la tienda de la señora Flynn se han reído de ella por su peinado. Al principio no perdió el ánimo, pero cuando le arrebataron unos guantes de la mano en la última tienda diciendo que no podían venderle nada porque perderían clientes, se vino abajo. Te juro que...

Scott tenso ante la puerta del despacho de su padre dijo —Milord, ¿puede unirse a nosotros?

Cameron le miró sorprendido. —Conde, qué sorpresa. — Incómodo la miró de reojo.

—Ven Cameron, hablemos de vuestra situación. Creo que tengo la solución.

Él fue hacia su prometido y Scott le palmeó la espalda antes de entrar en el despacho con su padre. Sonrió encantada porque ese era el hombre que necesitaba en su vida, de hecho, todo en ella sabía que estaba haciendo lo correcto. Miró a su madre y esta sonrió. —Bien hecho, hija.

—Voy a ver a Elva.

—Pobrecita, qué disgusto tiene —dijo su tía—, haré que os suban un té con pastas, le encantan.

Vivianne se cogió las faldas y empezó a subir las escaleras. — Avisadme si salen —dijo apurándose.

—No te preocupes, niña, creo que tu conde no se irá a ningún sitio hasta que todo quede muy bien atado.

Llegó a la habitación de su hermano y llamó suavemente. Podía oír como su amiga lloraba desgarrada. Puesto que no le contestaba abrió sin más. Elva tirada en la cama abrazaba su almohada. —No tenía que haber dicho nada, si me hubiera ido...

—¿Hubieras abandonado al hombre que amas? ¿Me hubieras abandonado? —Se sentó a su lado y acarició su espalda. —Somos tu familia.

—Os he expuesto a todos al escarnio público.

—Ha sido duro, ¿verdad?

Elva la miró. —Ha sido humillante, jamás me había sentido así.

Sonrió maliciosa. —Ya lo he solucionado. —Era evidente que no lo comprendía. —Me voy a casar con el conde de Crinslock.

Se sentó de golpe. —¿Qué dices?

—Ha aceptado mi mano, Elva. Ya estamos comprometidos.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —¿Así sin más?

Hizo una mueca. —Pues sí.

—¿Pero estás loca? ¡No le conoces de nada!

—¡Uno que conocía muy bien me dejó en ridículo ante toda la ciudad, así que me da igual! —Se levantó y nerviosa se apretó las manos. Entonces se dio cuenta de que aún llevaba los guantes y se los quitó de malos modos. —No me hagas dudar ahora, Elva, era lo que queríamos.

—Pero yo pensaba que antes os conoceríais un poco.

—¿Y que le dé tiempo a arrepentirse por meterse en esta familia de locos? Ah, no, ese conde es mío.

Su amiga la miró asombrada. —Dios mío, te agrada.

Se sonrojó ligeramente. —Digamos que no era lo que me esperaba. —Soltó una risita. —Es mil veces mejor.

Elva se acercó al borde de la cama. —¿De veras? Háblame de él.

—Tiene el cabello más negro que he visto nunca y unos ojos grises que hacen palpar mi corazón. Su semblante es serio, casi brusco y su porte es... —Suspiró sentándose a su lado mientras Elva sonreía. —Es divino. Además, es sincero, su franqueza es alarmante, es recto y protector en exceso...

—¿En exceso?

—Tenías que haberle visto mirando a esa mujer y hace unos minutos después de escuchar lo que te había ocurrido, su mirada... Es fascinante. Y su risa hace que mi corazón se sobresalte.

—Dios mío, ¿te has enamorado de él?

Lo pensó seriamente. —No lo sé. Siento algo muy distinto a lo que sentía por Dalbert y eso que el dolor cuando creí que le perdía fue desquiciante. Por Scott siento algo en mis entrañas que hace que todo sea diferente.

—¿Puede ser deseo?

Parpadeó sorprendida. —¿Crees que es eso?

—¿Te importaría compartir lecho con él?

—Por supuesto que no. —Se le cortó el aliento algo decepcionada. —¿Crees que es deseo?

—Apenas acabas de conocerle puede que sea amor, pero para eso debes darte tiempo. De todas maneras, si es deseo es un buen inicio para vuestro matrimonio —dijo con picardía sonrojándola.

—No quiero pensar en ello, ya está hecho. Venga, límpiate las lágrimas que quiero presentártelo formalmente.

Su amiga olvidándose ya de lo que había pasado se levantó a toda prisa y fue hasta el aguamanil para lavarse la cara. Ella fue hasta el espejo y chilló del susto al ver su imagen. —¡Dios mío, estoy hecha un desastre! —Salió corriendo de la habitación hacia la suya y afortunadamente allí estaba Lidia colocando un vestido sobre la cama. —Ese no, el de muselina con flores verdes.

—Enseguida, milady.

Con eficiencia empezó a desabrocharle el vestido y llegó Elva. —Rápido, rápido debe estar perfecta para el conde.

Lidia corrió hacia el armario mientras Vivianne dejaba caer el vestido de paseo y sacó el que le había pedido mientras ella y su amiga iban hacia el tocador. Elva quitó las horquillas rápidamente y entonces Vivianne levantó la mano. —Solo cepíllamelo.

—¿Te lo vas a dejar suelto? —Cogió el cepillo de plata. —¿Estás segura?

—Estamos en familia y quiero que lo vea.

Elva sonrió cepillándose hasta dejar su cabello rojizo brillante. Unos prendedores de perlas en los laterales y estaba lista mientras se echaba el perfume. —Perfecta —dijo su amiga.

Se levantó a toda prisa y Lidia le pasó el vestido por la cabeza. Entre las dos se lo colocaron y fue Elva quien empezó a abrochárselo mientras decía —Lidia, los botines blancos.

—Oh... —Su doncella se agachó para desatarle los otros y antes de que le abrocharan los botones de la espalda, ya le había calzado los botines que se había comprado para ese vestido. Elva la miró a través del espejo. —Le vas a dejar sin palabras.

—Sin palabras me ha dejado él.

Lidia soltó una risita. —Felicidades, milady.

—Gracias. —Fue hasta la puerta y pasó la enorme falda ajustándose el escote.

—Es evidente que quieres seducirle.

—Quiero que piense en mí cada hora de cada día —dijo decidida.

—Tengo la sensación de que eso sucederá.

Bajaron la escalera como dos damas sujetándose sus faldas y en ese momento salieron los hombres del despacho. Scott miró hacia arriba y perdió el hilo de lo que estaba diciendo. Su padre la miró con orgullo. —Hija estás realmente hermosa.

—Para ti siempre estoy hermosa, padre. —Se acercó a Scott. —¿Tú qué piensas?

—¿Quieres que te regale los oídos?

Sonrió. —Pues sí.

Él rio por lo bajo cogiendo su mano. —Eres la mujer más hermosa de Inglaterra.

Gruñó. —Ahí te has excedido.

Scott besó su mano mirándola a los ojos. —Perdóname, no soy muy dado a los halagos, pero como este es sincero diré que estás tan bella que cortas el aliento.

Mirando sus ojos sonrió tímidamente. —Gracias, milord.

Su hermano carraspeó. —Debo preguntarlo, Viv, estás segura de esto.

Sin dejar de mirar a su conde asintió. —Muy segura.

Al final su prometido se quedó a comer y pasaron unos momentos agradables planeando la boda. Por supuesto su familia

quería algo íntimo, pero Scott se negó en redondo. —Irá todo el mundo. Y no faltará nadie por la cuenta que les trae.

—Pero querido, será un riesgo, si no va nadie haremos el ridículo.

—Te aseguro que irán. —Cogió su copa de vino y le dio un sorbo. —Y para demostrarte que tengo razón haremos una fiesta de compromiso.

Separó los labios de la impresión. —¿Compromiso? Creía que...

—No has tenido presentación, ya es hora de que la tengas. Ahí tus padres te presentarán en sociedad y al final de la velada anunciaremos a todos el compromiso.

Elizabeth y su tía estaban encantadas.

Vivianne se acercó para susurrar —¿Estás seguro de esto?

—Tú no te preocupes por nada más que el hermoso vestido que llevarás. Tendrás la fiesta de presentación que te mereces y todo lo demás. Tú no has hecho nada malo.

Sonrió emocionada porque pensara en su felicidad. —Gracias.

—¿No te he dicho ya que no me des las gracias?

Se sonrojó de gusto. —Entonces te besaré.

Al conde se le cortó el aliento mientras su padre gruñía. Ella se acercó y le besó en la comisura de los labios haciendo que todo su cuerpo ansiara mucho más. Se alejó mirándole a los ojos y soltó una risita. —Me sale decirte gracias también.

Scott sonrió. —No, preciosa, gracias a ti.

Que la llamara preciosa le quitó un poco la sonrisa e incómoda miró al frente haciendo que él frunciera el ceño. Su padre le preguntó para cuándo sería la fecha de los esponsales y Scott centrando su atención en él dijo —A principios de marzo. Tres meses serán suficientes para acallar posibles rumores sin sentido sobre otro posible embarazo. Y la presentación la haremos la semana que viene. Después será Navidad y muchos se van al campo. Esperarán para asistir a tu presentación.

—¿La semana que viene? —preguntó su madre espantada—. No dará tiempo a hacer ni los vestidos.

El conde sonrió. —Con el dinero suficiente dará tiempo para todo, milady. —De repente dejó su copa sobre la mesa y alargó la mano. —Preciosa...

Le miró a los ojos. —¿Sí?

—Ven conmigo.

Sin comprender miró a los demás y cogió su mano para levantarse. Salieron del comedor y atravesaron el hall mientras todos estiraban el cuello para mirarlos. Entraron en el salón y Scott cerró la puerta. Vivianne se volvió, pero él la agarró por la cintura empujándola contra la pared. Sin aliento de la sorpresa le miró a los ojos y Scott dijo con voz grave —Así que te llamaba preciosa.

—¿Qué? —preguntó poniéndose muy nerviosa por su proximidad.

Él acarició su mejilla haciendo que su corazón se acelerara. —El duque te llamaba preciosa, ¿no es cierto? Teníais mucha intimidad.

—Es mi primo —dijo con la respiración agitada—. Nadie vio nada malo en ello.

Bajó la vista hasta sus pechos que se evidenciaban con cada respiración. —¿Y hasta donde llegó con esa intimidad? —preguntó con la voz ronca.

—Si insinúas si compartí su lecho, la respuesta es no.

—Claro que no, eso le comprometería demasiado, pero... —Su otra mano fue a parar a su trasero y se lo apretó con pasión. —¿Hizo esto?

Jadeó cuando le amasó la nalga de nuevo. —No... —respondió casi sin voz.

—¿Seguro?

—Solo me besó dos veces. No, fueron tres... —Volvió a acariciarla y Vivianne cerró los ojos de la anticipación. —Y uno fue de despedida.

—Así que te besó.

Vivianne sintió su aliento cerca de su boca y se derritió de gusto. —¿Y cómo te besó, preciosa? —Besó suavemente su labio inferior lamiéndolo tan lentamente que fue una tortura. —¿Fue así?

Ya ni podía pensar y sin darse cuenta adelantó su rostro para llegar a sus labios. —¿O fue así? —La besó llenando su boca y fue tan intenso que sin darse cuenta tembló entre sus brazos. La saboreó haciendo que su vientre se estremeciera con fuerza y deseando mucho más de lo que le hacía sentir, le respondió acariciando su lengua. Al principio tímidamente, pero se dejó llevar y sintió su gemido en su boca, lo que la excitó de tal manera que se puso de puntillas para responderle ansiosa. El conde apartó su boca y la miró asombrado. —Aprendes rápido, mujer.

Abrió los ojos lentamente para perderse en los suyos y estiró los labios. Scott sonrió dándole un azote en el trasero. —Volvamos a la comida o tu padre querrá que nos casemos hoy mismo.

Se sonrojó ligeramente, pero aún estaba tan mareada por su beso que no se despegó de él. —A mí no me importaría.

—Descarada. —La besó suavemente en los labios y Vivianne suspiró de gusto. Scott la agarró por el cabello inclinando su cabeza hacia atrás sorprendiéndola y vio que ya no sonreía. —Jamás vuelvas a recordarle, ¿me oyes?

Se le cortó el aliento. —Pero...

—Puede que sea tu primo, pero olvida todo lo que ocurrió y arráncatelo de la memoria porque no me gusta pensar que aún sientes algo por él, ¿he sido claro? —preguntó con rudeza.

Con el corazón palpitando en su pecho de la sorpresa susurró —Sí.

—Arréglate, no quiero que piensen que te he tocado. —La soltó y ella sintiendo que aún le temblaban las piernas fue hasta uno espejo con el marco dorado que había tras la puerta. Se miró al espejo y con las manos temblorosas se arregló el cabello mientras Scott se servía un whisky y se lo bebía de golpe demostrando que

estaba tan alterado como ella. Se acercó a Vivianne y se puso a su espalda cogiéndola por la cintura. Esas manos le recordaron que ahora era suya y sintió tal alegría en su pecho que se reflejó en sus ojos. Él sonrió. —¿No estás enfadada?

—Puede que te dé lo mismo que te ame como dijiste en el carruaje, pero empiezo a importarte.

—¿Y quieres ser importante para mí? —La pegó a su torso y la besó en la sien. —¿Te gustaría que eso pasara?

—Sí. —Se volvió entre sus brazos. —Siento que necesito que eso pase.

—¿Sabes, preciosa? Creo que este matrimonio va a ser toda una revelación.

Sonrió. —¿Eso piensas? —Agarró su cabello tirando de su cabeza hacia atrás. —¿Acaso estás pensando en tus otras mujeres? ¿Me comparas con ellas? Pues no lo hagas, no me gusta que lo hagas, ¿me has entendido?

—Touché.

Vivianne rio acariciando su nuca y él gruñó. —Has sido toda una sorpresa.

Rio yendo hacia la puerta y abriendo le miró con coquetería. —Lo mismo digo, mi conde.

Capítulo 13

Esa semana fue una auténtica locura. No dejaba de entrar gente en la casa pues tenían mucho que decidir, flores, orquesta, camareros que atendieran diligentemente a sus invitados... Luke estaba orgulloso de encargarse de una celebración así después de tantos escándalos y penurias que habían rodeado a la familia que tanto quería. Vivianne por su parte disfrutaba de cada instante. Estaba en la segunda prueba de su vestido y se miró al espejo poniendo las manos en su cintura. La falda era increíblemente voluminosa, tenía pequeñas lágrimas de cristal formando hojas por el bajo y el corpiño bordado con flores de hibisco era una obra de arte. —Es bastante pesado.

—Debe serlo, milady. Tiene cuatro metros de tela. Es la falda más grande que he hecho nunca como ordenó el conde.

Su conde no tendría que llevarlo durante toda la noche. — Pesa tanto que tira del corpiño y se me clavan las ballenas. —Tiró hacia arriba de él demostrando donde debía ir colocado.

—Eso lo arreglaremos cuando se pongan los tirantes y ajustemos la espalda, milady.

Miró a su madre y a su tía. —¿Qué opináis?

Su madre con lágrimas en los ojos asintió. —Es hermoso, el vestido más hermoso que he visto nunca.

En verdad lo era, pero quería bailar con su conde toda la noche y no sabía si podría soportarlo. Aunque solo era una noche, la más especial de su vida hasta la boda. Respiró hondo mirándose al espejo de nuevo. —Es bonito, muy bonito.

La costurera sonrió. —Es muy amable, milady. Mi hermana y yo agradecemos que le guste.

—Sobre el bajo...

Llamaron a la puerta y todas dijeron —Pase.

Su conde abrió la puerta guapísimo con un traje de tres piezas azul y un pañuelo impecablemente blanco rodeando su cuello. Él sonrió. —Estás tan hermosa que quitas el aliento.

—No deberías estar aquí, conde —dijo ella con picardía.

—Prometo que el de novia no lo veré hasta ese día. —Miró a la costurera y le hizo un gesto con la cabeza para que saliera.

Esta lo hizo de inmediato casi topándose con Luke que llegaba en ese momento con una bandejita de plata en la mano. —Milady, ha llegado esto para usted.

—Será otra confirmación para la fiesta —dijo mirándose al espejo—. Dásela a madre.

—Es que no es...

Miró hacia Luke y este carraspeó. —Mejor se lo doy luego.

—Luke —dijo el conde—, venga aquí.

Este gimió volviéndose y se acercó con la bandeja.

Cogió el sobre y miró de quien era.

—¿Qué es? —preguntó ella estirando el cuello. Cuando vio la letra se le detuvo el corazón y asustada levantó la vista hasta sus ojos—. Te juro que no le he escrito.

Scott abrió el sobre alejándose y leyó su carta a toda prisa. Preocupada miró a su tía que hizo una mueca. Vivianne se bajó de la banqueta donde estaba y se acercó a él muerta de curiosidad. ¿Necesitaría ayuda? La inquietud volvió y sin poder evitarlo se sintió culpable de haberle dado la espalda. Se asombró de sí misma porque el amor que había sentido por Dalbert casi había desaparecido por completo desde que había conocido a ese hombre. Pero aún era su primo y si le había escrito era por algo. Preocupada preguntó —¿Qué dice?

—Nada que te importe —dijo muy tenso. Se metió el sobre en el bolsillo y se volvió hacia ella—. Quería decirte que esta noche vendrá mi tío a cenar con nosotros.

Sonrió. —Será un honor conocerle.

—No te creas, no está nada contento con esta situación.

Perdió la sonrisa de golpe. —Ah... Entiendo.

—Como comprenderás a él no puedo presionarle para que os acepte, tendrás que mostrarle esas artes que tienes para conquistar a cualquier hombre que se te ponga por delante, querida —dijo con ironía antes de ir hacia la puerta—. Te veré luego.

Se había quedado de piedra con su comentario y su madre susurró —No te preocupes, está enfadado, pero se le pasará.

—Esa carta ha sido de lo más inoportuna —dijo su tía en voz baja para que él no la oyera si aún estaba lo bastante cerca.

Suspiró antes de analizar su frase con detenimiento. —¿Creéis que le he conquistado? Ha querido decir eso, ¿no?

Elva entró en la habitación y la miró con los ojos como platos. —¿Qué le has dicho a tu prometido?

—¿Yo? Poco, ¿por qué?

—Porque se acaba de ir dando un portazo. ¿No lo habéis escuchado? Porque a punto estuvo de desencajarla.

—Sí, hija, le has conquistado. Es obvio que está celoso.

—O que lo que decía la carta puede llevar al traste sus planes —dijo la baronesa.

—¿Qué carta? —preguntó su cuñada.

—Me ha escrito Dalbert.

—¿Pero cómo tiene tanto descaro después de lo que hizo? —Dio un paso hacia ella de lo más interesada. —¿Qué decía su carta?

—No lo sé —dijo angustiada porque se había ido enfadado—. ¿Creéis que puede suspender el compromiso?

—Hija, aunque no ha sido anunciado formalmente porque lo hará en la fiesta, no creo que esa carta le haya hecho cambiar de

opinión. —Elizabeth miró de reojo a su cuñada. —¿No crees?

—Creo que esta relación camina por un hilo demasiado fino como para arriesgarnos. Roger debería ir a verle a prisión para dejarle claro que no queréis tener más contacto con él.

Elizabeth se levantó a toda prisa. —Hablaré con él para que vaya de inmediato.

Elva susurró —¿Crees que el duque se ha enterado de tu próximo matrimonio?

—No lo sé. —Se apretó las manos angustiada pensando en todo lo sucedido. —Soy una persona horrible.

—¡No! —exclamaron las dos a la vez—. ¿Por qué dices eso? —preguntó su tía indignada.

—¿Mi amor era tan débil como para tratarle así? —Se pasó la mano por la frente sintiéndose muy confundida. —Le di la espalda.

—Se lo ganó a pulso —dijo Elva.

—Mi hija tiene toda la razón, se lo ganó a pulso. Te utilizó y te humilló. ¡Maldito sea por enturbiar tu felicidad, porque ahora sí que eres feliz con el conde! —dijo con rabia.

—¿Y si todo esto es un espejismo? Y si realmente mi mente me está engañando para ser feliz.

—Si eres feliz con Scott, es porque te hace feliz. —Elva cogió sus manos. —No dejes que esa carta estropee lo bien que te sientes a su lado. Has vuelto a ser tú, la Viv que era feliz corriendo por el campo con su perrito.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y miró a Hércules que dormía a los pies de su tía. —Esa Viv era una estúpida, espero que no vuelva nunca.

Elva chasqueó la lengua. —Tienes razón, esta Viv es mucho más lista, así que no dejes que te engañe de nuevo y destruya tu vida. Fíjate lo bien que te va desde que está lejos de ti. Desde que no piensas en él. Porque ya no piensas en él, ¿no es cierto?

Tenía que reconocer que reprimía esos pensamientos todo lo posible, pero a veces le venía a la memoria su sonrisa o cuando la

subía sobre su caballo y corrían por la pradera. Tiempos despreocupados en los que el matrimonio todavía no entraba en sus planes, porque lo veía algo muy lejano. Pensamientos de niña, tenía que reconocerlo. Una niña que ya no estaba y como había dicho no volvería nunca.

—Bueno, es lógico que piense en él de vez en cuando ha estado presente en su vida demasiado tiempo y está pasando un duelo.

Se le cortó el aliento mirando a su tía. —¿Crees que es por eso?

—Claro que sí, cielo. Hasta yo pienso en él de vez en cuando y eso que no tenía tanto trato. Lo raro sería que no pienses en Dalbert en absoluto y el conde debería entenderlo.

—No lo entendería, siento que si se lo dijera le enfadaría.

—¿Qué diría esa carta? —preguntó Elva muerta de la intriga.

—Bueno, eso da igual porque nunca lo sabremos —dijo su tía—. Niña dile a la costurera que entre, que se va a enfadar y es lo que menos queremos en este momento. Los vestidos deben estar a tiempo para la noche más importante de tu vida, Vivianne. —La miró a los ojos. —Y piensa en esto, estás a punto de cambiar tu vida para siempre, ¿es lo que quieres?

—Sí —dijo sin dudar.

Rosanne asintió. —Pues deja de preocuparte por lo que haya escrito tu primo, si es importante se encargarán los hombres. Tú a tus quehaceres y nada más.

Tenía razón, si era importante su padre o Scott se ocuparían. Respiró hondo mirándose al espejo intentando quitarse ese desasosiego que tenía dentro.

Ya preparada con su traje de noche y su cabello recogido en un lateral de la cabeza dejando caer sus rizos rojizos sobre su hombro, esperaba impaciente en el salón mientras los demás se

preparaban para la cena. Estaban todos en casa menos su prometido y su padre que aún no había llegado de Newgate, lo que empezaba a preocuparla bastante porque se había ido a mediodía. Sentada en el sofá volvió la vista hacia Luke que parecía que sabía su inquietud. Él sonrió. —Vendrá enseguida, milady. Usted no se preocupe que luego le duele la cabeza.

—Desde que el conde apareció en mi vida ya no me duele.

—Y eso es bueno, muy bueno, milady.

Sonrió con tristeza. —Está enfadado.

—¿Y qué dice su amigo el médico sobre eso?

—Que tenga paciencia, que es lógico que se sienta inseguro cuando hice tanto por conseguir a Dalbert.

—Ese doctor es muy inteligente, hágale caso.

Sonrió. —Sí, ha resultado ser un gran amigo. Cuando ha venido a verme esta tarde ha traído una noticia muy buena.

—¿Cuál es, milady?

—Ha conocido a una muchacha que está estudiando enfermería y se siente muy atraído por ella. Le gustaría cortejarla, pero dice que es una mujer moderna de hoy en día y teme que le rechace.

—¿Una mujer que rechace al doctor? Dígale que no tema y que se lance, milady.

—Se lo he dicho, pero parece que con ella es demasiado tímido —dijo asombrada—. Nuestro doctor, imagínese.

Luke rio por lo bajo, pero debió escuchar algo fuera porque se puso alerta. —Ahí está su padre, milady.

Se levantó de inmediato mientras él corría hacia la puerta para abrir al conde. Su padre entró en casa dándole el sombrero y el gabán, su cara decía que no traía buenas noticias. —¿Qué te ha dicho, padre?

Él apretó los labios y le indicó con la cabeza que le siguiera. Y ella lo hizo a toda prisa para ir hasta su despacho. En cuanto pasó,

su padre cerró la puerta. —¿Qué ha pasado? Me estás asustando, padre.

—Pues es para asustarse.

Se llevó la mano al pecho. —¿Qué ha ocurrido? ¿Dalbert está bien?

—Está furioso. —Fue hasta el mueble bar y se sirvió un coñac.

Asustada vio que le temblaba la mano. —Padre, ¿qué ocurre? —preguntó alterándose.

Él se volvió con la copa en la mano. —Tu primo me ha amenazado.

—¿Cómo amenazado? —preguntó con sorpresa.

—Sí, no se ha conformado con tu matrimonio y ha puesto toda la carne en el asador para conseguir que no te cases.

—¡No entiendo nada! ¡Habla claro! ¿Qué quiere?

—¿No me has oído? ¡Qué no te cases!

—¿Cómo piensa conseguir eso?

—Dice que como des un solo paso hacia la iglesia para casarte con el conde, contará a todo el mundo todo lo que sabe de esta familia que no es poco.

—¡Pero si ya lo saben todo! ¡Nuestra vida es de dominio público! —Por lo pálido que estaba su padre susurró —¿O no?

—Hija, todas las familias guardan secretos —dijo entre dientes antes de beberse el contenido de su copa.

—¿Qué secreto te preocupa, padre?

—Fui un estúpido, no debí confiar en él —dijo por lo bajo.

—¡Padre!

Levantó la vista hacia ella. —Amenaza con contar el origen de tu nacimiento.

No entendía ni una palabra. —¿Mi nacimiento?

—Tu tío murió un año antes de que fueras concebida.

Separó los labios de la impresión. —¿Y?

—Tu tía se fue a Italia para ocultar su embarazo. No queríamos que nadie lo supiera.

—Me estás diciendo que soy hija de la tía Rose... Anne, me pusisteis parte de su nombre... —Sintió que se mareaba llevándose la mano al pecho y entonces entendió muchas cosas, por qué siempre anteponían a Cameron a su bienestar, por qué siempre creyó que era el favorito y era porque no era su hija.

El conde la miró angustiado. —Hija, te juro que te he querido como si hubieras sido mía, solo intentamos protegerte y lo hicimos lo mejor que pudimos. Tu madre, mi esposa, te quiso desde que te vio por primera vez como si ella te hubiera parido, nunca pienses otra cosa.

—Por eso salvasteis a Cameron en lugar...

—¡Nunca pienses eso! ¡Él se jugaba la vida!

—¿Y mi vida?

—Creo que las circunstancias han demostrado que lo que sucedió era lo mejor y que Dalbert no es de fiar, ¿no crees?

La puerta se abrió dando paso a su tía y la miró atentamente. —Niña, ¿qué ocurre?

—¿Me abandonaste?

Su tía palideció antes de mirar a su hermano. —¿Cómo has sido capaz?

—No me ha quedado otro remedio, hermana, las cosas se han complicado en demasía.

—Y tanto que se han complicado —dijo ella sintiendo ganas de gritar de la impotencia—. Tengo que anular el compromiso.

—Ni hablar —dijo su tía decidida—. Ni se te ocurra pensarlo siquiera.

—Dalbert amenaza con contar la verdad de mi nacimiento, no pienso dejar que Scott lidie también con eso —dijo entre dientes—. ¡Ni la mismísima reina podría ayudarnos y mucho menos él!

—Dios mío, ¿cómo se atreve con todo lo que habéis hecho por él?

—Está como loco, hermana —dijo el conde—. No atiende a razones, solo quiere impedir a toda costa que ella se case.

Se le encogió el corazón. —¿Qué más te ha dicho?

—Quiere que te diga que siempre serás suya.

Su corazón se desquebrajó del todo. —¿Incluso haciéndome un daño irreparable?

—Incluso así. Dice que cuando salga de prisión os iréis del país para no volver, que conseguirá que le perdone.

Impresionada dio un paso atrás. —¿Está loco?

—Eso mismo he pensado yo durante todo el camino hacia casa. Ha debido perder la cabeza para que crea que vamos a ceder.

—No lo contará, no se atreverá —dijo su tía—. Sabe que si lo dice, te perderá para siempre.

—Sabe que me perderá como me case, así que es la última baza que puede jugar y cree que va a ganar.

No sabía cómo sentirse por su insistencia. No sabía si era un loco o se había dado cuenta de que realmente podía perderla, pero es que ya la había perdido porque aunque no se casara a Dalbert no volvería a mirarle a la cara en su vida. —Tengo que hablar con Scott.

Se escuchó el timbre de la puerta. —Dios mío, ya están aquí —dijo su tía muy nerviosa.

—¡Cálmate! —le ordenó muy tensa.

Su tía la miró a los ojos, los mismos ojos que los suyos. Tomó aire intentando calmarse. —Padre ve a cambiarte, te excusaré ante Scott.

El conde asintió mientras Vivianne cogía la mano de su tía. Cuando se quedaron a solas Vivianne dijo —Eres mi tía.

—Lo soy —dijo emocionada—. Renuncié a cualquier otra cosa el día de tu nacimiento.

—Exacto.

—Pero ahora que sabes la verdad, quiero decirte algo. —
Sonrió con tristeza. —Naciste del amor, cielo, de un amor intenso, loco y el más maravilloso que nunca he sentido, no me arrepiento de nada porque esos recuerdos jamás me abandonarán. Por eso te suplico que pienses seriamente cancelar este compromiso, porque estoy segura de que Scott te hace feliz, lo he visto durante estos días. Recogí en mi casa a mi hija, pero también eras alguien que estaba totalmente destrozada, alguien decepcionada con todos los que te rodeaban. Pero tus padres solo querían lo mejor para ti, cielo, por eso te enviaron a mí porque sabían que yo te cuidaría como mi mayor tesoro. —Con los ojos llenos de lágrimas sonrió con tristeza. —Intenté ayudarte y conocerte fue maravilloso, mi sueño cumplido. Al fin podía ejercer como madre, aunque para ti no lo fuera. Pero mi amor sí es de verdad, cielo, quiero lo mejor para ti, por eso mi deber es advertirte que como elijas el camino de Dalbert, ese sufrimiento que sentías cuando llegaste a mi casa te acompañará el resto de tu vida.

Emocionada la abrazó. —No te preocupes, tía. Tome la decisión que tome, Dalbert ya no estará en mi vida.

Llamaron a la puerta y se apartaron limpiándose las lágrimas. Ella dijo —¿Sí?

Luke abrió la puerta. —Milady, siento interrumpirle, pero su prometido y su tío están en el salón y el conde pregunta por usted.

—Ahora mismo voy. —Intentó recomponerse y miró a su tía. —¿Quién era?

—Mi profesor de piano, cielo. Le contraté después de que muriera tu tío para llenar con algo mi vida. Pero apenas estuvimos juntos unos meses. Falleció de repente poco después de saber que estaba en estado. Pensábamos irnos, huir de esta encorsetada vida, pero no pudo ser —dijo con tristeza.

—¿Y nunca más has amado?

—No. Dejó tal huella en mí que no pude amar a nadie más. Por eso no puedes dejar escapar a tu conde, cielo, porque ha conseguido hacerse un hueco en tu corazón y eso significa que lo

que queda por venir puede ser maravilloso. Tan maravilloso como lo que yo sentí por mi Albert.

—No seré quien tome la decisión, tía. Me acabo de dar cuenta de que tiene que ser Scott quien tome la decisión de si me quiere en su vida. Tendré que aceptar lo que venga con resignación.

—¿Te dolería que dijera que se rompe el compromiso?

El miedo oprimió su corazón. —Muchísimo. —Salió del despacho respirando hondo y levantó la barbilla poniendo una sonrisa en su rostro.

Su tía siguiéndola se sintió orgullosa. —Eso es, cielo, que nadie pueda contigo.

Capítulo 14

Sin saber por qué esas palabras le dieron fuerza y entró en el salón donde ya estaba su madre, Elva y su hermano hablando con sus invitados.

—Oh, aquí está la novia... —dijo Scott acercándose a ella y cogiendo su mano—. Tío, quiero presentarte a lady Vivianne Merfield, mi prometida. Preciosa, mi tío, el duque de Weitfield.

Ella hizo una reverencia sin soltar su mano. —Es un honor conocerle —dijo algo impresionada. No sabía que su tío era ese hombre tan importante.

—Es hermosa y hace unas reverencias impecables, chico, pero aún no pienso dar mi visto bueno a esta boda.

Todos se miraron incómodos. —¿Pero qué dices, viejo insoportable?

Se volvieron hacia su tía que tenía ganas de pegar cuatro gritos —¿Cómo te atreves a presentarte en esta casa y ser tan grosero?

El duque se echó a reír. —Será posible... Pero Roseanne, ¿qué diablos haces en Inglaterra?

—¿Os conocéis? —preguntó Vivianne asombrada.

—Fue uno de mis pretendientes y le rechacé por bocazas —dijo orgullosa.

—Me rechazaste porque conociste a tu barón y te encandiló con bonitas palabras. Seguro que te arrepentiste.

Todos volvieron la cabeza hacia su tía, que ruborizada siseó —Pues no me arrepentí un ápice.

—Afortunadamente te duró poco y pudiste disfrutar de la vida con una buena fortuna en el bolsillo. Imagínate si aún estuviera vivo. —Se echó a reír asombrándoles. —¡Con tu carácter te estarías tirando de los pelos!

Sus carcajadas hicieron que su tía se sonrojara hasta la raíz del pelo. —Sigues siendo insoportable. ¡Hice bien en no casarme contigo!

—No, bonita, te arrepientes cada día.

Estaba tan seguro de sí mismo que Vivianne miró hacia Scott horrorizada. —¿Serás así de viejo?

—Preciosa, muérdete la lengua —dijo entre dientes mientras ellos seguían echándose pullas—. ¿Has llorado?

Se le cortó el aliento porque se había dado cuenta y le miró a los ojos. —Lo hablaremos luego.

—No, lo hablaremos ahora.

Tiró de su mano y su tío se echó a reír. —Mira Roseanne, son igualitos a nosotros, nos escapábamos en cuanto podíamos.

—¿Quieres callarte ya?

Llegaron al hall y se alejó de un lacayo que estaba de guardia en la puerta. —¿Qué ha pasado?

—Preferiría hablarlo después de la cena —dijo sin darse cuenta de toda la angustia que estaba mostrando.

—Ahora, preciosa. Y cuanto antes mejor, porque tu tía está a punto de tirarse sobre el duque, lo que pondrá la noche de lo más interesante.

Miró a su alrededor. —Es que me he enterado de algo, que puede desencadenar en que quieras anular este compromiso.

La cogió por la barbilla para que la mirara a los ojos. —Cuéntamelo.

—Lo siento, te juro que no sabía nada y...

—Cuéntamelo.

Bueno, ahí iba. —Mi tía no es mi tía. —No dijo nada más por si alguien les escuchaba, pero no hizo falta que dijera más porque su conde pareció comprender. —Dalbert amenaza con contarlo.

Scott suspiró y apretó los labios sacando algo del bolsillo. Le tendió una hoja. —Ya lo sabía, pero me alegra que me lo hayas dicho tú, preciosa.

Ella cogió la hoja a toda prisa y la leyó.

"Mi querida prima. Me he enterado de que intentas olvidarme, no te esfuerces no pienso rendirme. Ese matrimonio nunca se celebrará porque como te atrevas a dar tu consentimiento ante el pastor, pienso decirle a todo el que quiera escucharme la verdad sobre tu nacimiento. Supongo que no te habrán revelado la verdad, te aconsejo que le preguntes a tu padre. Como comprenderás no voy a revelártelo yo por si alguien lee esta carta. No quiero que pienses que al presionarte de esta manera no te amo, todo lo contrario, preciosa, te amo tan intensamente que no puedo vivir sabiendo que estás con otro hombre. Un hombre al que no amas ni amarás jamás porque tu corazón es mío. Cuando estuviste a punto de morir, me juré a mí mismo que haría cualquier cosa por hacerte feliz y no pienso rendirme. Me quieres, sé que aún me quieres y pienso luchar hasta con la mismísima reina para estar a tu lado.

Tu querido Dalbert que no te olvida."

Impresionada levantó la vista hacia Scott sin saber qué decir, simplemente arrugó la hoja hasta guardarla en su puño y tensa miró a su prometido a los ojos. —Me está amenazando, ¿qué piensas hacer? ¿Vas a abandonarme o vas a apoyarme en esto?

Scott sonrió. —¿Tú qué crees, preciosa?

Sintió tal alivio que él la abrazó. —No tienes que preocuparte por nada, no abrirá la boca —susurró a su oído.

Inconscientemente sintió miedo por Dalbert. —No le matarás, ¿verdad?

—Debería hacerlo, pero por respeto a tu familia intentaré controlarme. —La besó en la sien. —Ahora olvídate de todo y disfruta de la noche. —Cogió su mano y tiró de ella hacia el salón. Escucharon los gritos de su tía. —Me parece que va a ser una velada de lo más entretenida.

La cena fue una pulla tras otra del duque y de su tía. —Eso es mentira —dijo Rosanne indignada—. ¡Nunca te seguí!

—Vamos, todo el mundo se dio cuenta, hasta hubo rumores de tu acoso.

—Más quisieras, viejo engreído.

El duque pasándoselo como nunca en su vida rio. —Dime sobrino, ¿tu novia hizo lo mismo?

Vivianne se sonrojó haciendo reír al duque aún más. —Cásate con ella, Scott, si es como su tía merece la pena.

—Se parece más a su tía de lo que piensas —dijo divertido haciendo que Vivianne le pegara un codazo haciendo que se quejara exageradamente.

—Muy gracioso —dijo por lo bajo.

Elizabeth se levantó encantada. —Las damas pasaremos al salón, si le parece bien al duque. Ustedes pueden tomarse un coñac y fumar unos puros.

—No será necesario, condesa —dijo el duque—. He tenido que dejar de fumar, órdenes del médico.

—Pues nos reuniremos todos en el salón —dijo su padre—. Rosanne puede tocar el piano. —La advirtió con la mirada como diciendo que a ver si así se callaba un poco.

Su tía se sonrojó y Vivianne del brazo de su prometido susurró —Se supone que a mí tiene que dárseme bien ese instrumento, porque quien tú ya sabes era pianista.

—¿Y qué tal se te da a ti el piano, preciosa? —preguntó en alto.

Roger gimió. —Se le lían los dedos.

—Gracias, padre.

Él le sonrió con cariño. —Se te dan bien mil cosas más. Monta a caballo excelentemente.

—Bueno, me mantengo sobre la grupa.

Todos se echaron a reír por su mentira.

—Y es una gran cantante —dijo Elva.

—No seas chivata, cuñada.

—¿Cantante? —Scott no disimuló su sorpresa. —¿No me digas? Deléitanos con algo.

—Me da vergüenza —dijo con ganas de salir corriendo.

—Vamos preciosa, quiero oírte.

—Niña acompáñame al piano.

—Luego cantarás tú —dijo a su prometido antes de seguirla.

Scott rio por lo bajo. —Si quieres que llueva, lo haré encantado.

—Esperemos que no llueva —dijo Elizabeth—. Al menos dentro de tres días. Odio que los invitados entren en casa con toda la ropa mojada. —Se sentó al lado de Elva y miró hacia ellas. —Canta esa tan bonita que me cantaste en el campo.

—La que ensayamos en Venecia, tía.

Rosanne sonrió. —Me encanta.

Vivianne miró hacia ellos. —Es una estrofa de la ópera Zaira del maestro Bellini. Para quien no la haya oído nunca, Zaira es cristiana y ama al sultán, de hecho ambos luchan por no sentir ese amor tan intenso como imposible y el sultán termina matándola por no traicionar su fe. Después se mata a sí mismo porque no puede soportar el dolor.

Elva le guiñó un ojo y Vivianne sonrió antes de tomar aire. Asintió a su tía y esta hizo la entradilla. Vivianne cerró los ojos. — Amo ed amata io sono... Non è, non è tormento. D'amor qual vampa ardente; Più di ragion possente Ei m'empie il cor di sé.

Scott al escucharla miró atónito a Roger, que sonrió encantado. Mientras, Vivianne se sentía Zaira y cantaba en un italiano impecable, seguía a su tía que estaba al piano deleitándoles como la mejor de las sopranos. Embelesados sintieron la historia y cuando llegó a las notas más altas les dejó a todos sin aliento.

Vivianne terminó y sonrió porque todos se habían quedado en silencio aún impactados por su voz. —Hija, cantas mejor que nunca.

Todos aplaudieron entusiasmados y Scott se levantó para coger su mano. —Preciosa no sé cómo te casas conmigo, llenarías teatros. —Besó su mejilla mientras su tío aplaudía entusiasmado con lágrimas en los ojos. —¿Te ha gustado, tío?

—Cásate con ella, chico, alguien con esa voz debe tener un corazón enorme porque canta como un ángel.

Cuando su tío se fue a casa, sus padres se retiraron al igual que su hermano y Elva. Se quedaron solos y Luke cerró las puertas del salón para darles privacidad. Su conde levantó una ceja. —Al parecer no tienen miedo de que te seduzca. —Scott se sentó a su lado en el sofá con una copa de coñac en la mano.

Vivianne soltó una risita acercándose a él. —O puede que lo estén deseando.

—Preciosa, no me tientes... —Se la quedó mirando.

—¿Qué?

—Estoy sosteniendo esta copa solo para no tocarte.

—Eso tiene arreglo, milord. —Cogió la copa y la dejó sobre la mesa de centro antes de abrazarle. —Ahora puedes tocarme todo lo que quieras.

Tiró de ella sentándola sobre sus piernas y Vivianne no sintió ninguna vergüenza, es más para ella fue tan natural como respirar. Se miraron a los ojos durante unos segundos. —Siento que si empiezo a besarte no podré detenerme.

Sabía que quería esperar para evitar problemas, pero sentía tantas ansias en su interior que no podía dejar de tocarle. —Siento lo mismo. —Suspiró apoyando la mejilla en su hombro. —¿Qué me has hecho?

—¿A qué te refieres, preciosa?

—Apenas te conozco y siento que te conozco desde siempre.

A él se le cortó el aliento. —Me pasa lo mismo. —Acarició su cintura hasta llegar al contorno de su pecho. Vivianne levantó su rostro para mirarle. —¿Qué piensas, preciosa?

—Quiero recordar este momento el resto de mi vida porque es perfecto. Tú y yo aquí sentados, sin importar nada más, solo nosotros. ¿Crees que será posible? ¿Que recordaré cuando sea una anciana que esta noche ha sido especial?

—Preciosa tendremos muchas noches tan especiales como esta o más.

Emocionada susurró —Júramelo.

—Te lo juro por mi vida. Nada mancillará lo que ha nacido entre nosotros, nada.

Le abrazó con fuerza y las lágrimas cayeron por sus mejillas. —Tengo miedo.

La pegó a él sintiendo su desesperación y todo el dolor sufrido. —Lo arreglaré, serás feliz a mi lado, te lo juro por Dios.

Sollozó sintiendo que podía confiar en él. —Soy muy afortunada. —Se apartó para mirarle. —Soy afortunada de tenerte. —Acercó sus labios y los rozó lentamente, tomándose su tiempo, pero Scott se impacientó y entró en su boca saboreándola hasta marearla. Vivianne gimió de gusto percibiendo el coñac de su boca y él la empujó tumbándola sobre el sofá sin dejar de besarla. Sus piernas se entrelazaron y él separó sus labios para besar su cuello.

Lo que sentía era tan embriagador, que cerró los ojos con la respiración agitada sintiendo algo en su vientre que la hacía necesitar mucho más. —¿Scott? —preguntó con ansias.

—Ya voy, preciosa. —Sus labios bajaron por su pecho hasta sus senos y los besó. Vivianne impresionada por lo que le hacía sentir ni se dio cuenta de que un pezón salía por el borde del vestido, pero sí sintió sus dientes mordisqueándolo de una manera que fue una tortura. —Siento que ardes cuando te toco —dijo contra su pecho.

—Sí... —Se arqueó para darle mejor acceso a sus pechos sin darse cuenta de que él bajaba la mano entre sus piernas. Tiró de su vestido mostrando su ropa interior y la acarició sobre su sexo por encima del pantalón interior haciendo que se le cortara el aliento. Asombrada miró a su conde con los ojos como platos. —Ah, que vas a seducirme...

Parecía no entender. —Por supuesto. Preciosa, ¿qué creías que estamos haciendo?

—No lo sé, pero me encanta.

La acarició entre las piernas de nuevo. —¿Esto te gusta?

—En demasía.

Su mano subió ligeramente hasta la cinturilla para meterla por debajo de su ropa interior. A Vivianne se le cortó el aliento. —¿Y esto te gusta? —Metió su dedo índice entre sus labios inferiores y acarició su clítoris ligeramente. Ella gimió de placer cerrando los ojos. —Preciosa, no gimas —dijo con voz ronca sin dejar de acariciarla.

Ni sabía lo que le decía, porque esos dedos la estaban volviendo loca. Rozó de nuevo el botón de su placer y algo en su interior se tensó con fuerza. Scott disfrutando de la sorpresa y de cómo gozaba con lo que le hacía, aceleró sus caricias. Vivianne jamás se habría imaginado algo así y deseando más separó las piernas sin darse cuenta. Entonces él cogió su clítoris entre sus dedos y lo apretó ligeramente. Todo estalló a su alrededor sorprendiéndola en un éxtasis tan intenso que la asustó porque tanta felicidad no podía ser real.

Cuando consiguió abrir los ojos, Scott estaba al otro lado del salón mirando el fuego mientras se tomaba una copa de coñac.

Avergonzada porque debía pensar que era una descarada, se incorporó a toda prisa para darse cuenta de que había tirado de su corpiño para que sus pechos entraran en él y le había bajado las faldas cubriendo su falta. Él parecía muy tenso y por cómo se bebió su copa hasta molesto. —Lo siento —dijo asustada.

Se volvió para mirarla de lo más sorprendido. —¿Por qué te disculpas?

—Mi comportamiento ha sido impropio y... —Se levantó rogándole con la mirada. —Lo siento, no quiero que pienses que no soy decente, es que...

Scott sonrió. —Preciosa, es evidente que eres novata en todo esto.

—Ah, ¿sí?

Él rio por lo bajo asintiendo. Se acercó a ella y la besó en los labios. Cogió su mano y se la puso sobre su sexo endurecido. —Lo que pasa es que estaba intentando que mi miembro se relajara.

Madre mía, qué dureza. Sin poder evitarlo lo acarició deseando que su sexo entrara en su interior. —¿No es muy largo?

Scott rio por lo bajo. —Esperemos que no, quiero que disfrutes en nuestra noche de bodas...

—Si esa noche se parece en algo a esta, pienso disfrutar —dijo con la voz enronquecida, lo que demostraba lo deseosa que estaba de que esa noche llegara cuanto antes.

Mirándola como si fuera suya la besó de nuevo con ansias cogiendo su mano para apartarla, pero Vivianne deseando más intentó tocarle de nuevo. Scott gruñó al sentir como frotaba. Entonces su prometido se apartó de golpe. —Tengo que irme.

—¿Te vas a ir? —preguntó decepcionada mirando el reloj de encima de la chimenea—. Aún es temprano, son las diez.

Se pasó la mano por la nuca. —Preciosa... Que vamos a meternos en otro lío.

Se mordió su grueso labio inferior mirándole de arriba abajo, sobre todo su entrepierna que demostraba que la deseaba con fuerza. —¡Vivianne!

Se sobresaltó mirando sus ojos. —¿Qué?

—¿Sabes cómo inflamas mi deseo?

—Pues deja de rechazarme.

—Ahora sí que eres descarada.

—¿A que me desnudo? —La cara de horror de su conde la hizo reír a carcajadas.

La cogió por la cintura. —Me encanta tu risa.

—Gracias, milord. A mí me encantas todo tú.

Le dio un beso rápido y la soltó. —Buenas noches.

Sonriendo le observó ir hacia la puerta. —Buenas noches, mi caballero andante.

Su conde le guiñó un ojo antes de salir del salón y escuchó — ¿Su capa, milord?

—No me la pondré todavía, necesito que me dé el fresco. — Ella se acercó a la puerta para ver cómo se la ponía en el brazo para cubrir sus partes pudendas.

Vivianne reprimió la risa. —Hasta mañana, cielito.

Él gruñó saliendo de casa y su mayordomo se hizo el loco. — ¿Hago que le suban algo de leche caliente para dormir, milady?

—No es necesario, Luke, tengo la sensación de que hoy voy a dormir mejor que nunca.

—Que descanse, milady.

—Buenas noches, amigo.

La mañana del baile se levantó con una grata noticia, la reina Victoria celebraba un baile la noche de Navidad y toda la familia

estaba invitada. Su madre no cabía en sí de gozo y no dejaba de decir —Nos ha invitado. ¡Nos ha invitado!

—Me alegra que te alegre tanto, madre —dijo antes de comer su tostada como si tal cosa. Con la boca llena le preguntó a Luke —¿El conde ha enviado alguna nota?

—No, milady.

—No le he visto desde ayer por la tarde —dijo inquieta.

—Cielo, le verás esta noche —dijo su tía —. Y no comas con la boca llena.

La miró sin comprender.

—¡Ya no sé ni lo que digo! ¡Estoy muy nerviosa por lo de esta noche!

—Hermana, el duque de Weitfield nos apoya y todos han aceptado la invitación del conde, ¿qué puede salir mal?

—No lo sé, pero me he levantado con una sensación algo extraña y sabes que siempre acierto en mis pálpitos.

Elva entró en el comedor y no tenía buena cara. Vivianne hizo una mueca. —¿Una mala noche?

—Madre mía, no he podido soltar el orinal de todo lo que vomitaba.

—Querida, es normal en el embarazo —dijo Elizabeth—. Mi madre decía que eso significaba que estaba agarrando.

—Este ya tiene que estar más que agarrado.

Su marido rio por lo bajo entrando tras ella. —Afortunadamente hoy ha podido levantarse.

—Siento que te encuentres mal —dijo Vivianne.

—Bah, por la tarde estaré hecha un toro dispuesta a disfrutar.

—Dormirás la siesta —dijo su marido muy serio.

—Claro que sí, cielito —dijo mirando lo que el lacayo le servía —. No seas rata, John, pon más que la criatura tiene que alimentarse.

El lacayo rio por lo bajo echando mucho más y los ojos de Elva brillaron cuando le puso el plato delante.

Su marido puso los ojos en blanco cuando la vio comer como si se lo fueran a quitar de la boca. Todos rieron por lo bajo y Elizabeth dijo —Adivinad qué ha ocurrido.

—Ay, madre... —dijo Elva—. Con nuestra suerte cualquier cosa.

—Muy graciosa.

Todos rieron de nuevo demostrando lo felices que eran. —Venga suegra, suéltalo que lo estás deseando.

Cameron asintió. —Eso madre, ¿qué te tiene tan excitada?

—¡La reina nos ha invitado al baile de Navidad!

Elva sonrió. —Espero que lo paséis muy bien.

—Tú también vienes —dijo Roger asombrado.

Parpadeó demostrando que no se lo esperaba. —Que yo... ¡Ay, madre! —Se levantó de golpe sobresaltando a su marido. — ¡Cielo, voy a conocer a la reina! —Chilló de la alegría cogiéndole por los mofletes llenos de comida para plantarle un beso en los morros chillando después ante su rostro como una loca.

Vivianne sonrió. —Tendrás que practicar la reverencia.

—Bah, te he visto hacerla un millón de veces. —La hizo ante todos dejándolos con la boca abierta porque era impecable. —¿Qué os parece?

—No puedo ponerle ninguna pega —dijo su marido haciendo que le mirara con amor—. Venga, cielo, desayuna.

—Ay... —Se sentó de nuevo y siguió comiendo. —La reina —dijo fascinada—. Espero no meter la pata.

—Lo harás muy bien —dijo Roger sonrojándola de gusto. El conde cerró el periódico y escucharon la campanilla—. Debe ser mi administrador para decirme que esta fiesta me va a costar un ojo de la cara.

—Padre, lo paga mi prometido, no cuela.

Su padre rio por lo bajo levantándose. —Qué suerte he tenido con él, da igual lo que se pida, él siempre dice que sí a todo.

—La que he tenido suerte he sido yo.

Entonces Scott apareció en la puerta con un traje de mañana marrón. —Ay, ya estás aquí —dijo levantándose y yendo hacia él para besarle en los labios—. ¿Has desayunado?

—Preciosa, tenemos que hablar.

Perdió la sonrisa poco a poco porque parecía algo muy serio.

—Suegro, dile al servicio que se vaya, quiero que lo escuche toda la familia.

Luke a toda prisa les dijo a los lacayos que salieran del comedor.

—Cielo, ¿qué ocurre? ¿Tiene que ver con que ayer no vinieras a cenar?

—En parte, siéntate preciosa.

Su suegro volvió a sentarse porque era evidente que iba a contarles algo muy serio. Vivianne hizo lo mismo sin dejar de mirarle. Su conde respiró hondo como si estuviera dándose fuerzas. —Ayer no vine a cenar porque estuve en Newgate. Fui a hablar con el duque para ofrecerle un trato.

—¿Un trato? ¿Qué tipo de trato? —preguntó su suegro.

—Que se fuera de Inglaterra con trescientas mil libras más de las que ya había conseguido de lady Prudence.

Elizabeth se llevó una mano al pecho. —Dios mío, eso es una fortuna...

—Suficiente para tres vidas.

—Lo ha rechazado, ¿verdad? —preguntó Vivianne.

—No, me ha amenazado —dijo con rabia—. A mí, preciosa, que solo con chasquear los dedos podría hacer que le mataran y a nadie le importaría.

Los Merfield apartaron la mirada, demostrando que a ellos sí que les importaría. —Entiendo.

—¿Con qué te amenazó? —preguntó su futuro suegro muy tenso.

—Dijo que si me atrevía a casarme con tu hija, puede que mañana, pasado o dentro de un año alguien me metería una bala en la cabeza. Que tenía amigos también y que nunca podría dejar de vigilar mi espalda. Por supuesto me enfadé y él se rio de mí diciendo que siempre le tendría muy presente porque Vivianne era suya.

—Dios mío... —dijo Vivianne asustada—. Ha perdido la cabeza totalmente.

—Por supuesto lo del dinero ni lo consideró, dijo que ni todo el dinero del mundo le haría renunciar a ella, que había hecho lo que había creído mejor para todos y que no se arrepentía. —La miró a los ojos. —Que cuando volvieras a sus brazos entrarías en razón.

Vivianne se pasó su mano temblorosa por los ojos. —Debo ir a hablar con él para dejárselo claro.

—Ni hablar —dijo Scott furioso—. Esto se acaba aquí. Es una amenaza y ha cruzado la línea. Sabía perfectamente con quien estaba hablando y todo lo que puedo hacer para destruirle, pero le da igual. He sido muy paciente, preciosa, pero este es mi límite. Voy a hablar con la reina para que me permita retarle a duelo.

Separó los labios de la impresión. —Scott no.

—¡Esto se ha acabado! —gritó perdiendo la paciencia—. ¡Tenía que haberle matado allí mismo con mis propias manos!

Sabía cómo era Dalbert cuando quería provocar a alguien y era evidente que a Scott le había llevado al límite.

Cameron se puso en pie. —Entiendo tu postura, pero entiende tú la nuestra, Dalbert hizo mal al quedarse el dinero de la dote, pero con sus acciones salieron cosas buenas. Yo por ejemplo pude conservar la vida y ahora voy a tener un hijo con la mujer que amo, puede que ahora estuviera muerto si no hubiera sido por él. Y su mejor amigo también se ha casado con la mujer que ama. Puede que sus acciones fueran extremas, pero también salió algo bueno...

—¿Y tu hermana? ¿Ella piensa lo mismo?

—No, no pienso lo mismo. Puede que provocara que otros fueran felices, pero mi felicidad no le importó en absoluto. —Miró a su hermano a los ojos. —¿Cómo crees que me sentí?

—Sé muy bien como sufriste por todo lo ocurrido y me desgarrar el alma cada vez que lo pienso.

—Esa ofensa es suficiente para un duelo —dijo Scott con desprecio—. No pienso echarme atrás.

—Una ofensa pasada en la que tú ni estabas presente —dijo el conde muy serio—. Aún no formabas parte de esta familia y no tiene razón de ser que seas tú quien se rete. Debería ser yo.

—¡Ni hablar, hace unas horas me ha ofendido y seré yo quien lo lleve a término!

Angustiada porque eso no podía estar ocurriendo, se levantó porque no podía permitirse tener la muerte de Dalbert sobre su conciencia. —Cielo, por favor, piénsatelo bien. No podría soportar que...

—¿Qué, su muerte? —preguntó alterándose—. ¡Aún sientes algo por él!

—No, te juro que ni se me pasaría por la imaginación pensar en él en esos términos, pero es mi primo y salvó la vida de mi hermano. Está cumpliendo condena, ¿no es suficiente?

—¡No! —gritó Scott cortándola en seco—. Para mí no es suficiente porque le he visto, he hablado con él y sé lo que piensa. ¡Y piensa que puede recuperarte! ¡Se lo ha dicho a tu prometido a la cara! ¿Qué ofensa puede ser más grande que esa? ¡Su provocación llega a unos límites que me dejan helado, o ha perdido la cabeza o lo cree en serio y las dos posibilidades le hacen muy peligroso, convirtiéndose en una piedra en mi zapato que pienso eliminar! ¿He sido claro?

Agachó la mirada. —Sí, lo has dejado muy claro.

El conde asintió antes de salir de la casa gritando —¡Luke, mi gabán!

Vivianne pálida miró a su familia. —No sé qué decir.

—Entiendo la postura de tu prometido —dijo su madre levantándose de su asiento—. Pero... —Los ojos de Elizabeth se llenaron de lágrimas. —Es nuestro Dalbert.

—Y de eso se está aprovechando, esposa. De esta situación no va a salir nada bueno.

Capítulo 15

Mirándose al espejo mientras su doncella la estaba peinando, se sentía muy nerviosa por la noche que tenía por delante. Pensar en Dalbert muerto la estremecía y la posibilidad de que fuera Scott quien muriera la angustiaba sobremanera. Sin poder evitarlo apoyó los codos sobre el tocador tapándose la cara con las manos. Lidia al ver el estado de su señora susurró —¿Necesita unos minutos, milady?

—Sí, por favor.

Su doncella dejó el rizador de pelo sobre la placa de metal a toda prisa y corrió fuera de la habitación, pero ella ni se dio cuenta porque no podía dejar de pensar en lo que debía hacer para impedir ese duelo. Si le rogaba a Scott que no lo hiciera, pensaría que anteponía a Dalbert a su prometido y no quería que pensara eso. Y si por no hacer nada Dalbert moría, tendría remordimientos toda su vida porque no podía evitarlo, aún le quería.

Alguien acarició su espalda y se sobresaltó volviendo la cabeza para ver que Elva estaba allí en bata mirándola con tristeza. Sollozó abrazándola. —Entiendo cómo te sientes, hermana.

—No sé qué hacer.

—Ya no está en tus manos, está en manos de Dios. —La apartó y se sentó a su lado. —El duelo ya no se puede impedir.

Se le cortó el aliento. —Ya ha hablado con la reina.

—Y ha dado su consentimiento. Será al amanecer.

Cerró los ojos. —Si uno de los dos muere...

—Uno de los dos va a morir, lo que tienes que decidir es si quieres que sea tu pasado o tu futuro, Vivianne. Si Dalbert viviera...

—No —dijo tajante levantándose muy nerviosa—. Nunca más. Puede que Scott no me ame, pero me ha demostrado que hay mucho más de lo que tenía con Dalbert. Él nunca me dio nada —dijo con desprecio—. Anuló y destrozó mis ilusiones, mis sueños, solo me daba las migajas cuando se encontraba en el campo, lo suficiente como para que mi amor creciera, pero no lo bastante como para que estuviera segura de él. Y esas pocas ilusiones me las arrebató de un plumazo por los intereses de los demás y de él mismo. Odio lo que me hizo, en lo que me convirtió el sufrimiento que él provocó y eso no puedo perdonárselo. Y después de conocer a Scott mucho menos.

—¿Qué sientes por tu prometido?

Sonrió con tristeza mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. —Con él siento que puedo ser yo, no me juzga, no me reprende, no me considera una niña. Ha demostrado en solo unos días que puede darme mucho más de lo que me imaginaba. A él...

—Le amas.

—Sí. —Sollozó. —Soy horrible. No puedo confiar en mis sentimientos.

—Por supuesto que puedes, de hecho, los acabas de expresar. Lo que sentías por Dalbert fue un amor infantil que te llevó casi al abismo, con tu conde es distinto, te sientes al fin una mujer. En estos días ha demostrado mucho más que Dalbert en años, te protege, te mimas, te sientes cuidada y adorada. —Sonrió con tristeza. —Solo siento que Dalbert no te permita disfrutar de este amor, es un egoísta que lo quiere todo sin importar los sentimientos de los que le rodean.

Se le cortó el aliento. —No digas eso.

—¡Es la verdad! Y si no estuvieras tan asustada también lo dirías. Lo que pasa es que sientes remordimientos de haberle demostrado tu amor y ya no sentir lo mismo ahora. Y esa culpa te lleva a angelizar a un hombre que en realidad se ha comportado

como un villano. ¿Lo hizo por el bien de sus amigos y el suyo propio? ¿Y el sufrimiento que dejó atrás? ¿Y la tortura a la que sometió a lady Prudence durante semanas que no sabía lo que había ocurrido? Se casó con el amor de su vida, sí, pero ¿y todo ese tiempo de lágrimas y rechazo social? Su padre tenía que haberle pegado un tiro entre ceja y ceja para liquidar este maldito asunto, te hubiera ahorrado lágrimas y ahora tú serías feliz al lado del hombre que amas.

Agachó la cabeza y se miró las manos pensando en ello. — Quizás ninguno actuamos como debíamos.

—¡Tú sí! ¡Tú has sido sincera desde el principio! —exclamó levantándose—. ¡Eres la única que a pesar de sufrir, dijo lo que pensaba en cada momento y eso es lo que ha visto el conde en ti, una dama hermosa, lista, que nunca le mentirá! ¡Por eso sabe que sientes algo por él, porque tus ojos hablan por ti, Vivianne! ¡Por eso lucha porque seáis felices y debes estar de su lado, porque se va a jugar la vida para vivir junto a ti!

Separó los labios de la impresión. —Tienes razón, es hora de dejar de pensar en Dalbert que es mi pasado y pensar en mi futuro.

Su amiga sonrió. —El futuro que te mereces. —Se puso en pie y cogió sus manos. —Te quiero como a mi hermana y nunca te diría algo que pueda perjudicarte. Estás en el lado correcto, no tengas remordimientos cuando no los tuvieron contigo. Sé que tu conde se dejará la piel para hacerte feliz.

Sonrió. —¿Verdad que sí?

—Un hombre que decide cargar con esta familia de locos, es porque sabe que le va a compensar y tú eres esa recompensa. Todo lo que quiere es estar a tu lado.

En ese momento llamaron a la puerta y Vivianne la besó en la mejilla antes de decir —Adelante.

La puerta se abrió mostrando a su conde guapísimo con su traje negro de noche. —Preciosa, ¿aún estás así?

—Oh, sí, lo siento. —Se pasó las manos por las mejillas para borrar las lágrimas y sorbió por la nariz. —Soy un desastre. —Miró a su alrededor. —¿Dónde tendré un pañuelo?

Elva fue hasta una cómoda y se lo tendió. La miró con cariño. —¿Qué haría sin ti? —dijo emocionada.

—Eso no tendrás que averiguarlo nunca, porque siempre estaré a tu lado. —Le guiñó un ojo antes de salir de la habitación mientras Vivianne sollozaba.

—Eh, eh... ¿Qué está pasando aquí? —Scott la cogió por la cintura para pegarla a él.

—Nada —dijo limpiándose con el pañuelo.

—Creo que es la primera vez que me has mentido.

Le miró a los ojos. —Tendrás cuidado, ¿verdad?

Él se tensó. —Ya te has enterado.

—En esta familia me ocultan un montón de cosas, pero afortunadamente tengo mis espías.

—Tu amiga.

—No la juzgues, siempre hemos sido una. —Acarició su mejilla antes de abrazar su cuello. —Júrame que tendrás cuidado.

—No quiero que pienses en eso, lo único que debe importarte es esta maravillosa noche y lo bien que lo vamos a pasar. —Sonrió. —Hoy anunciaremos nuestro compromiso.

No quería decepcionarle, había gastado muchísimo dinero para que ella fuera feliz, para que viera que a su lado todos les aceptarían. Se lo debía y pensaba disfrutar de su noche, la noche en que todos les verían juntos por primera vez. Sus ojos brillaron. —¿Bailarás conmigo, conde? —preguntó coqueta.

—Por supuesto, aunque no estoy seguro de dejar que bailes con nadie más.

Rio. —Me pedirán mil bailes y tendrás que soportarlo.

Gruñó y la besó en los labios. —Pero el primero será solo mío.

—Por supuesto —dijo mirándole enamorada.

A Scott se le cortó el aliento y la cogió por la nuca para atrapar su boca casi de manera desesperada. Vivianne se aferró a las solapas de su traje atrayéndole para saborear esos momentos juntos. Él se apartó suspirando y apoyó su frente en la suya. —Preciosa, estoy deseando hacerte mi esposa.

—Pues yo estoy deseando que me hagas tuya.

Rio por lo bajo. —Me vuelve loco tu sinceridad.

—Gracias, conde.

Acarició sus glúteos antes de alejarse. —Es hora de que termines de arreglarte. —Fue hasta la puerta.

—Scott... —La miró sobre su hombro. —Por favor, no bebas mucho esta noche, tienes que estar alerta.

—No beberé ni una sola gota si tú no quieres. —Sonrió antes de salir, pero en lugar de cerrar entró Lidia.

Vivianne dijo —Rápido, se nos echa el tiempo encima.

Una hora después bajaba las escaleras sujetando el bajo de su maravilloso vestido de noche. Su peinado, sus zapatos, incluso sus guantes por encima del codo eran perfectos para el impresionante vestido que brillaba con la luz de las velas a cada paso que daba.

Las personas que estaban en el hall miraron hacia arriba quedándose realmente impresionadas y Scott que fue el primero en reaccionar, se acercó a ella alargando la mano. —Estás realmente hermosa. Haré que te hagan un retrato exactamente así. —Besó su mano mirándola a los ojos, lo que encendió su interior haciendo que se sonrojara. —Exactamente así no, te falta algo. —Luke se acercó de inmediato mostrando una caja. —Especialmente hecho para esta noche, preciosa. Ábrelo.

Emocionada miró a Elva y esta asintió. Levantó la tapa para mostrar un collar de diamantes a juego con unos pendientes que podrían ser dignos de la reina. —Dios mío...

Scott sacó el collar y todos jadearon por el tamaño del diamante que caería entre sus pechos. —Solo lo que tú te mereces, preciosa. Quería que la primera joya que te regalara no la hubiera llevado nadie más. —Se lo cerró al cuello. —Quería que fuera solo tuya. —La besó en la sien y se apartó para mirarla bien. —Perfecta.

—Oh, cielo, es muchísimo más de lo que merezco.

—Tonterías, mereces mil diamantes más.

—Déjame verlo, hija —dijeron Rosanne y Elizabeth a la vez.

Mientras no dejaban de admirarlo, ella le sonrió a Scott porque las dos la habían llamado hija. —Tienes suerte, preciosa.

—Sobre todo desde que te tengo a ti. —Le cogió del brazo demostrando lo feliz que era. —También tengo algo para ti.

Luke se acercó y en sus manos llevaba un paquete muy grande.

Scott la miró sin entender. —¿Qué es?

—No lo sé, ábrelo.

Divertido tiró del papel para ver su rostro pintado al óleo. Scott rio rasgando el resto del envoltorio para verla con ese mismo vestido de perfil a su lado. Scott estaba sentado en un sillón de piel marrón y ella le tendía su carnet de baile. Su prometido se echó a reír. —Preciosa al parecer ya me conoces muy bien.

—Lo intento, conde.

—Es increíble, aunque habrá que hacer que el autor te pinte el collar. Debe ser perfecto.

—Ya es perfecto.

Él la miró a los ojos y Vivianne se acercó para darle un suave beso en los labios. —Gracias por esta noche —susurró solo para él.

Luke apartó de inmediato el cuadro. —Llegan los primeros invitados, milord.

Scott sin dejar de mirarla a los ojos susurró —¿Lista para deslumbrarles?

—A tu lado estoy lista para todo, mi amor.

Scott la abrazó con fuerza y susurró —No te decepcionaré, mi vida.

Emocionada porque ahora sí estaba segura de sus sentimientos susurró —Sería imposible que lo hicieras.

Sus madres sollozaron y el conde al borde de las lágrimas carraspeó. —Luke, debemos prepararnos.

El mayordomo dio una palmada. —¡A sus puestos, no quiero ni un solo error!

La familia se puso en fila ante la puerta y Scott a su lado. Elva le acercó los pendientes y se los puso a toda prisa mientras entraban los primeros invitados. Sonrió a los recién llegados levantando una ceja cuando se dio cuenta de que era la mujer de la peluca. —Menuda casualidad, ¿no?

Scott dijo por lo bajo —Nada de casualidad, quiero que no se pierda ni un detalle de lo que ocurrirá aquí hoy, así que la convoqué media hora antes.

Se echo a reír haciendo que la condesa la mirara. —Oh, Dios mío, nunca he visto una debutante tan hermosa.

Una hora después la casa estaba a reventar, lo que indicaba el éxito de la fiesta. Su madre estaba agobiadísima temiendo que se acabaran las bebidas, aunque Luke le había dicho que eso no podría suceder con todo lo que el conde había enviado. La música sonaba y las damas bailaban formando un crisol de colores en la pista de baile. Y al fin saludaron a todos los invitados y la familia accedió a la sala de baile. —Esto es increíble, nunca he tenido tanta gente en una fiesta —dijo el conde orgulloso.

—Nadie ha querido perderselo. —Rosanne sonrió con ironía. —Gracias, conde.

—Ha sido un placer. —Vivianne cogió su brazo y empezaron a bajar los escalones de mármol hasta la pista. La gente se apartó para disfrutar de la pareja que fue directamente hasta la pista de

baile. La orquesta se detuvo y todos se apartaron para dejarles espacio. Algo nerviosa apretó la mano en su brazo y él la acarició. Llegaron al centro y se miraron a los ojos. —Preciosa, ¿nerviosa?

—Un poquito.

Él puso la mano en su cintura antes de coger su mano enguantada y se iniciaron los primeros compases del vals. —Solo déjate llevar. —Vivianne solo tuvo que seguirle y fue tan fácil, se lo hizo tan sencillo que disfrutó de cada momento. Scott la giró haciendo que la falda volara y ella rio disfrutando de cada paso.

—Mi primer baile.

—Júrame que la primera pieza de cada baile siempre será mía.

—Te lo juro.

La giró de nuevo y entonces varias parejas se unieron a ellos rodeándolos, entre ellos su padre y Cameron. El duque se acercó a Rosanne y la cogió de la mano para llevarla a la pista. Fue un momento increíble. Al girar vio a Stephen que había sido invitado y le sonrió antes de perderle de vista. Se miraron a los ojos. —No me has dicho...

Sintió un picotazo en la espalda que la hizo perder el paso y detenerse.

—¿Vivianne? —preguntó Scott sorprendido.

Una mujer giró bailando y al ver la sangre en su espalda gritó deteniéndose. Vivianne miró a Scott a los ojos. —Cielo, no me encuentro bien. —Se soltó llevándose la mano bajo la axila y sintió la espesa sangre entre sus dedos. Se los miró palideciendo y se le doblaron las piernas. Scott gritó cogiéndola de la cintura, pero ella estaba tan en shock que solo podía mirar sus dedos. —¿Qué ocurre? ¿Qué es esto?

Al mirar hacia atrás vio a Lady Prudence con el vestido sucio y un cuchillo ensangrentado en la mano. —¡Juraste que sería feliz! ¡Lo juraste!

Cameron la agarró del brazo para evitar que la apuñalara de nuevo y Vivianne aún sin darse cuenta de lo que había ocurrido, buscó a Scott sin ser consciente de que estaba a su lado.

Él la cogió en brazos gritando el nombre de su doctor que llegó corriendo apartando a la gente. —¡Déjenme pasar! —Cuando llegó a ella apartó el cabello ensangrentado de la herida y apretó los labios. —Súbala a la habitación.

—¿Es grave?

—Creo que sí. Voy a por mi maletín.

—¡Qué se lo traiga un lacayo! —gritó desesperado porque no perdiera el tiempo—. ¡Luke!

Su padre les seguía gritando a la gente que se apartara, de hecho tuvo que dar empujones para hacerles un pasillo y tuvieron que ayudarle los lacayos porque la gente estaba tan sorprendida que solo querían mirar. Vivianne acarició la mejilla de Scott necesitando que la mirara y él vio su palidez lo que le heló la sangre porque la perdía. —Me muero...

—No digas eso. —La pegó a él necesitando sentirla siendo muy consciente de que su respiración cada vez era más débil. —Te pondrás bien.

—Solo puedo agradecerte este tiempo juntos. Ha sido maravilloso —susurró apenas sin fuerzas.

—Vivianne tienes que resistir, ¿me oyes? ¡Stephen está aquí, tienes que resistir!

Sus ojos se fueron cerrando poco a poco y el conde gritó desesperado pidiendo ayuda.

—¡Déjela en el suelo! —gritó el médico con un cuchillo en la mano. Él lo hizo de inmediato y Stephen la volvió para rajar más la herida que tenía bajo la axila sin preocuparse de la de la espalda. Para su sorpresa metió las manos en la herida y gritó —Ahora cójanla como está, ¿me oyen? ¡No la muevan demasiado, estoy taponando la arteria! —Entre los lacayos, Luke y el conde la cogieron lo más recta posible y empezaron a subir las escaleras

lentamente. —Muy bien, así. —Stephen miró hacia atrás. —¡Mi maletín, que alguien traiga mi maletín, rápido! —Varios salieron de la casa para buscar su coche. Al llegar arriba Elva esperaba junto a la puerta. —¿Lista, milady?

—Por ella estoy lista para todo.

—Vamos preciosa, tú puedes con esto. —La dejaron sobre la cama y el conde miró su rostro vuelto hacia él. Cogió su mano. —Eres muy fuerte, lo vas a conseguir.

—Conde salga de la habitación —dijo Stephen.

—Ni hablar.

—Salga de la habitación, me desconcentra.

—Puedo ayudar.

Le miró furioso. —No, solo puedo ayudarla yo y necesito estar concentrado, ¿entiende? Salga de la habitación.

Apretó su mano mostrándole que no quería abandonarla y cerró los ojos con fuerza antes de besar su mano y salir de la habitación. —Muy bien, Elva traiga agua caliente, paños y rece mucho porque su amiga lo necesita más que nunca. Nunca he hecho lo que voy a hacer ahora.

—Dios mío...

La familia esperaba en el salón mientras Scott desesperado sentado ante la chimenea se mesaba el cabello diciendo por lo bajo que no tenía sentido.

Cameron veía su desesperación y se dio cuenta de que ese hombre realmente amaba a su hermana y ahora que al fin Vivianne era feliz le pasaba eso. Sus ojos se llenaron de lágrimas recordándola en la pista de baile, era tan dichosa y esa loca se lo había arrebatado.

La puerta se abrió y Luke aún con la ropa manchada de sangre de su señora dijo —Milord, la policía quiere hablar con usted

antes de llevarse a lady Jointer. Su marido viene de camino, al parecer se escapó de casa.

—Padre ya voy yo —dijo Cameron al ver lo destrozado que estaba.

—No, es mi obligación. —Levantó la cabeza y se fue con su mayordomo que cerró la puerta.

—Mi niña, mi pobre niña —dijo Elizabeth sin dejar de llorar.

—¿Qué ha podido pasar para que lady Prudence se comporte así? —dijo Rosanne con los ojos rojos de tanto llorar.

—¿Qué va a pasar? —dijo Scott fuera de sí—. ¡Pues Dalbert! ¡Porque todo tiene que ver con él!

—Ha debido ocurrir algo con su esposo, no dejaba de gritar que no había conseguido la felicidad que le había prometido Vivianne. Ha perdido totalmente la cabeza.

La puerta se abrió y Scott vio que Elva entraba con el rostro desencajado. —¿Ha muerto?

—Stephen dice que está muy grave, ha perdido mucha sangre. Le ha cosido una vena o eso he entendido —dijo con la voz congestionada intentando no llorar—. No sabe si la sutura aguantará ni si la falta de sangre la matará. Está revisando la herida en este momento listo para cerrar, pero ha querido que venga a informaros.

—¿Mi hija se va a morir? —preguntó Elizabeth al borde del desmayo.

—Ha hecho por ella todo lo que ha podido y más.

—Dios mío... —dijo Scott al borde de la locura.

—¿Dónde está mi mujer? —gritó Carlton en el hall.

Elva se volvió hacia él y con rabia gritó corriendo hacia el duque para golpearle en la cara. —¡Maldito, malditos todos! —Sollozó sintiendo que le faltaban las fuerzas. —Asesinos... Ellas no os importaban nada.

Espantado Carlton miró a los demás que habían salido tras ella. —¿Qué ha pasado?

—Tu esposa ha intentado matar a Vivianne —dijo Cameron—. Ha perdido la cabeza, amigo, está totalmente fuera de sí.

Un chillido al otro lado de la casa puso a Carlton en guardia y corrió hacia el salón de baile donde ahora la retenía la policía. Pálido se acercó a su mujer que estaba engrilletada en el suelo. —¿Prudence?

—¡Todo esto es culpa tuya! —Sollozó. —¿Cómo has podido?

—Lo siento, lo siento. —Se agachó a su lado y acarició su mejilla con ternura. —No fue mi intención hacerte daño, mi amor.

—Ahora nos vas a explicar por qué tu mujer ha estado a punto de matar a la mía —dijo Scott con un arma en la mano. Levantó la pistola y la policía gritó que bajara el arma—. ¡Silencio! —ordenó haciendo que todos se callaran en el acto. Apuntó a Carlton a la cara y este se incorporó poniéndose ante su esposa como si quisiera protegerla—. Te juro que como no digas la verdad, te voy a matar a ti y después a tu mujer —dijo con rabia—. Y me importa poco acabar mis días en prisión.

Carlton apretó las mandíbulas con fuerza. —Hace dos días volvimos del campo. Prudence se encontró mal y me di cuenta de que el doctor que la asistía dejaba bastante que desear, así que preferí traerla a la ciudad donde tendrá más cuidados. Al llegar me dieron mi correspondencia y yo la dejé sobre mi escritorio esperando leer las cartas al día siguiente cuando estuviera más descansado. Pero Prudence estaba muy interesada en saber si alguien nos había invitado a alguna cena durante nuestra estancia fuera y en medio de la noche, cuando yo dormía, bajó a mi despacho y leyó una carta.

—De Dalbert.

—Me la envió a mi casa de Londres hace una semana. Debí pensar que ya no estaba en el campo porque la última no la respondí.

—¿Y la razón?

—Su insistencia por recuperar a tu prometida... Yo no estaba de acuerdo, ella había elegido y debía dejarla ir.

—Así que te escribió a Londres.

—Me dijo que como no le ayudara en esto, le diría a Prudence que en realidad no la amaba. Que todo había sido un engaño para conseguir la dote. Que tenía deudas que pagar.

—Tu esposa se lo creyó todo.

—Absolutamente. Al venir en una carta dirigida a mí creyó que todo era cierto. Vi como mi esposa perdía la alegría y se quedaba con la mirada perdida durante horas. Intenté hacerle ver que era falso, le enseñé hasta mis cuentas, hice venir al administrador, pero dijo que todo era mentira. —Su labio inferior tembló. —Con esas líneas Dalbert había destruido mi matrimonio, pero hoy me asusté de veras porque no quiso comer y era evidente que no había dormido en toda la noche. Estaba en un estado de nervios que llamé al doctor y él le dio algo para dormir, pero cuando llegué a la habitación ya no estaba.

Prudence sollozó con la mejilla contra el suelo. —Vivianne me dijo que sería feliz.

Carlton arrodilló una pierna a su lado. —Escúchame bien, ella quería que fueras feliz.

Levantó la vista hacia su marido. —¿De veras?

—Sí, cielo. Vivianne no hizo nada malo.

Lloró como una niña. —La quieres a ella, ¿verdad?

—No, preciosa —dijo desesperado—. Te quiero a ti, solo a ti.

—Milord tenemos que llevárnosla a comisaría —dijo uno de los policías.

Horrorizado miró a Scott. —Por Dios haz algo, necesita ayuda.

—Desgraciadamente no puedo hacer nada.

—¡No quieres hacer nada!

El rostro de Scott se endureció aún más. —¡No quiero hacer nada por ninguno de vosotros! ¿Me he expresado con claridad?

Carlton pálido asintió antes de decirle al policía. —¿Puedo ir con mi esposa?

Entre dos policías la levantaron y entonces Prudence miró a Scott y rio. —Estaba preciosa, ¿verdad? Bailaba tan bien...

Cameron tuvo que sujetar a Scott para que no cometiera una locura. —Contente, ha perdido la cabeza.

—Dios mío... —dijo Roseanne destrozaba—. Cuanto daño ha hecho Dalbert.

—Por eso va a morir —dijo Scott entre dientes antes de salir del salón de baile.

Capítulo 16

Cameron en su carruaje observó venir el carro de la prisión. Se detuvo a unos diez metros y dos carceleros saltaron del pescante para abrir el candado de la puerta de atrás. La puerta se abrió lentamente y vieron como extendía sus manos engrilletadas. Abrieron los grilletes y el duque bajó del carro mostrándose como era hace meses. Su pelo estaba impecablemente cortado, se había afeitado y su ropa estaba a la última moda, lo que indicaba que habían ido a hacerle esa ropa a prisión. Cameron miró al frente. Su padre sentado ante él cerraba los puños con fuerza y sintió su impotencia. —Vamos...

Abrieron la puerta y en ese momento Scott salió de su carruaje con una caja en las manos. Llegaron hasta el padrino del conde que era su tío y abrió la caja para mostrar las pistolas. Ellos llegaron ante los contendientes y se detuvieron a dos metros para observar.

Dalbert sonrió. —Tío, me alegra verte. Cameron, ¿has venido a ver el espectáculo?

Ninguno de los dos le respondió y el duque perdió la sonrisa. —¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre? —dijo su tío con ganas de matarle él mismo—. ¡Mi hija está al borde de la muerte por tus mentiras! ¡Ni te atrevas a hablarme!

Dalbert dio un paso hacia él. —¿Vivianne?

—Acabemos con esto —dijo Scott—. Elige arma, a mí me da igual.

—¡No, quiero saber qué le ocurre a Vivianne! —Dio un paso hacia su tío. —¿Se está muriendo?

—Lady Prudence ha perdido la cabeza por la carta que le escribiste a su marido y esta noche ha apuñalado a mi hija, seguramente no sobrevivirá.

Dalbert palideció dando un paso atrás como si le hubiera golpeado. —Pero yo no pretendía... ¡Solo quería recuperarla! —Se llevó las manos a la cabeza. —Mi Vivianne.

Scott perdió la paciencia y le agarró de la pechera acercándole a él. —Es mi Vivianne, cabrón, y lo será para siempre a pesar de ti. ¡Ahora coge una puta pistola de una vez porque será lo último que hagas! —Le empujó hacia la caja y Dalbert la miró cogiendo la pistola que apuntaba hacia su adversario. Scott cogió la otra.

—De espaldas, caballeros —dijo el duque—. Diez pasos y un solo disparo. —Se alejó lo suficiente y empezó a contar. —Uno. —Se alejaron el uno del otro. —¡Dos!

Dieron otro paso. Cameron apretó los labios viendo como avanzaban hasta el paso número nueve y su corazón se aceleró cuando el duque gritó —¡Diez!

Se volvieron y Scott fue el primero en disparar dándole a Dalbert entre los ojos, un disparo tan certero como mortal con el que no tuvo ninguna posibilidad. Scott tiró la pistola al suelo y se acercó a su cuerpo aún con rabia en su interior. Entonces vio un sobre que salía de debajo de su chaqueta. Se agachó para cogerlo y vio que era una carta para Vivianne. —Maldito cabrón, ni muerto puedes dejarla en paz.

—Dámela, no te pertenece —dijo el conde.

Scott se resistía a entregársela, pero Cameron dijo —No la leas, es lo mejor para todos. Encárgate de tu futura esposa, nosotros nos encargaremos de mi primo.

El conde miró la carta con desprecio y la dejó caer sobre su cuerpo. —Tenéis razón, no pienso malgastar ni un minuto más

pensando en este hombre. —Se volvió y fue hacia su carruaje subiéndose a toda prisa. El cochero emprendió el camino que les sacaba de Hyde Park.

Cameron se agachó para cerrar los ojos de su primo. — Descansa en paz.

—Dios mío... —El conde intentó reprimir las lágrimas. —Nunca pensé que asistiría a su entierro.

—Ni yo. —Se levantó cogiendo la carta y se la tendió a su padre. —¿La vas a leer?

—No, mejor dejar las cosas así, tu hermana ya ha sufrido bastante y más que va a sufrir cuando se entere de su muerte. No, no voy a leerla —La rompió en dos. —Nadie lo hará.

Vivianne acalorada y con la lengua acartonada sintió el agua que corría lentamente por su boca. Tragó y escuchó —Eso es, preciosa.

—¿Dalbert? —susurró en sueños. Vio su sonrisa y ella le correspondió.

—Hola, preciosa.

—Estás aquí —dijo casi sin fuerzas.

—Por supuesto que estoy aquí. —Cogió su mano y la besó con ansias. —Nada me separaría de tu lado.

—Debería odiarte, me has hecho daño.

—¿Y no me odias?

—No, eres mi Dalbert, debo aceptar que siempre tendrás un hueco en mi corazón.

Él sonrió con tristeza. —Y tú en el mío.

—No te vayas —dijo agotada durmiéndose de nuevo.

—Me quedaré aquí, a tu lado.

—No quiero que me dejes —balbuceó antes de dormirse del todo.

Scott volvió la vista hacia Elva que intentaba reprimir las lágrimas. —Habla su fiebre no ella.

—Pero es interesante que lo primero que le haya venido a la cabeza, sin fiebre o con ella, sea ese hombre que le ha hecho tanto daño.

Elva no sabía qué decir, el dolor en su rostro la dejó muda y Scott suspiró levantándose. —Ahora que se ha despertado, aunque solo sean unos segundos, me siento más tranquilo.

—Está mejor, la fiebre está bajando como dijo el doctor.

—Lo más conveniente es que vaya a casa a descansar un poco y a cambiarme —dijo mostrando el traje de noche que llevaba desde hacía tres días aún con la sangre de su amiga.

—Yo me quedaré con ella.

Él asintió yendo hacia la puerta. Elva se dio cuenta de que no besaba a Vivianne como había hecho en otras ocasiones en las que había tenido que ausentarse porque había ido a aliviarse o a comer algo.

—Conde...

Scott se volvió. —Habla la fiebre no ella. Vivianne desearía que fuera usted quien esté a su lado.

No respondió antes de salir de la habitación y Elva negó con la cabeza. —Ni muerto te va a dejar en paz.

Vivianne se agitó en su pesadilla y chilló sobresaltándose mirando a Scott como si no le conociera. —Preciosa, todo está bien.

Con la respiración agitada y sudando agarró su mano. —Me perseguían.

—¿Quién? ¿Quién te perseguía? —preguntó mientras le pasaba un trapo húmedo por la frente.

—No lo sé. —Cerró los ojos aliviada por el frescor del paño. —
No le veía la cara.

—Era una pesadilla, preciosa.

—Estás aquí.

—Siempre.

Abrió los ojos. —¿Qué ha pasado?

—Te lo contaré todo cuando te recuperes. Tu cuerpo necesita
fuerzas para salir adelante, no para pensar en cosas que solo
pueden hacerte daño.

—Prudence llevaba un cuchillo. Fue ella, ¿verdad?

Él apretó los labios antes de mojar el paño de nuevo, se lo
volvió a poner en la frente. —¿Tienes sed?

—Dímelo, por favor.

—No te hace bien.

—Soy yo quien decido.

Le presionó ligeramente el paño en la frente y se emocionó
por como la cuidaba. —Por favor, cuéntame lo que me ha pasado.

Él suspiró. —Antes bebe. —Le acercó el vaso y ella bebió con
ganas haciéndole sonreír. —Eso es. —Dejó el vaso sobre la mesilla
de noche. —Prudence ha perdido la cabeza, cielo. Leyó una carta de
tu primo dirigida a su esposo, en ella Dalbert le amenazaba con
contarle a su esposa ciertas cosas si no le ayudaba a recuperarte.
Entre ellas pensaba decir que Carlton no la amaba. Eso la hundió
hasta hacer que perdiera el norte.

—No dejaba de gritar. —Cerró los ojos. —No debería haberle
dicho que sería feliz.

—Tú lo hiciste con buena intención.

—Me ha hecho mucho daño, ¿verdad?

—No sabemos bien lo que pasó, no sabemos si al estar
bailando lo clavó mal o que una de las ballenas de tu corsé desvió la
punta del cuchillo. El caso es que la hoja cortó la piel de tu espalda
por encima de tu omoplato y se clavó en el costado justo debajo de

la axila. El filo tocó una arteria importante y por eso sangrabas tanto. Pero afortunadamente el doctor pudo salvarte la vida. Le debemos mucho.

—Sí, le debo la vida. —Apenada dijo —Mi vestido... Sé que es una tontería, pero me apena que se haya arruinado. Se ha arruinado como todo lo demás.

—Tu vestido como todo lo demás se repondrá.

—No puedo creer que haya ocurrido en nuestra noche de compromiso, ¿por qué no me dejan en paz? —preguntó con lágrimas en los ojos.

—Se ha acabado, preciosa. Se ha acabado para siempre.

Le miró sin comprender hasta que se dio cuenta de algo. —El duelo —dijo sin aliento—. Fuiste al duelo.

Él no contestó.

Sintiendo que algo temblaba en su interior susurró —Está muerto, ¿verdad? —Sollozó cerrando los ojos.

—Shusss...

—¿Te dijo algo? —Le miró. —¿Te dijo algo de mí?

—No, preciosa. Todo fue muy rápido.

—Dios mío... —Se echó a llorar. —Me hubiera gustado verle una última vez, me hubiera gustado decirle que le perdonaba. Se habrá ido pensando que le odiaba.

—Lo siento, preciosa.

—Me siento culpable.

—Tú no tienes la culpa de nada. —Acarició su frente. —Ahora tienes que recuperarte, ¿de acuerdo? Necesitas recuperarte.

Se quedó en silencio y cerró los ojos. —Eso es preciosa, descansa, necesitas descansar.

Una semana después Stephen forzó una sonrisa cerrando el maletín. —Estoy contento con tus progresos.

Recostada sobre las almohadas pensando en sus cosas con la mirada perdida ni le escuchaba. Se la quedó mirando durante un rato y suspiró acercándose a ella. —Vivianne, ¿qué ocurre?

Volvió la vista hacia él. —¿Crees que hay vida más allá de la muerte?

—Por supuesto que sí, creo en Dios. —Se sentó a su lado. — ¿Tú no?

—Sí, claro que sí.

Su amigo cogió su mano. —Piensas en él, ¿no es cierto?

—Es que desde que me enteré de su muerte no puedo dejar de pensar que me amaba y que yo fui quien le traicionó al no esperarle. ¿Por qué me torturo de esta manera?

—No lo sé. La mente a veces nos juega malas pasadas.

—¿Recuerdas lo que me dijiste cuando Elva me disparó en el muslo?

—Te dije muchas cosas.

—Que alguien que miente como mentía él, era capaz de hacer cualquier cosa para conseguirme. Creo que esas fueron tus palabras.

Stephen asintió. —Lo recuerdo.

—¿Y si tenías razón? ¿Y si me amaba a su manera?

—Eso da igual, amiga. Ese amor no era sano, te hacía daño como sigue haciéndotelo ahora. Ha llegado el momento de dejarle ir.

Sollozó. —¿Por qué es tan difícil? Tengo a Scott, amo a Scott, sin embargo...

—Te sientes culpable, como has dicho te torturas a ti misma porque crees que le has traicionado. Ha sido el amor de tu infancia, de tu adolescencia y crees que le debes algo, pero no es así. No le debías nada. Déjale ir, Vivianne. Si no lo haces nunca serás feliz.

La puerta se abrió y ella se limpió rápidamente las lágrimas forzando una sonrisa. Scott se acercó a su cama ignorando sus

lágrimas para no disgustarla más. —¿Cómo va la paciente, doctor?

—Muy bien —dijo satisfecho—. Si sigue así en un par de días permitiré que se siente cerca de la ventana durante unas horas al día.

—Es una gran noticia, preciosa.

Forzó una sonrisa antes de decir —¿Sentada en la ventana? ¿No me puedo levantar para estar con mi familia? Eres un amigo pésimo.

Stephen rio por lo bajo. —Porque soy un amigo te permito lo de la ventana, otro en tu estado no te movería de la cama al menos durante un mes más.

Jadeó. —No te haría caso, es ridículo. Díselo, Scott, ya estoy muy bien.

—Hasta hace unos días tenías fiebre.

Bufó. —Mañana me levantaré y no hay más que hablar.

—Vivianne, me ha costado mucho salvarte la vida, me harás caso y serás buena o no volveré más.

—Chantajos a mí, además no te aguantarías. Me adoras.

Scott rio por lo bajo mientras su amigo ponía los ojos en blanco antes de ir hacia la puerta. —Te veo mañana y espero verte en la cama o me vas a ver enfadado.

—En cuanto te vea llegar, me meteré en la cama corriendo.

—Será posible... —dijo antes de salir de la habitación como si no pudiera con ella.

Sonrió radiante a Scott que se sentó a su lado. —Me adora.

—Con toda la razón. —Se la quedó mirando durante unos segundos. —¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor, ya me ves. No tenemos por qué suspender la boda. Madre me ha dicho que pensabas hacerlo.

—No estarás recuperada para esa fecha. Además...

—¿Además qué? —preguntó preocupada porque parecía que quería decirle algo muy serio—. ¿Qué ocurre, Scott? ¿No quieres

casarte conmigo?

—¿Por qué preguntas eso? ¿Dudas de lo que siento por ti?

—No, ¿cómo puedes decir eso? Pero durante estos días tengo la sensación de que... —Agachó la vista porque igual estaba metiendo la pata.

—¿De qué, preciosa?

—De que quieres alejarte de mí. —Sonrojada le miró. —¿Es eso? ¿Quieres poner distancia entre nosotros?

Scott suspiró levantándose, lo que le confirmó a Vivianne que algo no iba bien. Antes del duelo hubiera rebatido sus dudas, al menos hubiera sujetado su mano o la hubiera besado, pero no lo había hecho desde que se había encontrado mejor y eso empezaba a asustarla, sobre todo cuando fue hasta la ventana para mirar al exterior. —Cuando te conocí sabía muy bien donde me metía, preciosa. Pero es que tengo la horrible sensación de que te he fallado.

—No digas eso, es mentira.

—Desde que he matado a tu primo ya no eres feliz a mi lado, lo siento, aunque intentes disimularlo. Eres transparente para mí y has puesto una barrera entre nosotros. Puede que no la veas, puede que creas que exagero, pero me siento así. Es como si hubiera cometido una falta imperdonable para ti.

—Eres tú quien está distante...

—No, preciosa, no es así. Aunque no quieras darte cuenta no es así. —Se volvió para mirarla. —Creo que lo mejor es que nos separemos durante un tiempo, que pienses bien si me quieres en tu vida. Ya no me necesitas, ahora todo el mundo está de tu parte después del intento de asesinato de lady Prudence, la reputación de tu familia ya no debe preocuparte.

Separó los labios de la impresión. —Pero... No puedes estar hablando en serio.

—He hecho algo que no me perdonas. —Sonrió con tristeza. —En el fondo le querías, le quieres porque para ti aún está vivo en

tu memoria. Aunque yo creía que era lo mejor, porque ese hombre solo era dañino para quienes le rodeaban, tú aún crees que algo bueno aún tenía que quedar en él. Y puede que fuera así, puede que te quisiera, pero eso no justifica toda la manipulación y el egoísmo que le rodeaba. —Sonrió con tristeza. —Por mucho que tú intentes justificarle, merecía la muerte solo por lo que le hizo a lady Prudence. Como bien sabes, ahora está en una institución mental y debes reconocer que acabó allí por las intrigas de Dalbert.

—Lo reconozco, reconozco todo lo que hizo mi primo, por eso no entiendo que quieras irte, sé que hizo mal, sé que merecía la muerte. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Pero...

—Ese pero es lo que nos separa, preciosa. Ese pero es lo que me ha llevado a tomar la decisión de apartarme de tu vida durante un tiempo. He hablado con la reina y debo hacer un viaje al continente.

Su corazón se estremeció de miedo. —¿Durante cuánto tiempo?

—Apenas serán dos meses. Después iré a mi finca en el campo. Allí esperaré tu carta si es que quieres escribirla. Si desde mi llegada en un mes no he recibido noticias tuyas, daré el compromiso por cancelado y podrás seguir tu vida.

Angustiada se sentó en la cama. —No, por favor, no puedes dejarme.

Él se acercó y con cuidado hizo que se tumbara de nuevo. Suspiró mirando su rostro. —Debes comprenderme, preciosa. Cuando inicié este compromiso no esperaba llegar a amarte.

Sollozó. —Entonces no te vayas.

—Es que no puedo estar contigo sabiendo que aún amas a otro hombre. Con otra mujer me hubiera dado igual, pero contigo no.

—No le amo, te juro que no.

Negó con la cabeza. —Le llamabas en sueños. —A Vivianne se le cortó el aliento. —Le rogabas que se casara contigo. Preciosa,

para alguien que ama como yo te amo a ti eso es muy duro de sobrellevar. Por eso te pido que si sientes algo de rencor hacia mí, si crees que nunca vas a amarme como a él no me escribas. —Se acercó y la besó en la mejilla. Vivianne cerró los ojos con fuerza mientras él susurraba —Te echaré de menos y te amo, pero si no puedes olvidarle no me escribas.

Sintió que se alejaba y no fue capaz de abrir los ojos para ver que se iba. Sollozó volviéndose ignorando el dolor bajo su brazo y se tapó la cara con las manos sintiendo que su corazón se retorció. Se había ido, la había dejado y la culpa solo era suya por no darle el amor que merecía.

Su tía sentada a su lado ante la ventana, veía la tristeza en su rostro sintiendo una gran impotencia porque no podía hacer nada por ayudarla. —Dos meses pasan muy rápido.

—No puedo ser injusta con él. He estado pensando muchas horas, muchos días sobre esto y tiene razón, no le perdono la muerte de Dalbert, algo en mí me lo impide, aunque sé de sobra que había muchas razones para matarle. Si al menos hubiera podido decirle que le perdonaba. —Sollozó. —Murió pensando que le odiaba.

—No te tortures así.

Se limpió la nariz con su pañuelo. —No me extraña que Scott me haya dejado, si hasta le llamaba en sueños. Lo que el conde ha tenido que aguantar desde que me conoció no lo aguanta nadie.

—Todo lo que hizo Scott fue porque te amaba, cielo.

—Lo sé. Pero todo el mundo tiene un límite y al parecer se ha cansado. No importa, al menos ahora podemos salir de casa sin que nos insulten por la calle. A Elva la atienden en las tiendas y la llaman lady, hemos avanzado mucho.

—¿Entonces no le escribirás?

Se quedó en silencio mostrando la tortura de sus ojos porque estaba entre la espada y la pared. —No le dejes escapar.

La puerta se abrió y entró su hermano. Vivianne forzó una sonrisa y él perdió la suya porque estaba llorando de nuevo. —Tía, ¿puedes dejarnos solos un momento?

—Sí, voy a aprovechar para escribir unas cartas a Venecia, tengo abandonados a mis amigos. Cielo, igual cuando te recuperes te gustaría regresar conmigo una temporada.

—Me lo pensaré, tía.

Rosanne sonrió antes de salir de la habitación. Cameron se sentó en la butaca de enfrente. —Tienes mejor color.

—Mentiroso.

Su hermano sonrió. —Sí, he mentido descaradamente.

Rio sinceramente. —¿Qué te trae por mis humildes aposentos?

—¿No puedo venir a ver a mi hermana?

—Sé, porque me lo ha dicho un pajarito, que tienes asuntos que atender con la compra de tu casa y que tenías reuniones toda la tarde.

—¿Te lo ha dicho madre?

Asintió. —Me alegro mucho por vosotros.

—No es muy grande, pero está cerca de aquí y a Elva le encanta. —Se adelantó y cogió su mano. —Pero tienes razón, he venido porque al salir de mi habitación hace un rato te escuché llorar.

Le miró asombrada. —¿Y qué tiene eso de raro? Últimamente no dejo de mojar pañuelos.

—Pues ya es hora de que los dejes.

Cameron se mordió el labio inferior y Vivianne le miró fijamente. —¿Qué piensas? Parece que ocultas algo.

—No me has preguntado sobre lo que sucedió cuando murió Dalbert.

Se tensó. —No quiero saberlo, está muerto, no quiero saber más.

—Esto te interesa. Cuando murió nos acercamos al cuerpo y llevaba algo dentro de su chaqueta. Algo que era para ti.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Una carta. Al principio pensamos en romperla, de hecho padre lo hizo, pero cuando llegamos a casa e iba a quemarla algo me hizo impedírselo. Él no quiso leerla, ya sea por dolor o remordimientos. No sé, supongo que ninguno de nosotros podrá descansar tranquilo después de todo lo sucedido. Sobre todo yo.

—No digas eso.

—Todo se inició por mi cobardía y es algo que no me perdonaré nunca. —Apretó los labios. —Bueno, el hecho es que leí la carta y la conservé.

—Dámela —dijo ansiosa—. Es mía, dámela.

Sacó la carta rota por la mitad y se la mostró. —Piénsalo bien. Si amas a Scott debería importarte muy poco lo que diga nuestro primo en estas líneas, Vivianne. Si amas al conde esta carta no debería importarte porque solo son palabras y lo que importa en esta vida son los hechos. Para mí Dalbert fue un amigo, le debo la vida, pero jamás debí permitir lo que te sucedió a ti. Fui un egoísta, no seas egoísta con Scott, no se lo merece.

Sin aliento vio como dejaba la carta sobre la mesita que tenía al lado y se levantaba para besarla en la mejilla. —Sé fuerte, hermana. Tanto si la lees como si no, te suplico que seas fuerte.

Se fue dejándola sola, pero ella solo podía mirar esa carta rota por la mitad, su nombre estaba roto en dos partes como tenía su corazón. Alargó la mano, pero cuando iba a tocarla algo se lo impidió. Entonces una voccecita en su interior le dijo que le debía eso a Dalbert, al menos eso. Cogió la carta y sacó las hojas de los sobres para abrirlas sobre su regazo. Ver la letra de Dalbert la emocionó y empezó a leer:

"Mi querida Vivianne:

Si lees esto es que nunca volveremos a vernos. —Sollozó. — Pero no te apenes, durante estas semanas he tenido tiempo para pensar y me he dado cuenta de lo egoísta que he sido contigo. Desde que pedí tu mano a tus padres siempre te creí mía, a lo largo de los años tú no dejabas de mostrar tu interés hacia mí y eso me valía sin darme cuenta de que yo no te alentaba ni te cuidaba como merecías. Me gustaba salir con mis amigos, disfrutar de la vida y para ser sincero de las mujeres. Dilapidé mi herencia y cuando los acreedores llamaron a mi puerta, me di cuenta de hasta donde había llegado. Intenté enmendarlo, te juro que sí, pero mis deudas eran tan grandes que podía perderlo todo. Entonces llegó la oportunidad. Todos sabían que el conde quería casar a Prudence con un duque. También sabía por mi amigo que ella le atraía, así que utilicé a Cameron para que compartiera lecho con la condesa. Todo fue premeditado desde el principio, preciosa, debo reconocerlo. Sabía que si me ofrecía de cebo el conde claudicaría y de ahí todo el plan que vino después. Lo que no me esperaba es que tú me rogaras que no me casara. Ahí empezaron los remordimientos, pero me decía que si continuaba, la vida que nos esperaba sería mucho mejor, así que desdeñé tu dolor para seguir adelante. Un error que te alejó de mí. Ahí sentí miedo, debo reconocerlo, y ante la reina me di cuenta de que siempre me lo reprocharías. Acepté mi condena y esperaba que en ese tiempo todo ese dolor se fuera diluyendo, pero no fue así, te enteraste del engaño y supe que te había perdido para siempre.

He cometido errores algunos conscientes, pero quiero que sepas que todo lo hice no solo por mí, sino por el futuro que pensaba que tendríamos. No te reprocho tu postura, todo lo contrario, la entiendo y no te guardo rencor por ello. —Vivianne se tapó la boca intentando reprimir un sollozo porque la había perdonado. —Aunque eso no signifique que me hubiera gustado que todo hubiera salido de otra manera. Por otro lado, debo decirte que el conde era la mejor elección después de mí, preciosa. Un poco estirado, pero más o menos está a tu altura. —Vivianne rio entre lágrimas sin poder evitarlo. —Te deseo lo mejor porque tú te lo

mereces todo y quiero que sepas que te he amado y te amaré siempre.

Tuyo para toda la eternidad

Dalbert"

Lloró llevándose la carta al pecho. Lloró por su pérdida, por su terrible final y por todo el amor que sintió por él. Se levantó con la carta en la mano y a punto estuvo de guardarla en el cajón del tocador, pero la miró y se dio cuenta de que conservarla solo le causaría más dolor. La había perdonado, el resto ya no importaba. Se acercó a la chimenea y la tiró al fuego. Se abrazó mirando como los pedazos de papel se consumían y como su letra desaparecía para siempre. Cuando solo quedaron las cenizas, fue hasta la ventana y vio que había empezado a nevar. —Adiós, Dalbert. Es hora de dejarte ir.

Sentada en su escritorio con la pluma en la mano y el papel con sus iniciales no sabía que escribir. —Argg... —Se volvió y Elva que estaba cosiendo sentada en su butaca soltó una risita. —No tiene gracia.

—Claro que sí, debe ser la primera vez que no sabes qué escribir en una carta.

Se levantó inquieta y empezó a pasear de un lado a otro. —Queda una semana para que regrese del continente, tengo que escribirla ya. —Se apretó las manos. —¿Qué hago, le pido perdón, le suplico que venga a buscarme? ¿Que me perdone?

—Creo que con que le llegue la carta, pongas lo que pongas, se va a alegrar.

—Todo esto es desquiciante. —Volvió a sentarse en el escritorio y cogió la pluma de nuevo. —Vamos allá, no es tan difícil, solo es la carta más determinante de tu vida.

—Tú lo has dicho, amiga. No cometas faltas de ortografía.

Jadeó. —¡Nunca tengo faltas!

Elva se lo estaba pasando en grande. —Dile que lo has pensado mucho y que quieres que venga a buscarte porque le quieres y por nada del mundo consentirás que te deje. Que le perseguirás hasta la muerte y que nunca, nunca dejarás que se case con otra. Que es tuyo, así que mueva el culo hasta Londres.

—¿Eso no es un poco directo?

—Tienes que ser directa, tiene que entender que le amas y que le quieres a tu lado.

—Cierto. —Entonces escribió —"*Te amo y te quiero a mi lado. Vivianne.*" —Dobló la hoja y la metió en el sobre dejando a Elva con la boca abierta. —Esa frase es perfecta.

—¿Así sin más?

—¡Si quiere que le cuente más que venga a Londres!

La puerta se abrió y al mirar hacia allí dejó caer la mandíbula del asombro porque su conde con el abrigo puesto y cara de malas pulgas entraba en la habitación. Durante un momento pensó que tenía visiones, pero entonces Scott dijo entre dientes —Preciosa...

—¿Sí?

—No me has escrito. —Parecía a punto de explotar. —¿Es que acaso no ibas a escribirme? —gritó casi haciendo que retumbara la casa.

Ella alargó el brazo con la hoja doblada aún sin poder creerse que estuviera allí. El conde la cogió con dos dedos y la desdobló gruñendo. Leyó la frase y se enderezó. —No eres de escribir mucho, preciosa, pero me conformo.

Vivianne chilló de la alegría tirándose a él y Scott rio atrayéndola a su cuerpo. —¿Cómo te encuentras? —preguntó comiéndosela con los ojos.

—Ahora que estás aquí me siento mejor que nunca. —Besó sus labios. —Estás aquí...

—Han sido las semanas más largas de mi vida.

—Te amo. Solo a ti, siempre a ti.

Scott la cogió por la cintura elevándola. —Lo veo en ti, ya no hay muro.

—Nunca más.

Él atrapó sus labios besándola intensamente y Elva se levantó de golpe viendo que prácticamente la estaba devorando. —Madre mía, qué calores —dijo por lo bajo antes de carraspear. Pero los novios no le hicieron ni caso intensificando aún más el beso si eso era posible. —Ejem, ejem... —Las manos del conde fueron a parar a su trasero elevándola aún más y Elva gruñó yendo hacia la puerta. —Muy bien, os dejo solos. Yo tengo que ir... —Cerró la puerta y gritó —¡Cameron!

—Mujer, ¿qué pasa?

—¡Quiero que subas!

—¡No se pegan esos gritos, esposa!

—¡Me duelen las piernas, necesito unas friegas!

Se escuchó que subía la escalera a toda prisa y Elva corrió hacia su habitación mientras Scott separaba sus labios y Vivianne abría los ojos suspirando de gusto. —¿Has cambiado de opinión, conde? ¿Al fin vas a tomarme?

La besó en la nariz. —En la noche de bodas.

—Pues que sea pronto, porque te necesito.

—Siento lo mismo.

Acarició su cuello. —Te echado de menos, milord.

La abrazó con fuerza. —Han sido los peores días de mi vida.

—Han sido los peores meses de mi vida, pero te conocí a ti y lo has cambiado todo. Solo tú me haces feliz.

Scott sonrió. —Pues espera y verás, esto solo es el principio. —Se apartó apenas para mirarla tan intensamente que su corazón palpitó de felicidad. —Te amo, preciosa.

—Son las palabras más bellas que oiré nunca.

—Y tú me amas a mí, lo tengo por escrito.

Vivianne soltó una risita. —Lo que no te he escrito es hasta dónde llega mi amor.

Él acercó sus labios. —Ven preciosa, estoy deseando que hablemos de ello.

—Mejor te lo demuestro.

Epílogo

Jamás había estado tan nerviosa en su vida y no entendía por qué, estaba deseando casarse con su conde. Esas últimas semanas habían sido las más maravillosas de su vida.

—Es increíble que tu prometido siguiera con los preparativos de la boda a tus espaldas, ¿no crees? —preguntó su tía viendo como Elva le ponía el velo.

El vestido era exactamente como el que había llevado en la noche de su presentación, excepto en el velo, que hecho con bordados de flores de hibisco medía un metro más que la falda que también tenía cola. Su futuro marido le dijo que cuando lo viera no lo rechazara porque ese día todo saldría bien. Y ella sentía que era perfecto, aunque a su madre el tema no le había gustado un pelo. Pero ahora todo había cambiado y Vivianne recordaría ese vestido como el más importante de su vida. Acarició su collar y levantó la barbilla sintiéndose realmente hermosa. —Bueno, es evidente que mi aspecto no le va a sorprender.

Elva soltó una risita. —Seguro que el camisón que te he regalado le deja con la boca abierta.

—Niñas... —las reprendió Roseanne antes de soltar una risita. —No se habla de esas cosas.

—Pues entonces tampoco podemos hablar de tu romance con el tío de mi prometido, ¿verdad? —preguntó como si nada volviéndose.

—¿Romance? Qué tontería, solo he hablado con él.

—Pues me ha dicho un pajarito, que te han visto besándote con él en la biblioteca.

Esta se puso como un tomate. —Me besó él, es un gañán.

—Tú no te resistías mucho, tía, parecía que te gustaba.

—¿Nos viste? —preguntó avergonzada.

Rio por lo bajo cogiendo sus faldas y acercándose. —Mi conde os vio cuando iba a buscar el periódico que su tío había leído. Decidió leerlo más tarde.

—Dios mío, qué vergüenza.

—No tienes que avergonzarte. Os dais otra oportunidad y eso está bien. Las segundas oportunidades están para algo.

—No funcionó entonces y no funcionará ahora.

—Nunca se sabe. Disfruta mientras puedas, yo pienso disfrutar de todo lo que me ofrece la vida. Empezando por este día.

—Se giró para caminar hacia la puerta. —Nos vamos.

—Pero si aún queda una hora —dijo su madre atónita.

Sonrió mirándolas sobre su hombro. —Seré yo quien le espere en el altar, seré yo quien espere al hombre que hace que mi corazón palpite. Quiero sentir esa sensación.

Emocionadas la siguieron hasta las escaleras y Vivianne al mirar hacia abajo vio a su conde esperándola. —¡No, quería darte una sorpresa!

Él rio por lo bajo. —Preciosa, la novia llega la última y normalmente hace esperar a todo el mundo.

Llegó hasta su conde y besó suavemente sus labios. —A ti no te haré esperar nunca más, mi amor. Nunca más.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1.
Vilox (Fantasía)
2.
Brujas Valerie (Fantasía)
3.
Brujas Tessa (Fantasía)
4.
Elizabeth Bilford (Serie época)
5.
Planes de Boda (Serie oficina)
6.
Que gane el mejor (Serie Australia)
7.
La consentida de la reina (Serie época)
8.
Inseguro amor (Serie oficina)
9.
Hasta mi último aliento
10.
Demándame si puedes
11.
Condenada por tu amor (Serie época)
12.
El amor no se compra
13.
Peligroso amor
14.
Una bala al corazón

15.
Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el
tiempo.

16.
Te casarás conmigo

17.
Huir del amor (Serie oficina)

18.
Insufrible amor

19.
A tu lado puedo ser feliz

20.
No puede ser para mí. (Serie oficina)

21.
No me amas como quiero (Serie época)

22.
Amor por destino (Serie Texas)

23.
Para siempre, mi amor.

24.
No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25.
Mi mariposa (Fantasía)

26.
Esa no soy yo

27.
Confía en el amor

28.
Te odiaré toda la vida

29.
Juramento de amor (Serie época)

30.
Otra vida contigo

31.
Dejaré de esconderme

32.

La culpa es tuya
33.
Mi torturador (Serie oficina)
34.
Me faltabas tú
35.
Negociemos (Serie oficina)
36.
El heredero (Serie época)
37.
Un amor que sorprende
38.
La caza (Fantasía)
39.
A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
40.
No busco marido
41.
Diseña mi amor
42.
Tú eres mi estrella
43.
No te dejaría escapar
44.
No puedo alejarme de ti (Serie época)
45.
¿Nunca? Jamás
46.
Busca la felicidad
47.
Cuéntame más (Serie Australia)
48.
La joya del Yukón
49.
Confía en mí (Serie época)
50.

Mi matrioska

51.

Nadie nos separará jamás

52.

Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53.

Mi acosadora

54.

La portavoz

55.

Mi refugio

56.

Todo por la familia

57.

Te avergüenzas de mí

58.

Te necesito en mi vida (Serie época)

59.

¿Qué haría sin ti?

60.

Sólo mía

61.

Madre de mentira

62.

Entrega certificada

63.

Tú me haces feliz (Serie época)

64.

Lo nuestro es único

65.

La ayudante perfecta (Serie oficina)

66.

Dueña de tu sangre (Fantasía)

67.

Por una mentira

68.

Vuelve

69.

La Reina de mi corazón

70.

No soy de nadie (Serie escocesa)

71.

Estaré ahí

72.

Dime que me perdonas

73.

Me das la felicidad

74.

Firma aquí

75.

Vilox II (Fantasía)

76.

Una moneda por tu corazón (Serie época)

77.

Una noticia estupenda.

78.

Lucharé por los dos.

79.

Lady Johanna. (Serie Época)

80.

Podrías hacerlo mejor.

81.

Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82.

Todo por ti.

83.

Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84.

Sin mentiras

85.

No más secretos (Serie fantasía)

86.

El hombre perfecto
87.
Mi sombra (Serie medieval)
88.
Vuelves loco mi corazón
89.
Me lo has dado todo
90.
Por encima de todo
91.
Lady Corianne (Serie época)
92.
Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
93.
Róbame el corazón
94.
Lo sé, mi amor
95.
Barreras del pasado
96.
Cada día más
97.
Miedo a perderte
98.
No te merezco (Serie época)
99.
Protégeme (Serie oficina)
100.
No puedo fiarme de ti.
101.
Las pruebas del amor
102.
Vilox III (Fantasía)
103.
Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
104.

Retráctate (Serie Texas)
105.
Por orgullo
106.
Lady Emily (Serie época)
107.
A sus órdenes
108.
Un buen negocio (Serie oficina)
109.
Mi alfa (Serie Fantasía)
110.
Lecciones del amor (Serie Texas)
111.
Yo lo quiero todo
112.
La elegida (Fantasía medieval)
113.
Dudo si te quiero (Serie oficina)
114.
Con solo una mirada (Serie época)
115.
La aventura de mi vida
116.
Tú eres mi sueño
117.
Has cambiado mi vida (Serie Australia)
118.
Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
119.
Sólo con estar a mi lado
120.
Tienes que entenderlo
121.
No puedo pedir más (Serie oficina)
122.

Desterrada (Serie vikingos)
123.
Tu corazón te lo dirá
124.
Brujas III (Mara) (Fantasía)
125.
Tenías que ser tú (Serie Montana)
126.
Dragón Dorado (Serie época)
127.
No cambies por mí, amor
128.
Ódiame mañana
129.
Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
130.
Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
131.
No quiero amarte (Serie época)
132.
El juego del amor.
133.
Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
134.
Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
135.
Deja de huir, mi amor (Serie época)
136.
Por nuestro bien.
137.
Eres parte de mí (Serie oficina)
138.
Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
139.
Renunciaré a ti.

140.
Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
141.
Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
142.
Era el destino, jefe (Serie oficina)
143.
Lady Elyse (Serie época)
144.
Nada me importa más que tú.
145.
Jamás me olvidarás (Serie oficina)
146.
Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
147.
Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
148.
¿Cómo te atreves a volver?
149.
Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
150.
Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
151.
Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
152.
Tú no eres para mí
153.
Lo supe en cuanto le vi
154.
Sígueme, amor (Serie escocesa)
155.
Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156.

Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
157.
Me has dado la vida
158.
Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
159.
Amor por destino 2 (Serie Texas)
160.
Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
161.
Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
162.
Dulces sueños, milady (Serie Época)
163.
La vida que siempre he soñado
164.
Aprenderás, mi amor
165.
No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
166.
Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
167.
Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
168.
Sólo he sido feliz a tu lado
169.
Mi protector
170.
No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
171.
Algún día me amarás (Serie época)
172.
Sé que será para siempre
173.
Hambrienta de amor
174.

No me apartes de ti (Serie oficina)
175.
Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
176.
Nada está bien si no estamos juntos
177.
Siempre tuyo (Serie Australia)
178.
El acuerdo (Serie oficina)
179.
El acuerdo 2 (Serie oficina)
180.
No quiero olvidarte
181.
Es una pena que me odies
182.
Si estás a mi lado (Serie época)
183.
Novia Bansley I (Serie Texas)
184.
Novia Bansley II (Serie Texas)
185.
Novia Bansley III (Serie Texas)
186.
Por un abrazo tuyo (Fantasía)
187.
La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
188.
Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
189.
Lo que fuera por ti 2
190.
¿Te he fallado alguna vez?
191.
Él llena mi corazón
192.

Contigo llegó la felicidad (Serie época)
193.
No puedes ser real (Serie Texas)
194.
Cómplices (Serie oficina)
195.
Cómplices 2
196.
Sólo pido una oportunidad
197.
Vivo para ti (Serie Vikingos)
198.
Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
199.
Un baile especial
200.
Un baile especial 2
201.
Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
202.
Lo siento, preciosa (Serie época)
203.
Tus ojos no mienten
204.
Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
205.
Sueño con un beso
206.
Valiosa para mí (Serie Fantasía)
207.
Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
208.
Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)
209.
Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)
210.

No soy lo que esperabas
211.
Eres única (Serie oficina)
212.
Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)
213.
Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)
214.
Lo siento, preciosa 2 (Serie época)
215.
La intensidad de lo que siento por ti
216.
Lucha por lo que amas (Serie Australia)
217.
Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)
218.
Mi otra cara de la moneda
219.
Ni tú conmigo, ni yo sin ti
220.
No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)
221.
Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)
222.
Algo único (Serie Australia)
223.
Volver a enamorarte
224.
Empezar de nuevo (Serie oficina)
225.
Nunca seré tuya (Serie Vikingos)
226.
Sería imposible olvidarte (Serie Vecinos)
227.
Juramento de amor 2 (Serie época)
228.

Siento tu corazón
229.
¿Has pensado en mí?
230.
La oportunidad de enamorarle
231.
No dañes mi corazón (Serie Escocia)
232.
Te siento mío (Serie Texas)
233.
El uno para el otro
234.
Mi sueño eres tú
235.
Déjame amarte, preciosa (Lo siento, preciosa 3)
236.
Intentaré amarte (Serie oficina)
237.
Haré lo que sea por ti
238.
Volveré a ti (Serie Texas)
239.
Salvará su corazón (Serie Escocia)
240.
Tenemos toda una vida (Serie Montana)
241.
Las deudas se pagan
242.
Piensa en mí (Serie Australia)
243.
Demasiados años sin amarte (Serie Fantasía)
244.
Eres todo para mí (Serie oficina)
245.
Volveré en primavera
246.

Eres mi perdición (Serie Fantasía)
247.
Todo lo demás no importa (Serie Época)
248.
Nada tiene sentido sin ti
249.
Bienvenida al Paraíso (Serie Texas)
250.
Puedes seguir con tu vida
251.
Niégame cuanto quieras (Serie Vikingos)
252.
El amor que mereces
253.
Tu amor no es suficiente (Serie Texas)
254.
Mi corazón no se equivocaba
255.
Un placer, milord (Serie época)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford

2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10.
Juramento de amor
11.
Juramento de amor 2
12.
Una moneda por tu corazón
13.
Lady Corianne
14.
No quiero amarte
15.
Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.
